



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ. 90 AÑOS

UNIVERSIDAD, FE Y RAZÓN

Salomón Lerner Febres

DISCURSOS DE APERTURA
DE LOS AÑOS ACADÉMICOS 1995-2004 EN LA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



UNIVERSIDAD,
FE Y RAZÓN

UNIVERSIDAD, FE Y RAZÓN

Salomón Lerner Febres

DISCURSOS DE APERTURA
DE LOS AÑOS ACADÉMICOS 1995-2004 EN LA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ. 90 AÑOS

© Primera edición, abril de 2007

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007

Plaza Francia 1164, Lima 1 - Perú

Teléfonos: (51 1) 626-6140, 626-6142

Fax: (51 1) 626-6156

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones/fondo_ed/

Imagen de cubierta: Grabado *El sueño de la razón produce monstruos*,
Francisco de Goya

Diseño de cubierta e interiores: Juan Carlos García Miguel

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 978-9972-42-805-0

Hecho el depósito legal 2007-03348 en la Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Índice

Presentación	9
Año académico 1995	11
Año académico 1996	23
Año académico 1997	35
Año académico 1998	49
Año académico 1999	69
Año académico 2000	79
Año académico 2001	91
Año académico 2002	105
Año académico 2003	125
Año académico 2004	141

PRESENTACIÓN

El presente volumen reúne los discursos de inauguración del año académico pronunciados por el doctor Salomón Lerner Febres durante sus diez años de gestión rectoral. Son textos que trascienden el mero acto protocolar y revelan, más bien, el talante de quien ha sabido asumir un compromiso cabal y permanente con nuestra institución, encarnando por ello con autenticidad los valores que ella defiende y proclama.

En efecto, si tuviéramos que subrayar una de las características de estos textos, ella sería que han sido escritos desde el espíritu mismo de nuestra Casa. Y es que en sus líneas hallamos aquellos principios esenciales que nos definen y distinguen. Nos referimos a la integridad, a la búsqueda del diálogo y el apego a la verdad, pero también al amor genuino por el país, aquel que se sustenta no en la simple declaración, sino en el actuar consciente y solidario con sus gentes.

Otro rasgo destacable de estos escritos es que se encuentran impregnados por la mirada del filósofo o, de un modo más amplio, del humanista especialmente preocupado por los temas vinculados con la reflexión ética y moral y, con ello, con el incesante diálogo entre fe y razón. No se trata, desde luego, de una propensión circunstancial, sino de una firme postura vital a partir de la cual el doctor Lerner ha sabido promover una meditación renovadora e integral sobre la identidad y la misión de la Universidad, al tiempo que ha fortalecido la voz de nuestro claustro frente a situaciones particularmente difíciles para la vida de nuestra nación.

Estamos, pues, ante el testimonio de un pensador que, desde el seno de la Universidad, se halla profundamente comprometido con su país y su tiempo y cuyas palabras, siempre lúcidas y honestas, debemos atender para devolverlas enriquecidas por los fértiles cauces de la discusión y el debate.

LUIS GUZMÁN BARRÓN SOBREVILLA

Rector

AÑO ACADÉMICO 1995

Eminentísimo señor Cardenal Augusto Vargas Alzamora, Arzobispo de Lima y Gran Canciller de la Universidad; señores miembros de la comunidad universitaria; señoras y señores:

Hoy, al inaugurar el año académico 1995, la Pontificia Universidad Católica del Perú se halla a escasos ocho días de la celebración del septuagésimo octavo aniversario de su fundación; resulta por tanto pertinente recordar que formamos parte de una institución con historia y con memoria, que no deja de evocar con gratitud a sus fundadores y benefactores y, en general, a todos aquellos que trabajaron desinteresadamente para convertirla en lo que es actualmente.

Pero nuestra universidad no es solamente una persona moral que evoca lo acontecido y que se nutre de sus logros, de sus tradiciones y de sus experiencias. También entiende que una dimensión privilegiada de la historia es precisamente el porvenir, y por ello se abre esperanzada hacia el futuro. Hablar del porvenir implica, necesariamente, referirse a proyectos, a realizaciones y a un deber-ser que se ofrece como meta. Ahora bien, esa orientación hacia el futuro se quedaría limitada a meras ilusiones si no asumiéramos la situación presente —que debe ser ponderada con honestidad— para, desde ella, señalar los objetivos que nos proponemos alcanzar, así como la forma en que vamos a lograrlo. Y todo esto a partir de aquella auto-comprensión por la cual nuestra institución se reconoce en sus rasgos más propios como universidad y

como católica: lugar de intensa búsqueda de la verdad a través del saber, al tiempo que comunidad de personas marcada en forma indeleble por su esencial compromiso con la fe.

Permítasenos, pues, referirnos en líneas generales a temas que son ineludibles en nuestra vida institucional. Consideramos esencial, en tal sentido, comenzar nuestra reflexión sobre el desarrollo de algunas políticas académicas que debemos mantener y desplegar para dar sentido así a las acciones concretas que hemos comenzado a emprender. En general, nuestra universidad se encuentra en permanente proceso de revisión de los planes de estudio, particularmente los de los Estudios Generales, a los que damos especialísima importancia por su carácter formativo, que permite la maduración vocacional de nuestros estudiantes y su adecuada preparación para el inicio de los estudios propiamente profesionales.

Por otra parte, las exigencias del país nos orientan hacia una progresiva armonización de los contenidos programáticos en función de las necesidades nacionales, sin desmedro de la calidad académica. Este camino, que recién comienza a ser explorado, es de sumo interés, pues podría conducir a la creación de nuevas carreras. De hecho, la relación entre un enfoque interdisciplinario riguroso y un mejor aprovechamiento del potencial de las carreras existentes ya viene anunciando la aparición de posibles nuevas profesiones en nuestra universidad como son las de Biotecnología, Ingeniería Química, Ingeniería Mecánica y Electrónica, y Ciencias de la Comunicación, entre otras.

Mención aparte merecen los estudios de postgrado. Fuera del constante reto que representa el mantenimiento de la calidad de las especialidades que tenemos, existe hoy la posibilidad —absolutamente realista— de abrir nuevas secciones, pues en algunas especialidades estamos listos para

ello. En efecto, podemos adelantar que se encuentra en estudio la apertura de postgrados en Ingeniería Mecánica, Ingeniería Industrial, Ciencias de los Materiales, Ciencias Administrativas y Trabajo Social.

Es política permanente de la Universidad el fomento del intercambio académico con calificados centros de estudios superiores, para el desarrollo de estudios conjuntos. Nos complace destacar, por ejemplo, los importantes avances del programa de Bioelectrónica que venimos desarrollando con la Universidad Cayetano Heredia, con la que hemos renovado un antiguo convenio que esperamos sea cada vez más vivo y eficaz.

Otro de nuestros objetivos prioritarios es el constante enriquecimiento de perspectivas en determinadas especialidades, como ocurre en el caso de la Lingüística, que bien podría proyectarse hacia la Lingüística Aplicada y, por tanto, hacia las áreas de Traducción e Interpretación.

También, dentro de las actividades de extensión académica, entendemos que es importante trabajar en el incremento de los llamados *diplomas*, pues ellos conducen a un mejor y flexible aprovechamiento de la docencia que impartimos. En esta línea, además de los diplomas ya consolidados, se ha creado el Diploma de Estudios en Historia, se prevé el mantenimiento de los Diplomas de Museología y Museografía, el pronto establecimiento del Diploma en Estudios Orientales, y se está trabajando en la creación del Diploma de Estudios Europeos y en el de Teoría y Política Económica.

De otro lado, nuestra universidad estudia la posibilidad de crear un Centro de Educación Continua donde se impartan cursos de capacitación, extensión y actualización, avanzando en el camino ya emprendido por algunas unidades académicas y aprovechando, asimismo, las facilidades de nuestro Centro Cultural.

El fortalecimiento de la investigación mantendrá el lugar destacado que siempre ha tenido dentro de nuestras actividades. Los institutos y centros de investigación existentes serán impulsados para que puedan mejorar aún más su ritmo de trabajo. Ejemplo de una entidad que promete muy interesantes resultados es el recientemente creado Instituto de Estudios Ambientales (IDEA), que se encuentra realizando en la actualidad una apreciable cantidad de proyectos. Se ha previsto la creación de unidades de investigación en cada uno de los departamentos académicos, sin dejar de tener en cuenta la necesidad de ampliar el número de plazas para el otorgamiento de los semestres dedicados a la docencia y a la investigación. De esta manera, se dará mayor viabilidad a la real existencia de profesores-investigadores. Como estímulo adicional a la investigación, se vienen preparando concursos en las diferentes áreas, a los que se invitará a participar a profesores y alumnos. En cuanto a la vinculación con universidades del extranjero en el terreno de la investigación, es preciso que aprovechemos al máximo los mecanismos de la cooperación interuniversitaria establecidos por la Comunidad Europea a través del programa *Columbus*, y de los proyectos *Alfa*, de los cuales hay más de veinte en los que pensamos participar activamente. Es interesante mencionar que cada uno de estos proyectos supone la vinculación de nuestra universidad con por lo menos tres universidades europeas y una latinoamericana.

En cuanto al personal académico, es preciso plantear y desarrollar ciertas políticas muy claras, que se podrían resumir en los siguientes puntos:

- el estudio de los criterios que se deben seguir para la incorporación de profesores idóneos a la universidad;
- el establecimiento de actividades académicas conducentes al perfeccionamiento de nuestros docentes, especialmente en el terreno pedagógico;

- el perfeccionamiento de las normas orientadas a establecer de manera clara las condiciones de acceso a los diferentes niveles de la carrera académica, hecho que deberá expresarse en un adecuado reglamento de ordinarización y promoción de profesores;
- la elaboración de pautas objetivas y equitativas para la evaluación del desempeño docente, con el uso de adecuados indicadores que permitan el reconocimiento institucional de sus mejores elementos;
- el otorgamiento de facilidades y estímulos para que nuestros docentes y egresados realicen estudios de postgrado, particularmente en universidades acreditadas del extranjero.

Para la promoción del diálogo académico, que consideramos esencial dentro de la vida universitaria, deseamos fomentar el debate interdisciplinario en torno a por lo menos tres asuntos de interés permanente: 1) la reflexión inherente a nuestra universidad en tanto católica; 2) la discusión epistemológica sobre la naturaleza y límites del conocimiento científico, vale decir, sobre el saber que impartimos e investigamos; y 3) el estudio de la relación universidad-país, pues es claro que no se puede concebir a la universidad como una institución aséptica, desvinculada de la realidad a la que refleja y promueve.

Pensamos que nuestra universidad debe reafirmar su liderazgo en la vida cultural e intelectual del país. Por el prestigio que tan justamente ha ganado, debe seguir siendo una voz importante tanto frente a las grandes cuestiones nacionales, como a los temas propiamente académicos y universitarios. Dentro de esto último, nuestra universidad tiene marcado interés en participar activamente en la preparación de la nueva Ley Universitaria y, en tal sentido, se halla preparando, juntamente con otras universidades de prestigio con las que se ha vinculado, un Proyecto de Ley de Bases de la Universidad Peruana que confiamos halle eco en las instancias correspondientes. En general, la Pontificia Universidad Católica del Perú se encuentra dispuesta a potenciar su capacidad de

convocatoria para la discusión de los problemas que atañen al sistema universitario y a la educación en general.

En cuanto a los asuntos administrativos, nos hallamos trabajando en la reformulación de todo el sistema, tanto en el ámbito de la Administración Central como en las otras unidades. Elementos importantes serán, en esta línea, la reformulación del organigrama general de la universidad, la confección de distintos manuales de funciones y procedimientos, la adopción de mecanismos de control de la actividad administrativa, la vigilancia en los egresos de la universidad a través de auditorías —especialmente en las áreas de mantenimiento y abastecimiento— y la puesta en marcha de mecanismos de evaluación del personal no docente.

Además de lo anterior, se darán los pasos necesarios para capacitar a nuestro personal administrativo y de servicios, mediante cursillos especialmente concebidos al efecto, que ya han comenzado a ser puestos en práctica este verano.

Urge mejorar y enriquecer la función que cumplen los trabajadores sociales de nuestra universidad, tanto en la atención que se brinda a los alumnos, cuanto en el servicio de los empleados y obreros. Para conseguirlo, se ha decidido establecer dentro de la Dirección de Administración una Oficina de Recursos Humanos que se encargue de la orientación y ayuda al personal no docente. Asimismo, los profesores deberán hallar atención adecuada a sus problemas más específicos, y por ello se ha encomendado a la Dirección Académica del Régimen Académico de Profesores que cumpla, con el personal apropiado, esta tarea.

Finalmente, la administración de la universidad recibirá un impulso decisivo con la creación de la Dirección de Informática, instancia necesaria para unificar y coordinar funciones que hasta hoy se encuentran dispersas.

Con referencia a los aspectos económicos y financieros, no quisiéramos dejar de referirnos a la necesidad de renovar los equipos y de ampliar la infraestructura de la universidad. Una economía sólida nos permitirá tener acceso al apoyo crediticio en condiciones ventajosas de plazos y amortización para poder realizar estas inversiones de envergadura dentro de nuestra universidad. Es preciso ser audaces en este enfoque y actuar con celeridad, pues corremos el riesgo de quedar rezagados frente a otras instituciones a la hora de impulsar la investigación y de brindar los apoyos materiales necesarios para ofrecer una formación con excelencia académica.

También debemos explorar nuevas fuentes de ingresos. A este respecto, cabe señalar que el Centro de Transferencia de Tecnología ha asumido nuevos proyectos tales como la edición de textos escolares y que el Instituto de Idiomas viene aumentando su infraestructura y, por ende, su capacidad de captación de alumnos. También el CEPREUC viene creciendo significativamente, y es de esperar que pronto pueda tener, además de las aulas que se están construyendo en el campus, su propio local en una zona adecuada de la ciudad.

Es notable el ahínco con el que trabaja la Dirección de Finanzas, lo cual se ha hecho patente en la revitalización del Centro Comercial Plaza San Miguel. Esta Dirección tiene también otros proyectos en estudio con la finalidad de conseguir mayores rentas para la Universidad.

Debemos mencionar que, debido a las impostergables necesidades de renovación de equipos y de ampliación de la infraestructura, lamentablemente no podremos ir este año tan lejos como quisiéramos en lo que se refiere a aumentos de sueldos. Sin embargo, fuera de los incrementos generales que puedan decidirse y que reflejarán, como es habitual, el mayor esfuerzo de la Universidad en este terreno, se estudia el modo de otorgar reconocimientos especiales vinculados a las tareas no ordinarias encomendadas a los trabajadores docentes y no docentes, las que, a no dudarlo, serán cumplidas con eficiencia.

Constituye otro de nuestros objetivos principales que la sociedad tome cabal conocimiento de lo que la Universidad produce y de sus contribuciones a la vida del país. Apuntamos con ello a derrumbar algunos estereotipos acerca de la Universidad Católica que la califican injustamente de elitista y arcaica. Por esta razón se ha decidido reestructurar la Dirección de Promoción y Desarrollo, para dar lugar dentro de ella a una oficina de Relaciones Públicas que deberá asumir activamente una tarea de difusión encaminada a presentar la verdadera imagen de nuestra universidad.

Dimensión insoslayable de la actividad universitaria es la de la Proyección Social. Esta, que ha de entenderse de manera más rica que el simple asistencialismo, recibirá renovado impulso gracias a un proyecto de envergadura que, desarrollado por la dirección correspondiente y el generoso apoyo del gobierno belga, se ocupará a lo largo de los tres próximos años de organizar un centro piloto de desarrollo comunal en las zonas más deprimidas de nuestro entorno en Pando.

Resulta fundamental el planeamiento para organizar la vida institucional. En esa línea, pronto se realizarán reuniones con los decanos y jefes de departamento con la finalidad de discutir sus planes generales de trabajo y de desarrollo, tanto a corto como a mediano plazo. Para hacer viables estos proyectos, se procurará establecer un fondo especial dentro del presupuesto de la Universidad, de tal manera que se ayude al desarrollo de las unidades con más iniciativa, según las prioridades del caso.

El fomento de una real comunidad universitaria pasa, necesariamente, por el conocimiento y por la información. En este terreno, nos es grato comprobar cómo el boletín *Informe*, órgano de prensa de la Universidad, ha aumentado su demanda y, por ende, su presencia. Por otra parte, las autoridades continuarán con las visitas a las distintas unidades que se iniciaron el año pasado, para tratar directamente con docentes, alumnos y personal administrativo asuntos relativos a la marcha de la institución.

Finalmente, es preciso proseguir dando pasos firmes para vincular, con un criterio de justicia, el rendimiento académico y los pagos por derechos de enseñanza. Esto ya se viene haciendo con la adjudicación de becas a los postulantes que ingresan en los primeros puestos. En general, se debe apoyar a los alumnos que ostenten méritos académicos y, a la vez, estudiar con detenimiento la conveniencia de otorgar subvenciones a quienes no tengan un rendimiento estudiantil satisfactorio.

Hemos querido señalar hasta aquí las grandes líneas de desarrollo que se proponen para nuestra universidad. Ellas constituyen el derrotero que deberá orientarnos para plantear de modo organizado y conjunto los cambios que nuestra realidad académica y administrativa reclaman. Y ello, por cierto, buscando de la manera más adecuada los recursos que nos permitan completar la infraestructura que necesitamos, así como llevar a cabo una modernización de los equipos y laboratorios para hacer posible el nivel de docencia e investigación al que aspiramos. Debemos esforzar nuestra imaginación para multiplicar adecuadamente los servicios que la sociedad espera de nosotros. Esta actitud ayudará decisivamente a impulsar nuestro desarrollo sostenido, el cual, en la hora presente, no es tan solo una legítima aspiración de mejora, sino la condición necesaria para poder mantenernos como auténtica institución universitaria. Si no avanzamos para colocarnos a la altura de los tiempos, entraremos en el camino del empobrecimiento y, por tanto, de renuncia a la posición de liderazgo que por nuestra historia nos corresponde. Todo ello, ciertamente, sin que tengamos que desviarnos de los principios y valores esenciales propios de una universidad católica.

Y, entrando en este terreno, debemos señalar cómo, entre los roles fundamentales que le dan su razón de ser a nuestra universidad, se plantea, en primer lugar, el de actuar como realidad académica de

mediación, que —en palabras del padre Kolvenbach— “hace existir los diversos saberes y las diferentes ciencias de ningún modo en un aislamiento mortal, sino como diferentes significantes de la coherencia fundamental del hombre”. En efecto, existe actualmente una enorme fragmentación del saber. Ante esta situación, nuestra universidad reafirma como fundamental su vocación integradora, humanista e interdisciplinaria, pues creemos que solo así seremos consecuentes con el más auténtico sentido de la palabra *universitas*. La universidad no debe limitarse a la cuidadosa labor de transmisión de conocimientos para preparar buenos profesionales. Sin renunciar a esa función básica, también tiene que reivindicar, como prioritario y esencial, el cultivo de la universalización de las conciencias y de las inteligencias, teniendo como guía el principio de la unidad del saber. Es justamente este sentido totalizador el que nos permitirá comenzar a comprender las experiencias históricas y existenciales que originan la ciencia, así como los límites últimos que esta enfrenta. Desde la perspectiva cristiana, es justamente la comprensión de estos límites el momento más claro de la apertura a la trascendencia. Conciliar armónicamente la trascendencia de la fe y la autonomía de la ciencia es, en verdad, un reto grande y decisivo que nos compete muy de cerca a todos nosotros. Hablamos de una síntesis en acto, de una confrontación permanente, de un esfuerzo incesante de interpretación. En este proceso, sin perder el respeto por la autonomía y estructura inherentes al saber científico, la Fe debe poner este esfuerzo a prueba. Y, a su turno, la ciencia, llevada a sus más extremos límites, con su silencio debe disponernos a aceptar los horizontes ricos y enigmáticos de la Fe.

El otro rol fundamental de nuestra universidad tiene que ver claramente con su horizonte ético y cristiano. Es evidente que, como peligrosa consecuencia del avance del individualismo y del pragmatismo a ultranza, así como de la preocupación obsesiva por el porvenir material, existe la tendencia a dejar de lado los principios centrales de la solidaridad con

el prójimo y de la responsabilidad entendida como fundamento de la libertad y de la facultad para escoger. En ese sentido, nuestra universidad no puede constituirse en un lugar donde simplemente se adopten, con acrítico entusiasmo, las modas ideológicas de turno. En efecto, el liberalismo exacerbado desemboca en un determinismo que equipara las leyes del mercado con las de la naturaleza, asumiendo un carácter de ciego fatalismo. Paradójicamente, en este contexto, la Libertad es la primera víctima de la lucha que se realiza en su nombre.

Tampoco debemos sucumbir ante la tentación de sacralizar a la ciencia y a la tecnología, que pueden deslumbrarnos con sus logros hasta el punto de hacernos creer que son el camino hacia la felicidad. El real peligro consiste en el evidente rezago de la conciencia ética, que debería ir por delante de las conquistas técnicas y materiales. Ellas deben ser orientadas, desde el comienzo, hacia el auténtico bienestar y hacia la realización integral del hombre. Se trata, en última instancia, de canalizar el poder del conocimiento para sustituir la ley del más fuerte por la solidaridad con los más débiles, y para contribuir —como se ha dicho alguna vez¹— a “la gran mutación humanizante en el desarrollo de la vida, al salto cualitativo que está llamado a introducir la libertad humana”.

En general, ninguna moda ideológica, ninguna visión estrecha y determinista del progreso, debe hacernos perder de vista la tarea ética irrenunciable de la universidad, vale decir, su compromiso con la humanización de la persona, que solo podrá cumplirse en la vivencia de la solidaridad y del amor.

La conciencia ética y solidaria no debe quedarse en una retórica moralizante que se agota en su propio discurso y que no propone las mediaciones necesarias para hacer consistentes y realizables sus propuestas. Diagnosticar situaciones a través de la investigación, buscar alternativas

¹ Rafael Aguirre, profesor de la Universidad Deusto, España.

prácticas, superar escollos técnicos y organizacionales: todas ellas son labores en las que la universidad tiene un campo privilegiado de acción para contribuir a la puesta en práctica de los imperativos morales.

En síntesis, buscando en el saber la plena realización del hombre, nuestra universidad deberá esforzarse por desplegar un quehacer científico que sea algo más que pura operatividad racional. Por el contrario, este quehacer deberá convertirse en el anuncio de una revelación superior que la ciencia no domina y que se hace mensaje patente en la Fe del Evangelio.

Finalmente, desearíamos expresar, en palabras del filósofo belga J. Ladrière, lo que tendría que esperarse de nuestra Universidad Católica: “que ella nos ayude a no desesperar; a guardarnos a la vez de la tentación de nihilismo y de las ambiguas seducciones del espíritu prometeico; que nos dé, frente a la duda, la fuerza de la afirmación y, frente al delirio de la presunción, el coraje de la confesión de los pecados”.

16 de marzo de 1995

AÑO ACADÉMICO 1996

Eminentísimo señor Cardenal Augusto Vargas Alzamora, Arzobispo de Lima y Gran Canciller de la Universidad; Su Excelencia Monseñor Fortunato Baldelli, Nuncio Apostólico de Su Santidad; señores miembros de la comunidad universitaria; señoras y señores:

Quiere el tiempo, que rige la Historia y las fechas, las vidas de los hombres y de la sociedad, que nuestra ceremonia de inauguración de cada año académico se realice a los pocos días de conmemorarse la fundación de nuestra universidad. Fue, como todos recordamos, en 1917, un 24 de marzo. Son, por tanto, 79 años de existencia, 79 celebraciones de inicio de años académicos. Con ser muchos, no son estos años suficientes para erosionar la fortaleza y envejecer a ninguna institución, aun en nuestro país, en que tan pocas perduran con éxito. Y es que la vida de las instituciones, aunque inextricablemente unida a la de los hombres, no puede ser medida con el mismo rasero con que se suele considerar la existencia humana. Son tiempos diferentes, son naturalezas diferentes: el hombre y su existencia, por un lado, y las obras de la existencia del hombre, por otro. Se trata de lo efímero de nuestro paso por el mundo y de la relativa permanencia temporal de las huellas que nuestro recorrido ha podido dejar.

Y así, a punto de convertirse en una institución octogenaria, la Pontificia Universidad Católica del Perú se presenta hoy con el ímpetu y la lozanía

de las universidades neonatas. Esta energía no se agota en responder a los desafíos modernos de la eficacia y el pragmatismo, sino que halla su razón de ser en tanto esfuerzo desplegado para el cabal cumplimiento de los principios permanentes que justificaron nuestra fundación. En esta tarea, cabe reconocer la entrega, muchas veces anónima, que realiza a diario cada uno de los miembros de la institución.

Hoy me corresponde anunciar que hemos avanzado sustancialmente en el cumplimiento de la mayoría de los objetivos que nos trazamos el año pasado y que fueron esbozados en sus líneas más generales con ocasión de la inauguración del año académico que ha finalizado.

Durante 1995, nuestra institución ha buscado reforzar su liderazgo académico y ha realizado ajustes imprescindibles para la buena marcha de la administración, los que incluyen la aprobación de un manual de procedimientos y funciones que permita a una real reorganización administrativa en la que el proceso de evaluación será de capital importancia. Se ha impulsado particularmente la proyección de nuestra imagen institucional, tanto dentro como fuera del país, confirmando nuestra opción por la formación humanista integral. Se han incentivado los vínculos informativos al interior de la Universidad a través de visitas a las diferentes unidades para propiciar el diálogo con los docentes —que deseamos permanente—, así como mediante la emisión de boletines de diversa índole, a los cuales pronto se sumará información audiovisual a través de un noticiero diario que se viene preparando con gran trabajo e ilusión.

En cuanto al aspecto económico, estamos avanzando en su consolidación, incorporando dentro del manejo de nuestros recursos los canales financieros que, prudentemente administrados, nos permitirán continuar con la impostergable obligación que hemos asumido de reforzar nuestra infraestructura y equipamiento.

En lo académico, se han adoptado las decisiones requeridas para reforzar la investigación con la creación de Centros e Institutos y el establecimiento de premios e incentivos para docentes y estudiantes dedicados a este quehacer. Hemos intensificado asimismo los intercambios académicos mediante diferentes programas como el *Intercampus*, que han permitido a docentes y estudiantes adquirir experiencias sumamente útiles para su formación profesional.

Hemos multiplicado nuestro contacto con importantes universidades del extranjero, lo que se expresó tanto en proyectos pluridisciplinarios de investigación cuanto en la realización de cursos y conferencias extracurriculares en diversas especialidades. Nuestros vínculos con universidades peruanas también se han robustecido. Hemos afirmado nuestra presencia en diversos centros superiores en provincias a través de múltiples embajadas académicas y nos aprestamos este año a convocarlos a nuestra Casa para preparar la realización de diversas actividades. De otro lado hemos estrechado los vínculos que manteníamos con las universidades Cayetano Heredia, del Pacífico, y de Lima, con el propósito de desarrollar proyectos innovadores, entre los cuales se vislumbran el de la creación de programas conjuntos de formación académica y la muy importante tarea de propiciar, aunando esfuerzos, el proceso de evaluación institucional, paso previo a la búsqueda de la acreditación internacional.

Una de las decisiones de mayor gravitación ha sido aquella por la cual se crea la carrera de Ciencias y Artes de la Comunicación, que reviste singular importancia en el mundo actual. Como sabemos, se trata de una profesión que requiere de una sólida formación multidisciplinaria y claros fundamentos éticos que, estamos convencidos, podremos entregar adecuadamente. Asimismo, hemos abierto, como fruto natural de nuestra maduración en el saber, nuevos postgrados en ciencias y letras.

De otro lado, no pudimos sentirnos ajenos, durante el año anterior, a ciertos acontecimientos sobre los que consideramos que debíamos expresarnos como institución comprometida con el país y su fe católica.

Así, elevamos a la opinión pública una serie de pronunciamientos sobre normas legales que considerábamos que producían severa mella en la democracia, el Estado de derecho y la dignidad humana, valores con los que toda institución responsable debe estar comprometida, más aún si ella es Católica y Pontificia. Y justamente en relación con este tema que se refiere a nuestra identidad, la comunidad universitaria sabe cómo, con ocasión de la visita que en setiembre del año pasado sostuviera el Rectorado a la Congregación para las Universidades Católicas, se impulsó un franco diálogo que deberá continuar y que servirá para que, al tiempo que reafirmamos nuestra pertenencia a la Iglesia, las autoridades concernidas ponderen cómo la Universidad no solo ha experimentado un significativo desarrollo, sino que ha cumplido sin vacilar los mandatos que nacen de nuestra Fe, asumiendo en forma cabal su misión de servicio al hombre y la sociedad. Todo ello gracias a una estructura institucional y a una gestión de gobierno que cuenta con la participación y el respaldo de toda la comunidad universitaria.

Lo que hemos mencionado a grandes rasgos quisiera que se entienda como las realizaciones ineludibles que debían cumplirse por parte de una institución que se siente viva y que busca desarrollarse. Lejos de toda complacencia, es claro para todos nosotros que hay que continuar y profundizar las líneas de conducta que se han mencionado; hacerlo supone que nos percatemos, además, de problemas reales que se deben enfrentar y que surgen del hecho mismo de nuestro crecimiento.

En lo académico, sin pretender el establecimiento de una lista exhaustiva de los retos que exigen de nosotros pronta respuesta, podríamos señalar la revisión permanente de la calidad de las carreras que ofrecemos. Es

necesario precisar los grados de la especialización que ellas exigen hoy, la vigencia de los conocimientos y metodologías impartidos, así como sus requisitos ante la demanda profesional. Mención especial merecen en este punto los Estudios Generales, que si bien tienen que ser analizados con racionalidad y prudencia luego de sus veinticinco años de existencia, deben también ser decididamente defendidos, pues constituyen ese ámbito inicial de la vida universitaria desde el cual el joven egresado de la secundaria comienza a explorar aspectos fundamentales de la ciencia, la cultura y la existencia que producen en él, como antes en nosotros, ese deslumbramiento —*thaumatzeln* lo llamaban los griegos— que es la condición exigida para un acercamiento sapiente hacia la riqueza y complejidad de lo real.

De otra parte, no se nos oculta tampoco cómo ha surgido la necesidad de analizar seriamente el descenso de postulantes en ciertas carreras que impartimos y que, no obstante su importancia, son las que sufren más duramente el embate de una sociedad en proceso de cambio.

Consideramos nuestro deber incentivar aún más la formación de postgrado y la labor de investigación de nuestros docentes. Por otro lado, está entre nuestros objetivos hacer justicia a su dedicación generosa mediante el ofrecimiento de mejores remuneraciones, en la medida en que nuestra puesta al día en lo material se consolide, a fin de permitir así el cumplimiento de sus legítimas aspiraciones académicas y personales.

Los programas de postgrado de la propia Universidad deberán también ser sometidos a sereno examen. La razón es clara: a través de las maestrías existentes cumplimos una doble función que consideramos de vital importancia. Primero, formamos investigadores y profesionales de alto nivel y contribuimos así al desarrollo de la ciencia y de la técnica en el país. Segundo, respondemos a la demanda de perfeccionamiento que existe en nuestro medio, teniendo en mente la especial consideración que merece el interior de nuestra patria. En efecto, años de incuria y descuido

de las universidades por parte del Estado, sumados a las irresponsables acciones de quienes las llevaron al desbarrancadero de la politización y del sectarismo no han matado el ansia de ser-más por parte de muchos egresados de las universidades nacionales, especialmente las de provincias. A ellos los servimos y creemos contribuir, así, a la creación de un efecto multiplicador que indudablemente será beneficioso para el Perú. Al lado de este hecho no se nos escapa, sin embargo, la existencia de ciertos problemas en algunos de nuestros postgrados. Debemos precisarlos y resolverlos con prontitud para ofrecer una alternativa válida a nuestros propios egresados que buscan algunas veces su perfeccionamiento en universidades extranjeras, en las que son acogidos sin dificultad por la sólida formación que les hemos impartido.

Hoy resulta de suma importancia para la institución dar los pasos necesarios a fin de proceder a nuestra acreditación de acuerdo con los patrones internacionales. Someternos a esa prueba nos permitirá no solo acceder a una certificación que respalde la calidad de nuestro servicio, sino que, en el camino hacia ello, se nos hará posible reconocer y superar nuestras actuales deficiencias.

Respecto del ámbito administrativo, debemos dar especial importancia a la informatización de nuestros sistemas de trámite y archivo. Se impone también la capacitación de nuestro personal en el aprovechamiento de los nuevos recursos, así como la descentralización de la toma de decisiones hasta la obtención de un adecuado equilibrio entre la autonomía de las unidades y el orden general que debe propiciar la autoridad central.

Una mención especial merece la conducción adecuada de los servicios a terceros. Esta actividad universitaria ha crecido incesantemente en los últimos años, por lo cual se hace ya imprescindible estructurar sus aspectos administrativos, así como ofrecer la orientación y el apoyo necesarios a fin de asegurar su calidad.

Mantendremos nuestra activa participación en la vida universitaria nacional y en particular en la Asamblea Nacional de Rectores. Creemos además que será fundamental continuar con los proyectos que llevamos adelante con las universidades Cayetano Heredia, de Lima y del Pacífico. Asimismo, se hace indispensable consolidar nuestros vínculos con otras universidades importantes del extranjero con las que debemos continuar y multiplicar las actividades de investigación e intercambio académico.

Hemos expresado de algún modo cuáles serán las grandes líneas de la política institucional en los próximos años. Ahora bien, todas estas decisiones y acciones reposan sobre el sustento no solo del análisis de nuestra experiencia y el contexto social en que esta se produce, sino, fundamentalmente, en nuestras convicciones, a las que nos obliga la conciencia del humanismo cristiano.

En efecto, nos reclamamos tributarios de una tarea elevada que desarrollamos con plena convicción en valores trascendentes. Ello nos ha hecho asumir nuestra vocación con responsabilidad y por tanto no sucumbir ante la fácil tentación de la autocomplacencia. El peligro del éxito es precisamente olvidar el sentido originario de las instituciones, en nuestro caso, las razones por las cuales la Universidad Católica se constituyó en el Perú y emprendió una tarea que ya en los inicios de este siglo se encontraba puesta en cuestión.

Entendemos que la universidad es el lugar privilegiado para el diálogo, la ciencia y la cultura. En razón de nuestra identidad católica, tenemos el deber de preservar la comunicación entre la fe y el conocimiento y, por lo tanto, de impulsar la formación sustentada en los valores superiores. Por ello, con frecuencia marchamos a contracorriente de las ideologías

de turno y nos convertimos en el ámbito crítico en el cual ellas pueden ser entendidas en su contexto y en su sentido. Así, nos negamos hoy a caer bajo los atractivos señuelos del lucro, la competencia y el mercado. Como en los años fundacionales, percibimos con claridad la necesidad de distinguir entre medios y fines y, sin ánimo de anclarnos en el pasado, reivindicamos nuestro compromiso con los principios permanentes que dan sentido a nuestra misión. No aceptamos por tanto la tesis a la moda que desea entender la educación como lucro y no como apostolado. Estamos lejos, sin embargo, de negar que nuestra tarea no signifique, en cierto sentido, una inversión, pero esta lo ha de ser desde la perspectiva del bien común y le corresponde fundamentalmente al Estado apoyar a la educación en general, sea ella pública o privada, si es que realmente desea un futuro mejor para nuestra Patria. A este esfuerzo, claro está, no debe permanecer indiferente la sociedad civil, especialmente el sector productivo, que debe comprender que su colaboración —dejando de lado la utilidad inmediata y adjetiva— es decisiva para no continuar perdiendo valiosas generaciones de jóvenes que en lugar de ponerse al servicio del país constituyen, por la falta de educación, proyectos de vida finalmente frustrados que representan para nuestra nación un fracaso histórico.

Hay, pues, retos a los que debemos hacer frente hoy como antaño. Recordemos que fue precisamente en un contexto de secularización de las ideas en el país que nuestros fundadores acometieron, no sin dificultades e incomprensiones, una tarea que exigió un notabilísimo esfuerzo. Quienes iniciaron el cambio que hoy seguimos eran conscientes de la necesidad que tenía el Perú de una institución académica que reasumiera el desafío de cultivar el conocimiento en todos los ámbitos bajo la inspiración de la fe cristiana. Aquellos eran años signados por la introducción de la modernidad, entre la construcción de un nuevo Estado y los debates del pensamiento que proponían transformaciones sociales y económicas

profundas; entre las pugnas de los distintos sectores de la nueva clase dirigente y el surgimiento de la conciencia nativa. Como en nuestros días, se vivían pues cambios científicos y técnicos vertiginosos, se abrían sorprendentes vías de comunicación mientras la física y las ciencias naturales impugnaban viejos dogmas.

Es comprensible que en esta exaltación por el cambio se hayan derrochado energías para poner de lado la dimensión espiritual juzgada como anacrónica y que, en medio de este ambiente, el Padre Dintilhac haya sido visto como una especie de apóstol de una causa vetusta. Sin embargo, hoy observamos con orgullo que esa tenaz convicción rindió sus frutos hasta hacer de la Universidad Católica una de las instituciones académicas más prestigiosas y que mayores aportes ha ofrecido al conocimiento intelectual y al crecimiento de la conciencia ética en el país. Fue esa fe, consciente del *aquí* y del *ahora*, pero permanente en su origen, la que hizo posible que nuestra comunidad mantuviera su coherencia y su calidad por sobre los embates de las coyunturas.

En nuestros días somos testigos del cambio de paradigmas en todos los aspectos. Ya la idea de progreso social ha sido repensada ante la evidencia de que las sociedades no son manipulables como mecanismos de ingeniería. El concepto de Estado, a su vez, ha sufrido notorias reestructuraciones para llevar a cabo importantes reformas económicas. No se trata, ciertamente, de cerrar los ojos ante los beneficios que nos pueda traer el desarrollo económico sobre la base de la libertad de los agentes productivos. Ocurre que todo ello parece traer a la par una fuerte sospecha hacia los valores que nos hacen humanos, es decir, seres mutuamente vinculados a través del amor, la solidaridad y el entendimiento.

El desarrollo de nuevas formas de relaciones sociales y económicas no puede introducir soterradamente la exaltación del consumidor inocente sobre el cual la rentabilidad se impone por su pura presencia, pues esto

implica la pérdida del interés por la reflexión en la búsqueda del sentido de la vida. Son claros los signos de este desplazamiento conceptual que a la larga nos producen una crisis: hoy significa menos la letra que la cifra, menos la realidad que la apariencia y menos el arte que la sensualidad.

Quizás en último término el asunto se condense, como en la vieja meditación kantiana, en el tema del hombre y por tanto se nos exija la reflexión sobre este ser, el cual pareciera ofrecerse hoy de modo sutil a la comprensión común, ya no como ser definido por la inteligencia, *homo sapiens*, sino más bien como el híbrido que nace de la amalgama del viejo *homo faber* con el aparente nuevo paradigma del *homo cupiens*. Surge así una curiosa mezcla: la del hombre como elemento fungible en tanto bestia de trabajo —para usar el lenguaje de Nietzsche— con la del hombre como ser tocado y deslumbrado por el placer material inmediato, que apuesta la totalidad de su existencia en el instante, cortando así de raíz su historicidad al anonadar su pasado y cerrarse al futuro.

La tentación por hacer nuestra, sin mayor interrogación, la moda del pragmatismo y el mercado está hoy a nuestro alcance. Este grave riesgo debe ser señalado y discutido. Nuestra convicción es que no hay razón para abandonar aquellos ideales, porque precisamente son ellos los que han cimentado nuestro prestigio; han permitido nuestra apertura hacia un alumnado del cual exigimos, por encima de su situación social o económica, capacidad intelectual y voluntad de estudio; y han hecho posible la calidad de nuestra formación, legitimando el reconocimiento nacional del que goza nuestra institución.

Ante la pregunta que nos podemos hacer hoy sobre si debemos imponernos la tarea de realizar innovaciones profundas, la respuesta es, con seguridad, sí, pero bajo el atento respeto de nuestro legado humanista y cristiano. Esta especificación no es en modo alguno adjetiva, sino esencial; es la garantía de que superaremos las tentaciones y los vaivenes de las circunstancias. No se trata de una renuncia a nuestro tiempo, sino por el contrario de

un deseo de observarlo de manera integrada para comprender su sentido. Tampoco se trata de una toma de posición intermedia o tibia, sino radial, en el sentido original de la palabra, pues, al exigirse una reflexión del presente a la luz de la esencialidad humana, logramos introducirnos en las raíces de las cosas, en la intimidad de las conciencias. Dejar de lado esta tarea significaría negarnos a nosotros mismos y hacer perder al país una de sus más importantes fuentes de debate y autocomprensión.

Nuestra universidad mira esperanzada y con fundado entusiasmo el futuro. En un país en el que el tiempo desgasta las instituciones e invita muchas veces a la abulia y a la falta de compromiso, podría esperarse que nos acerquemos a los ochenta años como una institución lánguida y envejecida. La realidad es otra. Alimentados constantemente por nuestro compromiso por hacer justicia al hombre-persona y asumiendo la realidad del Perú, que pide de nosotros esfuerzos denotados para extraerla de la postración material y moral que secularmente ha experimentado, la Pontificia Universidad Católica del Perú quiere renovarse y se dispone a reafirmar su liderazgo.

Para ello habremos de continuar la tarea de re-pensarnos. Esta es una obligación primordial. Con el fin de dotar de sentido a esta reflexión, debemos disponernos a mirar claro en los cauces fundamentales dentro de los cuales discurren nuestras tareas propias. Esta mirada, obviamente, no ha de ser la de la pura contemplación ni la del lúdico ejercicio del intelecto, sino que deberá expresarse en aquella visión inteligente de los principios de la coyuntura que, transmitida directamente a la voluntad, nos conducirá a la toma de las decisiones más importantes de la vida institucional. Este es el imperativo en el que estamos todos comprometidos y, en tal sentido, el año académico que se inicia deberá constituir un momento señalado en el cumplimiento de este mandato que brota claramente de nuestra propia naturaleza universitaria.

Señor Gran Canciller de la Universidad, Eminentísimo Cardenal Augusto Vargas Alzamora, Arzobispo de Lima, pido a usted, a nombre de esta comunidad académica que me honro presidir, tenga a bien declarar inaugurado el año académico de 1996.

8 de abril de 1996

AÑO ACADÉMICO 1997

**80 ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA PONTIFICIA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ**

Eminentísimo Cardenal Augusto Vargas Alzamora, Arzobispo de Lima, Primado del Perú y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica del Perú; su Excelencia Monseñor Fortunato Baldelli, Nuncio Apostólico de Su Santidad Juan Pablo II; excelentísimos señores obispos representantes de la Conferencia Episcopal; señoras y señores miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en el Perú; señoras y señores autoridades, representantes y funcionarios de los organismos del Estado; señores rectores de universidades amigas; antiguos rectores de la Pontificia Universidad Católica del Perú; señoras y señores decanos y jefes de departamento de la universidad; colegas miembros del claustro; alumnas, alumnos, ex alumnas y ex alumnos de la universidad; colegas del personal administrativo; señoras y señores:

El tiempo, que es lineal y avanza por tanto distanciándose de sí mismo, pareciera volverse circular en estas ceremonias de inicio del año académico, ritual significativo en la vida universitaria. Y si el tiempo parece otra vez empezar, es porque la institución afirma su esencia más propia incorporando dentro de sí la permanente renovación. Pocos meses atrás hemos despedido a quienes culminaron sus estudios. Algunos días hace que celebramos la incorporación de quienes por su esfuerzo y capacidad son, a partir de este año, nuestros nuevos alumnos: mentes jóvenes que han acudido a nuestros claustros para formarse y adquirir

una profesión, y que reponen a las aulas la porción de vida de quienes cumplieron su ciclo estudiantil y se incorporaron a la vida de la sociedad con el bagaje que la Universidad les dio en estos años en que fueron parte vital de ella. Han acudido nuevas personas a nuestras aulas y con ellas la vida universitaria continúa; se cierra un ciclo e inicia otro. Los momentos son distintos, los actores y la misión permanecen inalterables.

No es solo el ingreso de nuevas generaciones de estudiantes lo que constituye este rito inicial de la universidad. También jóvenes y prometedores profesores —en su casi totalidad antiguos alumnos nuestros— se han incorporado a la docencia, cubriendo crecientes requerimientos o respondiendo a una necesaria ley de renovación. Representan ellos personas que se insertan en el cauce institucional para, en hermosa dialéctica, madurar con la experiencia acumulada de los viejos maestros, al tiempo que entregan su espíritu crítico, su inteligencia inquisitiva y su indeclinable entusiasmo al claustro que los formó. El inicio del año académico suele ser también ocasión propicia para señalar cómo la institución, en el año transcurrido, pudo en efecto cumplir con las metas trazadas para ese período, reflejando su fidelidad a los principios que la sustentan cuando ellos se ven enfrentados a los permanentes desafíos que nacen de su concreta inserción en la historia y sus coyunturas. Como no está en mi intención abrumarlos con una detallada exposición del cumplimiento de metas y objetivos, bastará en la circunstancia señalar que, durante 1996, nuestra permanente preocupación por el desarrollo de la Universidad se tradujo en lo *académico*: en la creación y funcionamiento de nuevos diplomas y maestrías; en la revisión y consecuente modificación de los planes de estudio de numerosas especialidades, buscando en lo posible dar cada vez mayor cabida a la formación interdisciplinaria; en la intensificación de nuestro apoyo al perfeccionamiento de nuestros docentes, buscando que un número cada vez más significativo realice estudios de postgrado

y brindándoles, además, la posibilidad de mejorar sus habilidades pedagógicas a través de cursillos y seminarios sobre diseño y aplicación de nuevas tecnologías para hacer más pleno y eficiente el proceso de enseñanza-aprendizaje; en la organización de cursos de actualización y capacitación profesional de quienes hace algún tiempo egresaron de nuestras aulas, recurriendo en variadas ocasiones a la modalidad de Educación a Distancia.

En lo que concierne a la tarea de *investigación*, signo distintivo de una auténtica universidad, se amplió el apoyo que, desde antiguo, acordamos a nuestros académicos. Se han reforzado los centros e institutos que existían y se han creado nuevos. Procurando que la investigación tenga un amplio espectro, se ha planteado pluridisciplinar y en asociación con académicos de otras universidades muy prestigiadas del extranjero. De otra parte, se ha buscado integrar de modo creciente a los propios alumnos tanto del pregrado como del postgrado en la realización de investigaciones, convencidos de que estas son fundamentales para su más plena formación. Entendiendo que la investigación no pasa de buenos deseos si no se cuenta con los instrumentos que la hagan viable, se han renovado equipos y laboratorios dotando a la Universidad de los elementos más modernos. Asimismo, hemos incrementado significativamente nuestros fondos bibliográficos, en especial en el terreno de las humanidades y más precisamente en el tema de la historia peruana republicana.

La *Proyección Social*, como dimensión muy importante de la vida universitaria no ha sido descuidada y en tal sentido hemos avanzado sustancialmente, entre otras actividades, en dos proyectos de gran envergadura: el del Centro Piloto de Desarrollo Comunal en Maranga, y el de la Niñez Abandonada.

En el terreno *administrativo* se ha comenzado a ejecutar una reforma progresiva y sistemática de nuestra estructura de procedimientos, y para ello contamos con la asesoría de una organización especializada y muy competente que nos ayudará en la configuración de una programación racional y fundada de nuestras actividades en este dominio.

Sobre la vida *económica* y *financiera* de la Universidad, ella sigue una política clara en la que la meta a alcanzar es la de no solo conservar una estructura sólida en este campo, sino también obtener, a través de atinadas inversiones, los recursos materiales que nos permitan crecer en la extensión y calidad de nuestros servicios.

Nuestra casa guarda fraterna relación con otras universidades del país. Resultado de una especial afinidad en este tema ha sido la creación de un consorcio en el cual nos hemos asociado con nuestros pares: la Universidad Peruana Cayetano Heredia, la Universidad del Pacífico y la Universidad de Lima. Nos vincula a todos un cierto modo de entender lo que es la universidad —y así lo hemos hecho público—, además de la conciencia de que en muchos aspectos de la vida académica debemos establecer un espacio común en el que, buscando el bien del país, podamos juntos entregar bastante más de lo que resultaría de esfuerzos aislados. Hay ya varios proyectos que estamos desarrollando y son muy ricas las posibilidades de un trabajo eficaz y armónico en el futuro.

En esta mirada de sobrevuelo, no podemos dejar de mencionar el tema de la *cultura*. En este ámbito, la Universidad, a través de una política definida de compromiso con las altas manifestaciones del espíritu, ha promovido de manera intensa y ordenada variadas actividades, todas ellas de gran calidad, tanto dentro de nuestro campus como en el entorno, especialmente a través de su Centro Cultural. Esta conducta se mantendrá y enriquecerá.

Hay muchos otros asuntos a los cuales podría referirme. Deseo, para no agobiarlos, mencionar tan solo el tema del *ingreso*; sobre él baste decir

que, si bien somos conscientes de la calidad, honestidad y pertinencia de nuestra prueba de selección, no nos sentimos por ello eximidos de revisarla y perfeccionarla constantemente. En tal sentido, seguiremos explorando los mejores sistemas de selección de los postulantes que acuden a nosotros, buscando que ingresen a nuestras aulas los jóvenes más capaces dentro de un balance adecuado en la composición socioeconómica de nuestro alumnado y guiados siempre por los principios de justicia y solidaridad que hemos profesado, sin caer en el fácil expediente de levantar falsas expectativas entre los estudiantes de los últimos años de secundaria.

Dicho lo anterior, regresemos a esta ceremonia que tiene la importancia de evocar el acto fundador. Aquí, en la Universidad Católica, las actividades académicas de cada año tienen, como todos sabemos, una característica especial, pues se inician, desde nuestro origen, con una invocación al Espíritu Santo para que nos asista. Cuerpo docente, estudiantes, autoridades y trabajadores renovamos así nuestra fe en Cristo y reafirmamos nuestro compromiso con el quehacer científico, reconociéndonos como institución que forma parte de la Iglesia y como casa de educación superior que debe contribuir a señalar el rumbo histórico de nuestra patria.

Todo inicio de un año académico es importante. Empero, el que hoy celebramos posee notas especiales. Cumplimos ochenta años de vida institucional, período que, si bien es reducido al compararse con los siglos que la institución universitaria tiene en el Perú o el milenio que nos separa de su nacimiento en Europa, nos afirma, sin embargo, como la primera universidad privada del país que, en un medio caracterizado por la rápida erosión de sus instituciones y en el que los organismos sociales tienden a ser trágicamente falsificados, lejos de debilitarse, ofrece una historia de continuo desarrollo, manteniendo fidelidad a nuestra esencia singular: el cultivo de la ciencia, la preservación, difusión y creación de la cultura en permanente y reflexivo diálogo con la fe. Nuestra comunidad

universitaria se ha elevado a la altura que el cumplimiento de su misión le exige y ha velado con diligencia y responsabilidad ejemplares por conservar la identidad y calidad de nuestra institución, ello cuando todo en el Perú —el descuido de los gobernantes y la propia inconciencia de algunos profesores y estudiantes ganados por una irresponsable caricatura de la sana política— conspiraba para que la educación superior declinara e incumpliera sus fines.

Cinco generaciones de profesores y estudiantes ha formado la Universidad en estos ochenta años. Cinco generaciones que conforman en su tramado la vigencia histórica de nuestra casa, generaciones que —coexistiendo algunas— brindan un sello singular a la Católica: el de la continuidad y el diálogo suscitado entre quienes, siendo ayer alumnos, hoy convertidos en maestros, reflexionan en comunidad con sus antiguos mentores.

La Pontificia Universidad Católica del Perú ha sido, pues, ejemplo de constancia, y ello explica por qué —frente al creciente deterioro del entorno— ella no solo se haya afirmado sino que también haya crecido y madurado. Su lealtad a los principios que la inspiraron no se ha expresado en formulaciones retóricas que aspiran por reiteración a legitimarse como realidad. El transcurso del tiempo ha servido para testimoniar con resultados macizos que hemos avanzado más allá de las palabras. Los valores y, en consecuencia con ellos, las acciones que, desde su fundación en el año 1917 por el Padre Jorge Dintilhac, se establecieron y desarrollaron, han ido construyendo un pasado de entrega y dignidad que nos enorgullece. Los principios permanentes que anidan en la esencia misma de la universidad como institución milenaria y que, en el caso de una universidad católica hallan un suplemento trascendente de sentido en el mensaje cristiano, no fueron solamente postulaciones teóricas que una vez formuladas cayeron en el olvido. Presentes como causa final del quehacer comunitario, brindaron un horizonte anterior y superior a nuestra misión. Avanzamos así en el tiempo, cumpliendo la tarea de cubrir la distancia que separa la vida concreta de toda institución —su

ser más propio en el aquí y el ahora— de ese debe ser señalado en forma inequívoca desde los comienzos, para brindar racionalidad y sentido a la tarea cotidiana. El transitar este camino acotó para nosotros lo que válidamente podríamos llamar un *ethos académico* que se convirtió en la textura misma de nuestra vida institucional y que fue entregando frutos que hoy la memoria agradecida recoge.

Nuestro compromiso como universidad católica desde los inicios determinó obligaciones frente a las personas y frente al país. El compromiso personal surge de la convicción de que la universidad, como afirma Jorge Guillermo Leguía, no es una especie de aduana a la que los estudiantes, con actitud de comerciantes, acuden a certificar su mercadería a fin de visar sus conocimientos, pues ninguna nostalgia de las aulas siente quien con esta actitud lleva bajo el brazo el título profesional.

Creemos firmemente que una de las misiones básicas de la universidad, y más aún de la universidad católica, es la formación personal de la juventud. No frialdad de empresa, sino calor de hogar debe caracterizar al claustro, pues no otra cosa requiere el estudiante en el período de su existencia que va a desarrollar entre nosotros; el paso de la adolescencia a los años jóvenes de la madurez no nos puede ser indiferente y por ello debemos preocuparnos de que la experiencia universitaria sea integral y no quede reducida a lo meramente profesional.

No podemos olvidar que nuestra relación con los jóvenes no puede expresarse por medio de miradas de desconfianza y sospecha porque son diferentes a nosotros, ni menos podemos asumir frente a ellos actitudes moralizantes, paternalistas o autoritarias.

En el relato evangélico llamado del *joven rico* —nos lo recuerda Monseñor Alejandro Goic, teólogo chileno— “hay una mirada que marca la diferencia fundamental y que está en el origen de cuanto los cristianos podemos decir y hacer junto a los jóvenes: es Jesús que los mira con amor”.

Y este respeto por los jóvenes obliga a la Universidad a resaltar el plano formativo, que, hemos dicho, debe ser integral —o tender a serlo— y abarcar por igual lo cognoscitivo, lo afectivo, lo cultural, lo espiritual trascendente y lo social. Nuestras aulas son lugares en que estudiantes de diversos sectores sociales y culturales se encuentran, se relacionan, aprenden a organizarse y, lo que es muy importante, encuentran —deben encontrar— una disposición del profesor para el trato personal, relación esta que enriquece a uno y a otro porque los convierte en maestro y persona diferenciada, irreductible a ser considerado anónimo integrante de una masa o, lo que es peor, fría cifra codiciada.

En los terrenos en los que se despliega la relación éticamente vinculante entre nuestra universidad y la sociedad y el país, creemos sin soberbia que hemos asimismo cumplido. Lo hemos hecho ante todo logrando, por nuestra calidad académica y moral, que nuestra voz pueda levantarse sonora y legítima para pronunciarse sobre los temas y problemas fundamentales de la Patria, pero lo hemos hecho también de un modo más inaparente, aunque sin duda también efectivo, en el terreno de las acciones concretas que, más allá de nuestro recinto, hemos cumplido en beneficio de quienes requirieron nuestro apoyo y colaboración. No es, sin embargo, finalmente la acción directa de la Pontificia Universidad Católica del Perú la que debiéramos resaltar en este punto, sino más bien su presencia indirecta en la vida peruana a través de sus ex alumnos, quienes han sido en buena medida protagonistas del quehacer nacional en los campos de la ciencia, el arte, la cultura, la política, para no mencionar sino algunas líneas de fuerza en la vida social.

Lo que hemos señalado, si bien genera en nosotros legítimo orgullo, nos obliga también, a la luz del momento histórico que hoy nos toca vivir, a renovar la reflexión sobre la esencia, fines y funciones de la institución universitaria, pues de algún modo se ha puesto en entredicho la justificación misma de nuestro quehacer. En la situación presente, no ha faltado quien ha calificado a la universidad de tradicional, dando a

entender que hemos perdido relación con la realidad, no solo del Perú, sino del mundo, y que los avances de la ciencia, la profesionalización y la tecnología —para nada mencionan la cultura— nos han sobrepasado, nos han dejado atrás.

Al llegar a nuestros ochenta años, ¿cómo negar que somos una institución tradicional? Lo somos, pero no por lo que se señala, sino por nuestra raigambre en el cauce central de la historia contemporánea del país, por nutrirnos de su pasado, de su cultura y de los valores milenarios y universales del Cristianismo, siempre renovados, siempre vigentes, que constituyen el elemento vital que confiere densidad a nuestro cotidiano quehacer.

Por esto mismo, porque somos tradicionales, tenemos perfecta conciencia de que la tradición no es cosa del pasado. Día a día se constituye, incorporando al acervo común, de modo crítico y reflexivo, los avances del arte, del conocimiento, de las ciencias y de su prolongación permanente, la tecnología.

Somos pasado y ello nos permite comprender el momento que vivimos. Sin embargo, esta comprensión no puede ser cabal si no se hace desde el futuro. En él hallamos el momento desde el que el recuento del pasado cobra sentido y la orientación del presente hacia lo que se atisba como posible aún se puede realizar.

La historia, en verdad, es algo más que el mero registro de lo acontecido; su dimensión primera es lo que ha de advenir y que, por ello, modela el presente, que una vez transcurrido se fija de una vez y para siempre en lo que fue, campo más fértil para la memoria que para la imaginación y la inteligencia. Por eso, una tarea fundamental es pensar la universidad desde el futuro, poner el deber-ser por delante y trazar los caminos que desde aquí y ahora nos conduzcan siempre hacia la consecución de ese ideal.

Porque la universidad no es una institución que vive en espléndido aislamiento, sino que está inmersa en la vida de la comunidad a la que le es imprescindible y recibe las consecuencias de las transformaciones

que experimenta la sociedad contemporánea. Es muy claro que asistimos hoy a profundos cambios en la vida del hombre. Todo lleva a pensar que las coordenadas del tiempo y del espacio que dieron sustento a una determinada visión del mundo se han modificado. En un momento de radicalización de la racionalidad occidental, el ideal baconiano que nos prometía el dominio no cuestionado de lo real, poniendo en obra el proyecto matemático que animó a la modernidad, se ha expresado de modo tal que da la impresión de que la vastedad del espacio se halla condensada y representada en la imagen que de él nos dan los procesos telemáticos. Por su lado, el tiempo, y con él el largo plazo, parecen estar sometidos a la primacía del instante, reduciéndose el tiempo histórico a la fugacidad.

De otra parte, el insospechado desarrollo de procesos tecnológicos que se reclaman de una ciencia triunfante modela un universo aparentemente compartido por todos, en el que la información sin límites se transmite sin discriminaciones. Vivimos, se afirma, en un proceso planetario en el que lo diverso se unifica y la representación de las cosas asume de pleno derecho el lugar de la misma realidad. *Aldea global* la llamó McLuhan. *Mundialización, globalización, sociedad de la información* son otros epígrafes que rotulan un nuevo modo de ser en el mundo, cuyos criterios para valorar al hombre, la cultura, la naturaleza no son otros que los de la utilidad y el consumo. Pragmatismo y hedonismo. Época de la fungibilidad y la sustitución: pareciera que nada posee ya valor intrínseco, que todo es intercambiable o desechable.

La oculta voluntad de poder que anunció Nietzsche se deja entrever como el signo que ha de marcar nuestra existencia histórica, en la que lo virtual se confunde con lo real y la pericia y el manejo de las puras representaciones eleva a los mediadores y a las mediaciones por sobre aquello que relacionan.

La alegoría del viejo Platón bien podría haberse escrito hoy: pareciera que no hay más mundo que el de la caverna y sus apariencias;

consecuentemente, se vendería como sabiduría la habilidad del obnubilado prisionero que, maestro en distinguir mejor que otros las sombras que se proyectan en el fondo de la caverna, ha sin embargo olvidado la *Paideia* —como transformación del alma— que puede conducirlo al mundo real exterior. Estas concepciones afectan la comprensión de la existencia de cada hombre, entendido como ser personal, autónomo y responsable del proyecto de su propio existir, y se extienden, también, a la vida intersubjetiva, lo que concierne indefectiblemente a la irrenunciable dimensión de nuestra sociabilidad.

Confirmados sus errores por el tiempo y la terca realidad, nos ha tocado ser testigos del desvanecimiento de una ideología convencida de su inmovilidad, que erigió sus principios en leyes de la historia y fundamento de la ciencia y que nos ofreció, al precio de la lucha de clases y la dictadura del proletariado, el cumplimiento total de su inexorable destino en un paraíso irónicamente caracterizado por valores de humanidad e igualdad. En su reemplazo ha emergido otra ideología que se pretende dominante, de signo contrario, pero que —otra vez la ironía— sienta su punto de partida en la aceptación acrítica de la muerte de las ideologías. Supone ella la sustitución de la violencia como motor de la historia por el mercado y sus leyes, que se postulan naturales. A partir de la exaltación de la libertad individual, favorecida por las innumerables ventajas tecnológicas, esta concepción ha elegido como vía *regia* para la comprensión de la vida social el factor económico. Este economicismo, que olvida las raíces humanísticas de la ciencia de la que se pretende vástago y que desea desarrollar, traduce de manera reductiva todo asunto al único lenguaje de los negocios y hace del mercado el único y posible escenario en el que puede representarse el drama épico de la existencia humana. Es allí, en el mercado, concebido de modo simplista y por ende errado, en su presunta irrestricta libertad, en sus leyes que se piensan sabias y justas *per se*, donde se disuelve la persona humana, donde se

juzga su conducta, de donde surgen los valores —o antivalores— con los que se pretende constituir la era del neoliberalismo.

En nombre de la eficacia y la competencia propias de la vida empresarial y con la agresividad característica de la autosuficiencia, estos profetas de la nueva ideología no han reparado en que el espíritu que los anima y en nombre del cual nos ofrecen estas concepciones tan simplistas del hombre, del mundo y de la historia es el mismo espíritu positivista que reifica el mundo y que sustentó lo esencial de las teorías marxistas.

A decir verdad, ambas concepciones privilegian el factor económico en desmedro de una concepción integral del hombre. Ambas, cual caras de Jano, nos ofrecen un paraíso al final de la historia —el de los trabajadores, el marxismo; el construido por la sabiduría del mercado, el neoliberalismo—, en nombre del cual se ha de sacrificar la justicia del presente por la perfección del futuro. Se trata, ni más ni menos, de formas de materialismo que, al reducir el mundo a la dimensión única de lo económico, desconocen la complejidad de las realidades y, sobre todo, la de esa realidad enigmática que es el hombre.

Como ha ocurrido con ideologías anteriores, el neoliberalismo ha llegado a nosotros con retraso y más simplificado aún. Avalado en los hechos al introducir coherencia en el desbocado proceso económico nacional, dominante como es y pragmático, no le basta la prédica, sino que pretende penetrar todos los ámbitos de la vida nacional, la educación entre ellos.

Probablemente motivadas por buenas intenciones de promover un sector de la actividad social tradicionalmente relegado, han aparecido normas que establecen una ecuación en la que centro educativo es equiparado a empresa comercial, finalidad formativa a ganancia de utilidades y vocación docente a servicio laboral y percepción de un salario. La condición de alumno es vista como la situación de un cliente

que acude para la prestación de un servicio más; la formación integral reducida a la instrucción especializada. Y se corre el riesgo de subordinar la investigación científica, de por sí desinteresada porque busca la verdad, en sucesión de contratos que no tienen otra finalidad que utilizar las conquistas de la ciencia en la consolidación de los negocios.

En otro plano, estas normas suponen la destrucción de la noción de comunidad universitaria, al erigir al dueño o a quien este designe en autoridad o jefe de la empresa educativa, sin que asista derecho alguno a profesores y estudiantes a participar en la configuración del destino de la vida institucional.

Podríamos, en verdad, decir mucho más sobre estos temas. Sin embargo, considero de mayor importancia en esta efeméride ritual de renovación y júbilo reafirmar el ideal de nuestros fundadores. Reiterar por tanto nuestra naturaleza, que nos conforma como comunidad viva, pensante, autocrítica, alerta a las circunstancias históricas. Hogar de la inteligencia y del discernimiento, que por tanto sabe discriminar entre medios y fines. Reconocedora permanente de las ideologías dentro de la vida social, pero sabedora también de la ilusión totalizante que anida en cada una de ellas. Prestos a asumir las conquistas magníficas de la modernidad para usarlas como adecuados instrumentos en vistas de un fin superior, no renunciando por lo tanto a la libertad que nos permite decir *no* a todo aquello que amenaza nuestra condición de seres espirituales en los que Dios ha dejado su más clara impronta.

Renovemos, pues, nuestro optimismo en la marcha de la ciencia que busca la verdad. Respondamos con desprendimiento y con inteligencia a los jóvenes que, esperanzados, acuden a nuestros claustros. Sirvamos con denuedo a nuestro país para que en él se desarrollen y puedan vivir en plenitud los valores de la paz, la solidaridad y la justicia. Dispongámonos a ser ejemplo en la búsqueda de respuestas a la sed de infinito por la que

la realidad, a través del hombre, aspira a Dios. Entreguemos, finalmente, agradecidos nuestra comprometida acción a la mayor gloria del Señor que, amoroso, desde hace ocho décadas vela por nosotros.

Sean estos propósitos los que tracen nuestro derrotero en el año que se inicia y que, le ruego, Eminentísimo Señor Cardenal, Arzobispo de Lima, Primado del Perú y Gran Canciller de la Universidad, declare inaugurado.

31 de marzo de 1997

AÑO ACADÉMICO 1998

Su Eminencia Cardenal Augusto Vargas Alzamora, Primado del Perú, Arzobispo de Lima y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica del Perú; señores obispos, señores vicerrectores, señores decanos; amigos todos:

En la vida de las organizaciones hay actos cargados de significación, que al reiterarse con periodicidad regular, de alguna manera simbolizan el rito inicial por el que la misma institución fue creada. Este es el sentido que reviste la inauguración del año académico y la explicación cabal que hace que esta ceremonia, a la que hoy asistimos, trascienda vacíos formalismos, pues se eleva a la exacta dimensión del mismo acto con que nuestro fundador puso en marcha la tarea misionera que desde un primer momento quiso imprimir a la Universidad Católica; institución que, por mantener fidelidad a sus postulados iniciales, recibió más adelante la dignidad de Pontificia y adquirió carácter de Nacional, títulos que hoy, al renovar el juramento de fe de nuestros fundadores, ostentamos con humildad, coherencia y firmeza a través de la cotidiana actividad que como centro del saber nos es inherente y que como compromiso de Iglesia nos compete.

Como ya hemos señalado en ocasión anterior, esta ceremonia tiene lugar a pocas semanas de haberse despedido de los claustros los egresados de las diversas especialidades: hombres y mujeres con los que la Universidad pretende mantener un estrecho vínculo y que son portadores de los principios de excelencia académica que, a través de la docencia, la

investigación y la práctica, les hemos inculcado, y más fundamentalmente todavía de los principios de vida y de conducta profesional que les hemos transmitido, procurando que ellos señalen permanentemente rumbo a su existencia, así como en nuestro escudo la estrella guía la barca y disipa las tinieblas.

Mas al tiempo en que estos antiguos alumnos se alejan formalmente de la Universidad, un nuevo contingente de jóvenes, en uso de una libertad, que comienza a ejercitarse, ha acudido a nuestras aulas. Su presencia nos reitera el deber de saber comprenderlos y respetarlos en su idiosincrasia generacional y reclama que al momento de retomar las viejas tareas, otorguemos nuevos bríos al sentido de misión que nuestro especial carácter nos impone. Bien mirado, esto es lo que hace a nuestra universidad, no obstante el paso de los años y la crítica nacida de una retórica fácil y adjetiva, una institución siempre joven, siempre actual, siempre renovada.

Con agradecida memoria haremos breve revisión de nuestras actividades en 1997, año en que la Universidad celebró su octogésimo aniversario y que, como todos sabemos, se inauguró con un *Te Deum* presidido por Su Eminencia el Gran Canciller y se clausuró con la escenificación del auto sacramental de Calderón de la Barca *El gran teatro del mundo* en el atrio de nuestra Basílica Catedral. Numerosos momentos especiales vividos a través de todo el año y que incluyeron exposiciones de arte, presentaciones teatrales, conciertos, ciclos de conferencias y publicaciones, han sido el resultado de meses de trabajo entregado generosamente por los miembros de la comunidad, lo que dejó muy en claro que somos una universidad con una tradición y pasado que orgullosamente asumimos porque en él reside lo que hoy somos y de él surge la inspiración a la cual hemos de acudir para las definiciones constantes sobre lo que debemos ser.

Nuestra tradición es ya parte indelible de la historia del Perú. Numerosos y permanentes son los aportes de nuestra institución en los aspectos de la vida nacional. Nuestra contribución se hace patente en ámbitos tan aparentemente variados como la lucha contra la pobreza, la vida política o la vida académica. En busca de una mejora en la calidad de vida de nuestro pueblo participamos con aportes concretos vinculados con el uso de tecnologías diversas, creadas o recreadas en la Universidad. Constituimos una presencia importante en las diversas generaciones de dirigentes políticos, y de otros actores del devenir nacional, pues en ellas se cuentan numerosos egresados de nuestros claustros. Importantes intelectuales y creadores —científicos, pintores, escritores, escultores—, que antaño como ahora destacan por su originalidad y excelencia, se han formado en nuestras aulas. Numerosos egresados de la Universidad Católica conforman los equipos docentes de casi todas las universidades del país, y aún unos pocos, testimoniando la educación en libertad que les hemos ofrecido, se insertan en novísimas empresas de enseñanza que hoy nacen negando muchas veces el sentido y la misión que les corresponde como instituciones formativas.

En otro plano, creemos que la voz, serena pero firme, que en diversos momentos y épocas ha expresado la opinión orientadora de nuestra comunidad sobre los acuciantes problemas de este país, ha sido decisiva en la constitución de los juicios morales que debe poseer nuestro cuerpo social. En fin, podemos decir con orgullo que a lo largo de estos ochenta años, la vida de la Universidad Católica ha palpitado siempre a la par que las ilusiones, las esperanzas e incluso los desengaños del pueblo del Perú.

Asumir plenamente nuestra tradición significa para la Universidad cumplir con la tarea permanente de repensarse, y ello no solo como algo que resulta saludable y conveniente en cualquier institución, sino

porque, como lugar del pensamiento y la cultura, en nuestra esencia se halla el deber de la auto-reflexión.

En tal sentido, el año jubilar que ha transcurrido ha estado signado por el esfuerzo singular para analizar, criticar, renovar y precisar mucho de lo que constituye nuestro ser. Fruto de ello, entre otros aspectos, dos principios fundamentales se han reafirmado:

El primero es que somos Iglesia, lo que supone deberes, que solo son tales si implican el ejercicio de la libertad responsablemente comprendida y orientada por principios superiores. Nos hemos reafirmado, pues, como una institución confesional que sigue con fidelidad e inteligencia las enseñanzas del Evangelio y del Magisterio buscando, mediante la reflexión y el diálogo permanente con las disciplinas científicas que cultivamos, armonizar la razón y la fe cuando ellas nos hablan de los temas fundamentales que tienen que ver con el ser, la verdad y el conocimiento, con el hombre, su esencia, su conducta y su fin.

El segundo es que somos, asimismo, una comunidad de docentes, alumnos y graduados, asistidos por los trabajadores, lo que implica un compromiso, también libre y consciente, de orientar la actividad personal de cada uno de los que formamos parte de la universidad a la consecución de un fin común, que no es otro que el desarrollo del saber, el compromiso con la ciencia, la formación integral de las personas y la búsqueda de la verdad iluminada por los valores cristianos. Ahora bien, igualdad, democracia y solidaridad son principios consustanciales a la idea de comunidad, y si a esta se le quiere reconocer como tal, ha de procurarse, cumplida la observancia de los principios fundamentales que le brindan significado, respetar en su organización la inteligencia y libertad de sus miembros, aceptándose como premisas —que de seguro serán confirmadas por una sana conducta— la sinceridad y honestidad con la que académicos cristianos aceptan el peso de una libertad preñada absolutamente de responsabilidad.

Vinculado con lo mencionado, es menester también señalar que la universidad no puede postularse como empresa comercial. No es una asociación que reposa en vínculos meramente contractuales de prestación de servicios y pago por los mismos, pues ni la propiedad ni el poder son notas definitorias de la universidad. Concebir nuestra labor bajo estos principios subalternos no solo es ignorar lo que la tradición milenaria ha perfilado, lo que la historia ha venido definiendo y que, sin duda alguna, nosotros, y los que sigan después, continuaremos sosteniendo, es también —y vale la pena subrayarlos— coartar la búsqueda libre del saber, pervertir su naturaleza haciéndolo pasar por las horcas caudinas del lucro y finalmente esterilizar la crítica libre por el sometimiento de ella a intereses mercantiles que se hallan a infinita distancia del diálogo y el sentido comunitario que es esencial a la Academia.

Por todas las razones que genéricamente hemos indicado creemos que, de entre las muchas y variadas manifestaciones con que la comunidad ha celebrado nuestro año jubilar, la modificación estatutaria realizada en el mes de octubre ha sido el acto más significativo, pues nos hemos aclarado como universidad, hemos establecido nuevos canales de participación del Episcopado en el gobierno de la Universidad y hemos enriquecido el preámbulo histórico de nuestra carta orgánica con una declaración que no es, ni debe ser, mera retórica, sino inspiración para la actividad del clausuro en su totalidad.

Por ello en un párrafo medular de nuestro estatuto ahora vigente, se señala que la Universidad se inspira en el mensaje evangélico y en el Magisterio de la Iglesia y se hace explícito lo que siempre ha sido parte de la conciencia católica de sus miembros: la convicción de que como laicos somos también Iglesia, y que por tanto nos competen determinadas tareas que tienen la peculiaridad de insertarnos en el plano de las actividades temporales. Asimismo, queda clara la necesidad de que en el ejercicio de nuestra acción temporal guiemos nuestros actos por las enseñanzas papales

y—citando la encíclica *Pacem in terris*, que nos requiere a observar “como fundamento la verdad, como medida la justicia, como fuerza impulsora la caridad y como hábito normal la libertad”—, despleguemos nuestra razón comprometida, obedeciendo a los dictados de la propia conciencia para conjugar en el diario quehacer “las realidades científicas, técnicas y profesionales con los bienes superiores del espíritu”.

Para el mejor cumplimiento de estos fines y refiriéndose a las relaciones entre la Universidad y la jerarquía eclesiástica, cuyo derecho a participar en la vida institucional se fundamenta en nuestro origen, nuestra historia y misión, se ha ampliado en el Estatuto la representación del Episcopado en los organismos de gobierno, elevándose a cinco el número de sus representantes ante la Asamblea Universitaria. Ellos, bajo la presidencia del Gran Canciller, integran la Comisión Episcopal para la Universidad. Asimismo, se ha restituido la Dirección Académica de Relaciones con la Iglesia, cuyo titular es miembro del Consejo Universitario y es elegido por la autoridad eclesiástica, a diferencia de lo que sucede con los demás directores universitarios.

Siempre en el tema de los principios éticos que sustentan nuestra tarea, en lo que se refiere a los planes de estudio se ha adoptado como norma general el dictado del curso de Deontología Profesional en todas las especialidades, atendiendo, como es lógico, a las peculiaridades de cada una de ellas. Esta signatura se plantea como una señalada manera de reflexionar académicamente con los estudiantes acerca de los valores que deben inspirar a su quehacer científico y profesional a partir de una concepción cristiana del hombre y del mundo.

Así pues, ha quedado renovada nuestra lealtad a los valores trascendentes que inspiraron la fundación y el devenir histórico de nuestra Casa, y se ha afirmado la adecuada autonomía —y por ende la esencial responsabilidad— que nos es inherente para el gobierno de la Universidad,

a partir de nuestra aceptación plena y sincera de los principios católicos que surgen de nuestro carácter de Iglesia.

Ya en las dimensiones propias de nuestro ser y quehacer cotidianos, durante 1997 pueden señalarse significativos avances:

En el plano académico, sector medular de nuestra tarea, hemos podido llevar a cabo importantes experiencias. Una de ellas ha sido la creación de un nuevo canal de admisión a la Universidad, que hemos denominado *La Primera Opción*. Esta se orienta a abrir las puertas de nuestra Casa a los alumnos del último año de secundaria, quienes, tras aprobar una prueba de aptitud, quedan preseleccionados para una exhaustiva entrevista realizada por jurados altamente calificados. Así, sin requerir adiestramiento especial simultáneo a su etapa última escolar, los mejores de estos postulantes, concluida su secundaria, consiguen incorporarse a nuestro primer año de estudios. En esta nueva modalidad, así como en la del ya tradicional y eficiente examen de ingreso ordinario, se ha considerado como una novedad que hemos pensado brindará resultados muy positivos, la admisión de un grupo de postulantes que al no alcanzar las vacantes asignadas para los Estudios Generales, por su inmediata ubicación en el orden de méritos, podrán considerarse admitidos en el Nivel Inicial, que se ha creado para tales efectos. En él podrán comenzar a conocer y a vivir la universidad, subsanando imperfecciones mediante la adquisición de apropiados métodos de estudio y de investigación. Estos alumnos, al aprobar dicho ciclo inicial de un semestre, se podrán inscribir en los Estudios Generales, en los que, confiamos, tendrán destacado aprovechamiento. De esta manera, reemplazarán con ventaja lo que puedan ofrecerles centros que solo los preparan para la prueba de ingreso.

Ahora bien, no es solo en el proceso de admisión a la universidad que se han producido modificaciones de interés. Continúa el examen exhaustivo

de la realidad de nuestros Estudios Generales. Esta tarea, que culminará el presente año, ha permitido ya la introducción de algunas modificaciones curriculares y de organización en estas Unidades, las que, como bien se sabe, tienen para nosotros una importancia fundamental.

Esto que sucede en los Estudios Generales se extiende a la mayoría de nuestras especialidades en las que, a tono con la necesidad de marchar con los acontecimientos más recientes, estableciendo vínculos más estrechos entre las diversas ramas del conocimiento y buscando, asimismo, la pertinencia de acercar el saber teórico a su vigencia en el terreno del comportamiento profesional, se han avanzado revisiones que conducirán a importantes ajustes curriculares y metodológicos.

El mismo espíritu de atención a la vida académica y a su impacto social, a fin de que ella pueda ser orientada desde la perspectiva del saber y de la honestidad, preside este año el inicio de las actividades de la nueva Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación. Singularmente relacionada con el también nuevo Departamento de Comunicaciones y servida por los Departamentos Académicos ya existentes, esta nueva facultad permitirá que la Pontificia Universidad Católica del Perú pueda formar profesionales idóneos en el campo de la información y las comunicaciones, no solo en los aspectos más evidentes y exteriores de estas actividades, sino, lo que es más importante, ofreciendo los elementos deontológicos y culturales que son absolutamente indispensables para el ejercicio de una profesión que dentro de la vida moderna ha empezado a detentar un poder incalculable que se extiende más allá de la presunta neutralidad de la información acerca de los hechos, para deslizarse hacia los terrenos de la opinión difusora de valores, modeladora de conciencias y orientadora de conductas.

Nuevos postgrados se diseñaron en el año transcurrido. A consecuencia de ello contamos con nuevas maestrías: la de Derecho con mención en Política Jurisdiccional, la de Ingeniería de Control y Automatización, la

de Economía y Relaciones Laborales y la de Ciencia Política. También, con la colaboración del Consejo Interuniversitario de la Comunidad Francesa de Bélgica, ampliaremos los alcances de las Maestrías de Economía, Antropología y Sociología a profesores de universidades de provincias, mientras que, simultáneamente, recibiremos el aporte de profesores visitantes belgas. Asimismo, esta colaboración, que tendrá cinco años de duración, contribuirá al diseño de un programa de estudios para una futura Maestría en Ingeniería Metalúrgica, y podrá extenderse más adelante a otras áreas del saber.

No deseando restringirnos a la formación de profesionales dentro de los canales académicos convencionales, hemos impulsado también la creación de nuevos Diplomas de Estudios y de Post-Título que constituyen, a mediano y corto plazo, alternativas de especialización, actualización de conocimientos y de reconocimiento a la experiencia profesional de graduados y titulados. Por otro lado, debemos decir también que nos contamos entre las escasas universidades que ofrecen activamente cursos para estudiantes de otros países, pues hemos creado el Certificado de Estudios Peruanos para Extranjeros y hemos asumido bajo nuestra entera y exclusiva responsabilidad el programa de movilidad estudiantil Intercampus.

Llegados aquí, no debemos olvidar que aquel elemento esencial sin el cual la vida académica queda vaciada de espíritu y guía: me refiero al profesor universitario. Este es un tema que requeriría amplio y complejo tratamiento; por ahora nos limitaremos a señalar las distintas alternativas de apoyo a su labor que se han impulsado con mayor fuerza desde los últimos años y que son, básicamente, el otorgamiento de becas para seguir estudios de especialización en el Perú o en el extranjero, así como la nunca retaceada ayuda económica para asistir a seminarios, congresos y cursos de capacitación, especialmente para aquellos profesores que participan activamente en ellos. En cuanto a la realización de investigaciones y

publicaciones, se ha registrado, con la participación de la Dirección Académica de Investigación, un incremento en el número de trabajos realizados. Finalmente, en lo relativo a las compensaciones materiales, se han adoptado algunas medidas para que aquellos docentes que dedican mayor tiempo al trabajo universitario vean reflejado también económicamente su esfuerzo. Somos conscientes de que en este terreno deberemos avanzar todavía mucho más; confiamos que lo hemos de lograr con un manejo cada vez más fino de nuestra vida económica y con el establecimiento de procedimientos equitativos y flexibles de evaluación.

Habiendo mencionado la investigación, debemos reafirmar que esta continuará presidiendo el trabajo académico. Los centros e institutos creados a fin de propiciar espacios donde ella sea promovida han demostrado ser eficaces foros donde se incentiva la exploración de nuevas canteras de conocimiento, así como ámbitos propicios para el intercambio razonado de opiniones. Contamos, para todo ello, con no pocas universidades del extranjero con las que aunamos esfuerzos pluridisciplinarios a través de convenios y acuerdos, siendo uno de los principales medios el intercambio académico de docentes y alumnos, lo que testimonia el carácter universal y compartido del saber y lo positivo de las acciones de mutua cooperación.

Al inicio de nuestra gestión fijamos algunos principios que guiarían el proceder de la Universidad durante este período. Uno de ellos, que hemos procurado mantener inalterable, es el espíritu de información y comunicación. Hemos dialogado permanentemente y de modo directo y franco con todos los profesores de los diversos departamentos académicos de la Universidad. Las definiciones contempladas en nuestro estatuto han respondido en mucho a las sugerencias y propuestas planteadas en estas reuniones —que también se han realizado con los directivos de las facultades y departamentos— y a través del diálogo con los representantes

estudiantiles y con los responsables de las unidades de servicio y la administración.

Un segundo principio ha sido el otorgamiento de un lugar preeminente para el planeamiento, concebido en estrecha vinculación con la autoevaluación. Consecuentes con ello y para conocer mejor nuestras fortalezas y debilidades, se han aplicado sobre grupos aleatorios de profesores, alumnos y administrativos, instrumentos de evaluación cuidadosamente estudiados. Los resultados se están organizando para obtener un sistematizado cuadro informativo que nos permitirá percibir con detalle nuestras principales necesidades y consecuentemente el modo de resolverlas. Esta experiencia deberá continuar este año con los ex-alumnos. Por su trascendencia, los resultados de este proceso habrán de definir nuestro justo perfil al momento de iniciar el proceso de acreditación internacional, en el que ingresamos junto con las universidades que nos acompañan en el Consorcio. Y justamente, refiriéndonos al Consorcio, nos parece pertinente indicar que los objetivos que dan sentido a esta asociación no son sino el cumplimiento de superiores fines académicos que solo pueden ser desconocidos o malinterpretados por intereses mezquinos y subalternos.

Volviendo a nuestro claustro, el reconocimiento que se nos dispensa no es solo por su prestigio académico, sino también por las actividades complementarias que realizamos en pos de la formación integral de los alumnos en el plano de la cultura. Así cada día muestran mayor actividad el Centro Cultural; el Centro de Estudios, Investigación y Difusión de la Música Latinoamericana; la Escuela de Teatro y Centro de Música y Danzas de la Universidad y el Fondo Editorial —al que se suma la actividad del Rectorado, que ha promovido distintas publicaciones como la cuidada serie *El Manantial Oculto* o la edición de la *Poesía completa de César Vallejo*, distinguida en 1997 como el Libro del Año. Iguales esfuerzos desplegamos en el ámbito de la proyección social, donde hemos dado a conocer de distintos modos el espíritu solidario de esta comunidad

en circunstancias difíciles como las actuales, producidas por fenómeno del El Niño; ello sin perjuicio de la labor que permanentemente cumplimos a través de tareas de apoyo dedicadas a sectores necesitados de Lima, como las que realiza el Centro Piloto de Desarrollo Comunal, en la vecindad de nuestro campo universitario.

Las perspectivas de trabajo que se van estableciendo a partir de nuevos compromisos y relaciones, así como las que resultan de la definición de nuevas metas para responder a los retos de las necesidades del país y de la modernidad nos obligan a mantener una estructura administrativa a la altura de estas exigencias. Atendiendo a esta realidad, se ha culminado el proceso de automatización de la Biblioteca Central, unidad que acaba de recibir muy destacado reconocimiento internacional. La mencionada automatización acarreará beneficios tanto para nuestros alumnos y profesores cuanto para el público en general, en buena parte constituido por estudiantes de las universidades de Lima, pues todos tendrán acceso a sus catálogos, lo que redundará en una mayor difusión de la cultura y en crecientes facilidades para la formación personal y profesional. Del mismo modo, se continuará con la renovación de equipos y de laboratorios, especialmente en el área de Ciencias e Ingeniería, donde se ha reforzado de modo significativo, al igual que en años anteriores, el conjunto de elementos informáticos que la enseñanza e investigación requieren de manera renovada.

En cuanto a nuestra infraestructura física, hemos concluido la segunda planta de la Escuela de Graduados, el edificio y los ambientes para las especialidades de Diseño Gráfico y Diseño Industrial, y el área administrativa para la Facultad y el Departamento de Arte, que sufrían desde hace años agobiante estrechez.

Hemos continuado asimismo con el programa de construcciones y, de acuerdo a las nuevas necesidades, se ha concluido un amplio pabellón de aulas compartido por los alumnos de distintas facultades. El trabajo

en este campo habrá de continuarse en forma sostenida a lo largo de este año.

Desde el punto de vista estrictamente administrativo, hemos avanzado en las reformas de nuestra estructura y de los procedimientos existentes, para lo cual oportunamente se solicitó el apoyo consultivo de IBM del Perú, que nos ha entregado un estudio que orientará la adecuación y el mejoramiento de nuestra actual organización y funciones.

Quisiera reiterar que el desarrollo experimentado y el que proyectamos tiene como sustento la estabilidad económica de nuestra institución. Ello se ha logrado mediante la aplicación de una ardua pero efectiva política de aprovechamiento de los recursos y bienes de la institución, incrementándose la prestación de servicios que realizan las unidades de la Universidad y realizan una eficiente administración de nuestros bienes y rentas; medidas estas que nos permiten cubrir el 40% de nuestro presupuesto corriente de gastos.

Baste lo dicho hasta aquí como reseña de las principales actividades y de los logros más importantes de nuestro quehacer durante 1997. Este año continuaremos todos dentro de nuestra comunidad universitaria entregando lo mejor de nuestros esfuerzos para mejorar y así seguir adelante, legitimando con cariño y trabajo el prestigio y la confianza que hemos sabido ganar en buena ley a lo largo de ochenta años. Si bien me he extendido en demasía, considero importante, antes de finalizar mi intervención, proponer algunas líneas de reflexión en torno a nuestro quehacer en tanto universidad que se precia de poseer un singular espíritu.

La universidad, en tanto legítima depositaria de la vocación por lo humano, está obligada a pensar la existencia del hombre en su real y

compleja dimensión y para ello las consideraciones basadas en supuestos estados naturales de lo humano resultan, a todas luces, insuficientes, pues ignoran el necesario abismo, siempre abierto, entre lo que somos y hacemos y aquello que debemos ser y realizar. De allí que la universidad, por vocación propia, debe atreverse a rescatar la dimensión de lo posible y, más precisamente, la de la posibilidad entendida desde una perspectiva ética.

El ámbito de nuestra reflexión no puede, por tanto, agotarse nunca en la coyuntura del momento, sino que ha de recuperar y hacer vivo el pasado que la historia consigna, al mismo tiempo que ha de arrojar luz sobre un porvenir —por definición incierto—, y con él sobre el deber-ser que se ofrece como frágil conquista de la libertad. Una legítima concepción de lo humano, tanto en el plano individual como en el social, se resiste pues a toda consideración que, limitada al aquí y al ahora, pretenda decirnos que lo humano del hombre alcanza plenitud en la figura de un ente aislado. Son más bien, a nuestro juicio, las palabras *coexistencia* y *solidaridad* las que nos introducen en el campo semántico que hace justicia a la realidad humana. Persona y no mero individuo, miembro de una comunidad y no simple variable de un cuadro estadístico o elemento desdeñable dentro de una fatal marcha histórica, ser portador y realizador de los más altos valores y no anónimo súbdito dentro del impero mercado, la persona humana halla raíz y *telos* en su carácter de abierto a la alteridad, a los otros hombres y a la trascendencia. Es en tal apertura en la que finalmente las esferas de lo social y lo individual descubren su esencial correspondencia y hallan su auténtico sentido.

Asumir esta concepción como sustancial no es una mera afirmación formal, ni es petición de principio que se cierra sobre ella misma. Lejos de reclamar un reconocimiento pasivo, limitado a consideraciones de índole conceptual, la solidaridad que mencionamos exige respuestas y la universidad se halla en la obligación de encontrarlas. Debemos asumir, entonces, que somos misión antes que institución y que como miembros

de esta comunidad somos co-responsables en una tarea, partícipes de un claro designio espiritual y que, por tanto, no nos está permitido soslayar en este punto nuestra más cabal entrega. Hemos, pues, de abogar incesantemente en defensa de la identidad de lo humano. Identidad significa, hay que decirlo con más énfasis que nunca, constitución de caracteres originales sobre la base de un reconocimiento mutuo anclado en el diálogo y la comunicación, la aceptación de la pluralidad a partir de lo común y compartido, sin que el resultado sea una nivelación de las diferencias, sino más bien el presupuesto necesario para el desarrollo de calidades singulares que empero solo alcanzan sentido en el seno de una radical dignidad común.

Esta dignidad, fuente única de la constitución de cada ser humano como un mundo irreplicable, único y por ello invaluable, está expuesta a un nuevo riesgo. La vemos diluirse ante el aplastante proceso económico y político que ha dado en llamarse globalización. Seamos conscientes: nuestro mundo se nos revela como más pequeño e integrado que antes, cuando se adopta una perspectiva generalizadora, desde un supuesto *afuera* que privilegia el acortamiento de las distancias y hace más accesible a la información. Ahora bien, privilegiar tales consideraciones, que nacen de un proceso de modernización tecnológica al cual muchos pueblos son ajenos, extraña a veces el ignorar otros esenciales: que existe también un tiempo y un espacio internos, culturales, así como olvidar que las dimensiones esenciales del humano son más bien las del espíritu, que no las de las redes de comunicación o las de aparente reducción del tiempo y del espacio.

Creemos nuestro deber decirlo: sin el debido reconocimiento de la interculturalidad y el respeto del derecho de las personas y comunidades a una convivencia solidaria que garantice la dignidad de una existencia libremente elegida, la globalización puede resultar alienante y revelarse como la más nueva de las máscaras de la dominación. No podemos ser uno si, rescatando aquello que en nosotros hay de propio y diferente, no

aceptamos al mismo tiempo la presencia igualmente digna y valiosa de los otros. Por eso, la auténtica integración global requiere, necesariamente, de un proceso de que quizá debiera llamarse mundialización, es decir, de reconocimiento de ámbitos geográficos y económicos compartidos, sí, pero sobre todo de horizontes axiológicos y de sentido que tienen una raigambre cultural, moral y política, en la que lo central de su constitución es la tarea permanente para la construcción efectiva de cada persona y cada comunidad. Así, la mundialización sería entonces esa encrucijada de horizontes existenciales, culturales y sociales que se reclaman, todos, tributarios de la compartida condición y dignidad humana.

Esta dimensión plural y comunitaria solo puede articularse en la medida en que presentemos necesaria atención a la vinculación entre los hombres, lo que, en otras palabras, equivale decir que es una concepción signada por la solidaridad. En efecto, si se deja de lado la solidaridad o, situándonos en la perspectiva que corresponde a una universidad como la nuestra, si se destierra el amor —la caridad— del lugar que ocupa como fundamento y sostén de la vida personal y comunitaria y se erigen como norte de la existencia el exclusivo interés particular de entes aislados o de grupos que buscan el puro éxito, surgen como consecuencia individuos exacerbados, disfrazados de liberalismo, o la destructora violencia entre grupos antagónicos en pos de una situación pretendidamente igualitaria.

Allí donde no hay prójimos sino competidores, allí donde el valor último es la búsqueda del éxito individual, no hay nada que no pueda ser sacrificado, no hay principio que no sea ignorado ni límite que no pueda ser transgredido. Lo mismo ocurre cuando el éxito individual es reemplazado por el de un grupo o el de una clase social: el sacrificio de principios y el desconocimiento de límites son absolutamente naturales

y resultan de la observancia de una lógica férrea pero abominable. La historia lo demuestra con elocuencia, tanto lo que concierne al pasado como en los hechos actuales. La feroz indiferencia del individualismo y la violenta injusticia de la dominación que marcan nuestra historia y nuestro presente son, así, dos caras de la misma moneda que obedecen en el fondo a la ilusoria pretensión por la que se concibe al hombre como eminente propietario. No se cae en cuenta de que en verdad el hombre es un peregrino de su propia identidad y que debe dirigir sus pasos en una tierra que no le pertenece hacia la construcción de la civilización del amor, que es la realización de la historia que Dios le encomendó.

Es misión de la universidad, en consecuencia, la formación de cada hombre como sujeto en búsqueda y afirmación de su identidad humana. Y en este sentido, ella entra en consonancia con el mandato socrático de “conócete a ti mismo”, entendido como una reflexión de cada uno sobre sí mismo que no se limita a lo puramente *mío*, pues la mismidad de la existencia carece de sentido si se la desvincula de la vida en y con los otros. Acatar este mandato implica el cultivo de la libertad desde una perspectiva que surge de lo comunitario y hacia ello se orienta. Esta noción es parte sustancial de lo que solemos comprender como *ethos* universitario. Él nos señala que la formación que la universidad ha de ofrecer es tanto cognitiva como moral: promover la percepción de lo verdadero para difundirlo en la misma medida que impulsar la práctica de lo bueno para compartirlo. Nada de esto es posible si nos limitamos a darle categoría de principios al aquí y al ahora. Una vez más, por tanto, debemos atrevernos a una consideración comprensiva del carácter de posibilidad de nuestra existencia. Formar personas implica recuperar, para todos y cada uno, la dimensión de nuestra historicidad, que no es otra cosa que reconocer como elementos constitutivos de lo humano la asunción del pasado y la apertura al futuro.

Vivimos en tiempos de una crisis metafísica que acarrea inevitablemente una crisis moral. El silencio que responde a la pregunta de qué es lo que es y la carencia actual de una cabal comprensión de lo que sea la realidad han puesto en crisis la vida misma en este fin de siglo. Son, estos, tiempos en los que lo real ha cedido su lugar a lo virtual. La comunicación instantánea a distancia, la llamada paradójicamente realidad virtual y tantos otros aportes que nos ha deparado una técnica fascinante, invitan a dejar de lado aquello que Levinas propuso como inherente a la relación del hombre con su prójimo: el reconocimiento de uno mismo en la contemplación del rostro del otro.

La técnica en muchas ocasiones desplaza de su lugar primordial a la ciencia y a la *sapientia* y las subyuga. Y esta es tan solo una de las facetas de una tendencia a trastocar las consideraciones acerca de medios y fines, privilegiando a los primeros y relegando u olvidando la preocupación por los segundos. Sin embargo, no debemos ignorar que el vocablo *crisis* significa discernimiento, momento de decisión, cuando lo entendemos en su dimensión de enfrentamiento a lo por venir. Asumamos con responsabilidad lo que ello implica. Recuperemos la dimensión moral que viene aparejada al quehacer científico mismo; retomemos la aventura del conocimiento como una forma de realización de lo humano, percibamos como decía Hölderlin que allí, junto al peligro, crece también lo que salva.

Reiterémoslo: la formación científica y moral a la que el *ethos* universitario nos convoca debe conducirnos a no perder nunca de vista que formar profesionales es un apostolado antes que un oficio; compromiso moral antes que obligación laboral. Estamos aquí para dar contenido y enriquecer la experiencia de los jóvenes. Esta es nuestra misión, y lo es en más de un sentido, pues tenemos obligación con el conocimiento mismo, con su cultivo y perfeccionamiento, en la misma medida en que tenemos la responsabilidad de formar integralmente como personas, es

decir, como seres libres y pensantes, a los jóvenes que acuden a nuestro claustro. Jamás olvidemos que la formación profesional que la universidad imparte es solo un camino para la consecución de ese fin, que somos nosotros mismos, en tanto seres humanos, una manera que se propone para experimentar nuestras responsabilidades como integrantes de nuestra comunidad, y de ningún modo un fin en sí misma.

Asumirnos como universidad y como católicos es, en momentos como los actuales, entregamos con nuevos bríos a esta tarea, no solo justa sino urgente, que debemos realizar con certeza de su justicia y confianza en la bondad de sus resultados. Perder de vista los principios, claudicar, ser ineficientes en la formación de la juventud nos sumará a los que requieren que los hombres seamos, como dijo Darío, “mendigos de nuestras pobres almas”.

Con estas convicciones deseamos iniciar los gozos y trabajos de estos nuevos períodos lectivos, y por ello, ruego a Su Eminencia el Señor Cardenal Arzobispo de Lima y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica del Perú declare inaugurado el año académico 1998.

13 de abril de 1998

AÑO ACADÉMICO 1999

Su Excelencia Monseñor Arzobispo de Lima y Primado del Perú; Su Excelencia Monseñor Fortunato Baldelli, Nuncio Apostólico de Su Santidad; señores miembros de la comunidad universitaria; señoras y señores:

Feliz el hombre que medita sobre la sabiduría, y que razona con inteligencia, que reflexiona en su corazón sobre los caminos de la sabiduría y se aplica a sus secretos. Él la persigue como el cazador y se halla atento sobre su huella, se inclina a sus ventanas y escucha a sus puertas, se aposenta cerca de su morada y fija una estaca en sus murallas, levanta su tienda en las proximidades y allí se acomoda en un retiro de dicha, coloca a sus hijos bajo su protección y halla abrigo en su ramaje; bajo su sombra está protegido del calor y se establece en su gloria (Si 14, 20-27).

Con estas hermosas palabras de las Sagradas Escrituras, el Santo Padre inicia el capítulo II, titulado *Credo ut intellegam*, de la reciente encíclica *Fides et ratio*. “Creo para entender” quizá sea el más justo motivo de todos quienes desean la sabiduría, puesto que aún si les dan las espaldas a la Revelación, los que busquen acercarse a la verdad deben hacerse, y ello en un modo amplio, creyentes. Fe y razón son así dos vertientes inseparables de la conciencia humana y, para el católico, fuentes de

nuestra dignidad, de nuestra libertad. Sin embargo, ¿por qué anhelar la sabiduría? ¿Por qué aventurar nuestro intelecto en la búsqueda de nuevas verdades que, bien sabemos, no siempre habrán de ser reconfortantes? Nos lo dice el Antiguo Testamento: el amante de la sabiduría aspira a la dicha, quiere para sí y para su progenie una casa feliz que lo albergue y lo proteja. Y el Evangelio nos recuerda que no ha de construirse una casa en la arena, sino sobre sólidos cimientos. De allí que quienes buscan la verdad y no cesan en descifrar los enigmas del universo son los que piensan y sueñan que el mundo puede ser en verdad una mejor casa para todos. Para ellos, no hay ni puede existir bien más valioso, más anhelado, que la sabiduría.

A partir de esta convicción, deseo hoy recordar junto a ustedes que la universidad, casa de la inteligencia y del saber, es el lugar donde se congregan aquellos que van persiguiendo la verdad y que, por tanto, esta experiencia expresa de modo privilegiado la aventura humana por la que buscamos la felicidad. Y esto que menciono no son simples tesis teóricas, menos aún artificios retóricos. Puedo dar testimonio, como alumno y como profesor, de que he disfrutado en la Universidad y en estos claustros, desde hace casi cuarenta años, la dicha de compartir momentos de estudio y reflexión al lado de maestros y alumnos distinguidísimos, a quienes aún la ingenua pregunta del adolescente curioso por conocer despertaba gozosas emociones; he sido así testigo de empresas intelectuales extraordinarias y de cómo todas las disciplinas, quebrando sus horizontes, participaban de un diálogo rico y plural.

Construida sobre los sólidos cimientos de la fe y de la razón, la Universidad Católica es aquel espacio en el que el corazón y el intelecto de nuestros estudiantes encuentran la tierra en la que habrá de germinar una personalidad propia y fundamentada que anhele y persiga la sabiduría que conduce a la felicidad. Siendo elegido rector, convoqué a la comunidad a trabajar en la consolidación de este carisma; hoy,

a pocos días de concluir mi mandato, hondamente satisfecho por la labor que profesores, estudiantes y trabajadores han sabido cumplir, me corresponde volver a llamar a todos, una vez más, a la reafirmación de nuestros valores y principios.

Esta ya tradicional ceremonia por la que se inaugura un nuevo año de vida académica, como comprenderán, posee para mí un significado especial: me hallo en la obligación de recapitular las líneas centrales de nuestra marcha institucional en estos cinco años. Sin embargo, lejos de ofrecerles una detallada memoria de lo realizado en este lustro, me limitaré tan solo a mencionar asuntos significativos de nuestro quehacer, y ello porque entiendo que el mejor balance de lo que ha sido mi experiencia en el Rectorado solo podrá establecerse a partir de la propuesta que esbozaré para una reflexión conjunta acerca de las metas más importantes que definen nuestra identidad y misión, las que finalmente han brindado coherencia a las líneas de política institucional que hemos seguido.

Reconociéndonos como comunidad, hemos llevado adelante una política de comunicación permanente con los miembros del claustro. Ello ha permitido que cumplamos con éxito un proceso de autoevaluación que nos ha iluminado sobre nuestras necesidades presentes y futuras, para así trazar las líneas de una planificación que esperamos conduzca a la solución de nuestros principales problemas y nos permita muy pronto alcanzar la acreditación internacional.

En los temas referentes a la vida académica, hemos procurado el perfeccionamiento continuo de nuestros profesores, brindándoles el apoyo necesario para que obtengan los más altos grados académicos, multipliquen su actividad de investigación y hagan uso de los métodos y técnicas más apropiados para la enseñanza. Es así como se ha incrementado significativamente el número de profesores con nuevos maestros y doctores; ha crecido el número de investigaciones que han asumido muchas veces el carácter interdisciplinario, trabajos que han sido

cumplidos de modo cada vez más frecuente en el marco de las relaciones académicas establecidas con prestigiosas universidades del extranjero. Nuestra producción editorial ha contribuido a la difusión de esta tarea con una labor singular en el Perú, tanto en lo que se refiere a la cantidad de libros y revistas que publicamos como a la calidad de los trabajos que se han dado a conocer.

Se ha creado una nueva facultad y su respectivo departamento, los de Ciencias y Artes de la Comunicación, pues comprendemos la importancia que reviste en el mundo actual la formación de comunicadores preparados y honestos. Son once las nuevas maestrías que han nacido, a las cuales se añaden los doctorados de Derecho y Filosofía; nos aprestamos asimismo a la apertura de ciclos superiores de estudio en las áreas de Humanidades y Ciencias Sociales. A todo ello ha de sumarse la permanente tarea de renovación de los currículos en nuestras distintas especialidades y de modo particular los positivos e importantes cambios proyectados para nuestros Estudios Generales.

Conscientes de que el proceso educativo ha de extenderse a lo largo de toda la vida, hemos creado el Centro de Educación Continua, que aspira a actualizar los conocimientos de quienes ya son profesionales y, a través de cursos de extensión, permitir que el espíritu universitario trascienda los límites formales del campus.

Nuestro alumnado en los últimos años ha crecido de manera moderada. El ingreso a nuestra universidad ha sido objeto de especial estudio; por tal motivo se ha organizado la Primera Opción, que permite, introduciendo criterios de equidad, el acceso a nuestra institución de los mejores estudiantes de la secundaria, seleccionados en todo el país a través de un proceso especial que ha sido cuidadosamente evaluado. Asimismo, nuestra universidad ha considerado oportuno acoger a alumnos que, con calidad académica, en razón del número reducido de vacantes en los exámenes de ingreso, estuvieron cercanos a ser admitidos. Conforman

ellos el llamado Ciclo Inicial, en el cual fortalecen sus aptitudes académicas y se familiarizan con el quehacer universitario.

Nuestra actividad en los dominios del arte y la cultura ha sido intensa. Elemento emblemático de lo cumplido en la promoción de la música, el teatro, la danza, las artes plásticas, el cine, es nuestro Centro Cultural, que ha ganado ya un lugar de prestigio dentro de la sociedad civil.

La Universidad no puede dejar de proyectarse y servir a la comunidad, de allí que, al tiempo que se ha ampliado y profundizado el horizonte académico de nuestra labor de cooperación con otras universidades del país, especialmente las no metropolitanas, también se han cumplido actividades relevantes en los ámbitos de la proyección social. Hemos brindado así una decidida colaboración a las actividades pastorales de la Iglesia, a las actividades emprendidas por Caritas, a lo cual han de añadirse otras campañas de solidaridad; cabe destacar el entusiasmo desplegado por profesores y estudiantes en apoyo a las prelaturas de Huari, Sicuani y el Callao, tanto en labores de promoción de agentes pastorales como de investigación del entorno social. Ello para no detallar otras acciones en defensa de la niñez abandonada y de la promoción de comunidades en estado de necesidad.

En lo que respecta a la administración de recursos económicos, no hemos dejado de vernos afectados por las dificultades propias del país. A pesar de eso, hemos logrado mantener los salarios de los profesores por encima del nivel inflacionario. La política presupuestaria ha debido lidiar con la carencia de recursos que antes provenían del sector público y privado; sin embargo, se ha mantenido la configuración heterogénea de nuestro alumnado en lo que se refiere a estratos socioeconómicos. Gracias a ello, dos tercios de nuestros estudiantes se encuentran en las escalas más bajas de pensiones; debo recordar que el ingreso por este rubro solo cubre el 60% del presupuesto anual; el saldo es financiado a través de servicios paralelos y diversas propiedades que la Universidad

administra. La inversión en infraestructura y equipamiento en este período ha sido considerable: se ha ampliado el campus en un área construida de 22 mil metros cuadrados y hemos dedicado a la compra de laboratorios y equipos de computación más de doce millones de dólares, gracias a un endeudamiento que está a punto de ser saldado. Toda esta inversión nos ha provisto de nuevos y actualizados recursos para atender las necesidades de formación técnica y científica propias de nuestro tiempo. Finalmente, gracias a una cuidadosa administración financiera, el patrimonio de la Universidad se ha incrementado en una proporción significativa, lo que nos otorga la posibilidad de enfrentar los próximos años con un respaldo sólido y estable.

Lo mencionado constituye apenas un esbozo a grandes rasgos de un trabajo extenso y concertado, cuyo propósito ha sido el de consolidar la misión universitaria en un contexto que ha buscado trastocar el fundamento mismo de la tarea académica sometiénolo a los criterios del mercado y al lucro como valor último. No somos, por cierto, una institución ajena a los avatares diarios que nos obligan a plantear cómo administrar los recursos con que contamos a fin de aspirar al crecimiento y al desarrollo; de ello no se sigue que debemos desvirtuar la tarea que consideramos más propia y con la cual contribuimos a la Iglesia y al país.

Mi paso por el Rectorado, que ha contado en todo momento con la entrega ilimitada y el apoyo de los vicerrectores, no ha podido menos que confirmarme en una convicción: el único modo de brindar un fértil servicio a la fe, a la sociedad y a las grandes aspiraciones de nuestros pueblos, es seguir firmemente el sentido fundamental que, hoy como ayer, ha regido a la universidad. Desde la Academia fundada por Platón, desde las primeras universidades medievales, debe reconocerse que la búsqueda razonada de la verdad ha sido fruto de una experiencia en comunidad y diálogo y la esencia misma del quehacer intelectual que cultivamos.

Creo, pues, en una comunidad en la que estudiantes y profesores se reúnen libremente para ejercer la crítica abierta y fundamentada; pues solo de este modo mujeres y hombres pueden moldearse en su integridad, no ahogados por la apetencia de éxitos inmediatos, ni doblegados por prejuicios que entorpezcan la búsqueda de una visión propia y original.

Creo en una comunidad que es también Iglesia, que reconoce la gracia de la fe como impulso hacia la verdad, una fe que dialoga con la ciencia y la interroga.

Creo en una comunidad que entiende que su autonomía es una propiedad intrínseca a su esencia, condición para dar cumplimiento a lo que ella aspira.

Creo en una comunidad que incentiva más el diálogo que el soliloquio, que busca por la fuerza de la razón convencer y no vencer y que, partiendo de la pluralidad de temperamentos, especialidades y perspectivas, va a la caza de la unidad saber.

Creo en una comunidad que, confiando en una razón abierta, conciente de sus límites, explora libremente la realidad y se encara así a sus múltiples planos, sus intrincadas aristas.

Creo en una comunidad dispuesta a enfrentar con inteligencia los desafíos de su tiempo, a abrirse al mundo moderno para entender a la humanidad de hoy, sin renunciar a su deber-ser, que no es otro que el afirmarse como casa de formación.

Creo en una comunidad que busca en su formación un modo de acercarse a la justicia y la solidaridad.

Creo en una comunidad comprometida con el país, que viene del él y va hacia él, que lo representa en sus gentes y en sus aspiraciones.

Creo en una comunidad madura que sea a la vez un concierto de voluntades, en donde se oigan todas las voces y cuya densidad moral emane del consenso de quienes la integran.

Creo en la vocación tantas veces manifiesta de sus profesores, quienes, realizando innumerables sacrificios, ofrecen su empeño a la tarea de preservar nuestra identidad.

Creo en nuestros estudiantes, jóvenes valientes de corazón amplio y nobles ideales, los que, dentro y fuera de las aulas, han demostrado cómo se han de asumir los deberes y derechos que nacen de haber sido admitidos a una institución como la nuestra.

En verdad, esta confesión expresa el pensamiento y los sentimientos de todos los miembros de la comunidad de la que formo parte y a la que represento. Por ello, permítaseme ahora, al concluir, recurrir a la primera persona del plural, que ahora asumo no simplemente porque así lo exigen los usos académicos:

Creemos los miembros de este claustro en nuestra tarea formadora y que comprometida con el saber solo puede cumplirse en un ámbito de libertad, por ello no usurpamos el nombre noble de Universidad.

Creemos en nuestro carácter católico, asumido por convicción.

Creemos en la unidad de la Verdad, que es buena y bella, y por eso la buscamos libremente, en el diálogo, con la crítica honesta, a través del conocimiento, el cual es para nosotros un modo privilegiado de solicitar la Gracia.

Creemos en los principios evangélicos y rescatamos en nuestra vocación de verdad las virtudes superiores de la Fe, la Esperanza y el Amor.

Creemos, en fin, en la tradición que nos sostiene, en la solidez demostrada en todos y cada uno de los años de nuestra historia.

Creemos en la excelencia de nuestra vida presente y en las hermosas y fundadas esperanzas con las que nos abrimos al futuro.

Es con estas convicciones que nos dirigimos, una vez más, a cumplir este año nuestra misión superior; permita la Providencia que nuestra comprometida entrega alcance, como ha sucedido en el pasado, los más logrados frutos.

Su Excelencia Monseñor Juan Luis Cipriani Thorne:

En nombre del claustro al cual se integra le doy la más cordial bienvenida y con sólidas esperanzas en la armonía que reinará en el trabajo compartido al servicio de nobles causas, le hago entrega de la medalla de nuestra Casa de Estudios. A través de este símbolo, y en cumplimiento a lo señalado por nuestros estatutos, lo reconozco como Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Consecuentemente, le solicito que luego de su Discurso de Orden, declare inaugurado el presente año académico de nuestra Universidad.

24 de marzo de 1999

AÑO ACADÉMICO 2000

Excelentísimo Monseñor Juan Luis Cipriani Thorne, Arzobispo de Lima, Primado del Perú y Gran Canciller; Excelentísimo Monseñor Rino Passigato, Nuncio Apostólico de Su Santidad; señores autoridades eclesiásticas y universitarias; antiguos rectores de nuestra universidad; señores miembros de la comunidad universitaria; señoras y señores:

Cumpliendo con el solemne rito que evoca el acto fundador, nos hallamos otra vez en este recinto para reafirmarnos en viejas convicciones y comprometernos con el desarrollo de nuevas tareas. Aquí están quienes comienzan a andar por las anchas comarcas del aprendizaje y del conocimiento, alentados por la fe y esperanza propias de la juventud temprana; también quienes han dedicado ya largos y fecundos años a los avatares de la investigación y el estudio; están los hombres y mujeres de ciencia, quienes ven el mundo como un permanente reto para el intelecto y develan las recónditas razones de la naturaleza para expresarlas en apretadas fórmulas; están los que se dedican a las artes de la ingeniería y así llevan la viga y el techo a la ciudad y al campo, tienden puentes sobre los ríos y entre las montañas, extraen el mineral de los cerros, transforman el agua en luz y esta en máquinas en las que registramos y transmitimos nuestros pensamientos; están los que asisten a nuestros hijos en el trance de hacerse personas íntegras y por eso bien merecen el título de maestros; están quienes han hecho de la solidaridad y de la preocupación por el otro una vocación y una profesión de servicio social; están los expertos en el quehacer administrativo, quienes nos

señalan cómo se han de gobernar los negocios y calcular la riqueza; están los juristas, para quienes la ley y el derecho han de ser en última instancia el arte de hacer justicia y de este modo inauguran los caminos de la paz a través de la equidad; están los científicos sociales, incansables indagadores del cómo y el porqué de la economía y la vida en sociedad, quienes auscultan las fracturas de nuestra comunidad y también sus grandes oportunidades de reconciliarse; están quienes cultivan las ciencias de la comunicación, desplegando técnica y creatividad para afirmar el contacto oportuno, veraz y honesto entre los hombres; están los artistas, quienes a través de inusitadas formas trasladan nuestras conciencias hacia universos de belleza y de verdad; también están quienes se adentran en el problema de la realidad humana, esa constante fuente de interpelación que nos muestra la condición del hombre como único ser poseedor de libertad y creador de sentido dentro de un mundo que es factura suya y que exige renovada explicación; están finalmente los que cultivan la inteligencia de la fe y que, animados por un espíritu universal, entablan diálogo con todas las dimensiones del saber racional. Y todos, siendo singulares e irrepetibles, autores de una biografía con caracteres propios, voluntariamente nos hemos incorporado al claustro de la Universidad Católica para participar unidos en esta búsqueda incesante de la verdad y para afirmar nuestra identidad y nuestra autonomía compartiendo la misma misión y el mismo espíritu. Esto que reúne lo diverso en un terreno de todos, esto que pone su fe en la libertad de cada quien para construir juntos un mundo más habitado por la verdad y la belleza, es lo que llamamos la vida y el alma universitarias, cuya autonomía y cuya vigencia defendemos, cuyo valor superior como claustro de formación humana venimos hoy a proclamar.

Se inicia un período académico que, como siempre ocurre, nos promete la curiosa mezcla de esperadas realizaciones con el sorteo de difíciles

momentos. Entender cuáles son las coyunturas del mañana exige de nosotros traer a la memoria los hechos más significativos del año que termina, pues nuestra Universidad es una institución con espesor histórico y por tanto no puede rendir cabal cuenta de su futuro quehacer si no lo vincula con lo ya vivido.

1999 fue un año de definiciones para nuestra Casa de Estudios. La comunidad académica, representada por la asamblea universitaria, renovó en abril su confianza en el equipo rectoral que me honro en encabezar. Importantes decisiones estaban supeditadas a tal elección. Entre ellas, la de hacer patente la presencia de la Universidad en la zona este de la ciudad. En este orden de cosas, la adquisición de un local para el Instituto de Idiomas y otro con vistas a la creación de un centro de negocios ha sido un paso concreto cuyos resultados pronto apreciaremos. También se encontraba como tarea necesaria diseñar un proyecto nuestro acerca del bachillerato nacional, para cuyo propósito se ha designado a un selecto grupo de profesores.

Por otra parte, una novedad que se decidió en 1999 y que se ha materializado en el último proceso de admisión ha sido el Ingreso Adulto, dirigido a personas mayores de 35 años que desean seguir una carrera universitaria. Esta iniciativa ha sido acogida favorablemente por la opinión pública, que reconoce la necesidad de la educación continua.

En este caminar, los Estudios Generales han considerado conveniente innovar la formación básica que tanto reconocimiento merece por parte de propios y extraños y han sustituido su plan de estudios de cursos obligatorios y electivos por uno que, mejorándolo, identifica campos de competencia indispensables antes que materias inevitables. Su amplitud es señal de espacios de libertad que se ofrecen hoy y que obligan al discernimiento en el que debe formarse el ciudadano del mañana.

En el campo de los estudios de postgrado, debemos destacar el establecimiento de los doctorados en Filosofía y en Antropología. Con ellos, la Universidad refuerza su presencia en este ámbito privilegiado del saber, caracterizado por investigaciones de alto nivel que explora temas de frontera y mediante el cual se prepara el cuerpo de docentes y de especialistas que requieren nuestra Casa y el país.

Otra importante decisión que mencionamos en este apretado recuento de acciones esenciales atañe al porvenir de la Universidad. Nos referimos al Plan Estratégico Institucional 2000-2010, en cuya elaboración han intervenido autoridades, profesores, estudiantes, egresados y funcionarios a lo largo de dos años, gracias a lo cual hoy podemos decir que contamos con un documento en el que se precisa la misión de la Universidad, sus líneas estratégicas y las metas por alcanzar y los responsables de que ello suceda. Este documento, cuyo primer valor reside en que nos ilustra sobre nuestra realidad actual, adquirirá pleno significado si nos valemos de él para constatar cuánto queda por hacer en adelante.

Con un plan estratégico, la Universidad orienta sus esfuerzos hacia un núcleo de metas compartidas, ganando eficacia y confiando en que alcanzaremos asimismo eficiencia, porque es de todos conocido cómo el competitivo medio universitario ha obligado a nuestras instituciones a adoptar formas y estilos impensables cuatro o cinco lustros atrás, con el propósito de administrar mejor nuestros recursos y obtener mayores resultados.

Pasando de lo doméstico al ámbito de las relaciones institucionales, dos novedades trajo el año que rememoramos. Muy al comienzo, recibimos de Roma la noticia del nombramiento de Monseñor Juan Luis Cipriani como Arzobispo de Lima. Conforme al estatuto de la Universidad, Monseñor Cipriani fue reconocido como Gran Canciller en virtud de su investidura.

Con su presencia orientadora, en el último año hemos recorrido nuevos caminos en el afán de estrechar y vivificar los vínculos con la jerarquía de la Iglesia. La labor de dos comisiones jurídicas, una nombrada por el Gran Canciller y otra por la Universidad Católica, nos ha conducido a esclarecer posiciones y a comprobar que compartimos una edificante disposición al diálogo.

Nuestra Universidad es y se reconoce católica porque así lo ratifica su historia, porque es una comunidad de profesores, estudiantes y graduados que comparten una misma fe en Jesucristo, Dios y hombre verdadero, cuya enseñanza, sabemos, ilumina la cultura y guía nuestro actuar.

Un hecho de honda significación para nuestra Universidad es la presidencia de la Unión de Universidades de América Latina que nos ha sido conferida. La UDUAL es la primera y más importante asociación de universidades de esta parte del globo y en la que se agrupan cerca de doscientas instituciones universitarias y centros de educación superior. Este encargo significa una alta responsabilidad para nosotros en la tarea de liderar y consolidar los altos niveles de calidad investigadora y docente, así como el permanente esfuerzo por enfrentar con éxito los retos que plantea la actual tendencia mundial hacia la internacionalización.

Dejando atrás mucho de lo que podríamos informar y para referirnos tan solo a dos hechos recientes de nuestra vida universitaria, permítasenos mencionar las inauguraciones del Centro de Alta Tecnología en Manufactura (CETAM) y del Centro de Negocios CENTRUM Católica, unidades a partir de las cuales se afianzan nuestros vínculos con el mundo productivo: en el primer caso, ofreciendo una planta de última tecnología para la formación de profesionales de la industria; en el segundo, constituyendo un espacio para el desarrollo de múltiples iniciativas empresariales.

Estos pasos y logros dan testimonio del espíritu de constante renovación de nuestra Universidad, actitud con la que enfrentamos las oportunidades y los desafíos de este peculiar momento histórico.

A nosotros, hijos del siglo xx y ciudadanos del siglo xxi, nos ha tocado vivir un tiempo superior a los pretéritos en una dimensión muy específica: en medio de los malestares que todavía nos aquejan, nadie podría negar que la democracia, la idea de la libertad, la noción de la autonomía de la persona, el valor intangible de la dignidad humana y la igualdad ante la ley son los grandes faros de nuestra vida en común. Esos principios constituyen las medidas que nos dan la estatura de nuestros actos cívicos y los valores que todo poder constituido debe respetar y promover para ser un poder legítimo. No estuvo equivocado Alexis de Tocqueville, cuando, en la primera mitad del siglo xix, anunció con audacia que la igualdad y la libertad eran fuerzas ya indetenibles en el mundo por venir. Cuando esos atributos están reconocidos formalmente, cuando son respetados en la práctica, cuando son compartidos por todos los miembros de una sociedad, permiten que se constituya una comunidad de ciudadanos. Ciudadanos que no son una simple aglomeración de individuos, pues si bien la ciudadanía supone igualdad, ello no condena a sus miembros a disolverse en el anonimato: cada uno conserva en todo momento un derecho inalienable a decidir sobre su vida y, por tanto, a fiscalizar lo que sus mandatarios hacen con la porción de poder que él ha entregado.

Ejercer la ciudadanía no significa conceder una fracción de nuestra voluntad para desentendernos de la cosa pública. Ella es una condición que se realiza cotidianamente en la crítica de los acontecimientos sociales, en el debate sobre lo que conviene a la nación y, ante todo, en el ejercicio de una conciencia alerta. Cultivar esas calidades inherentes al ser humano es tarea permanente y diaria de la Universidad Católica y por ello su actividad docente es, simultáneamente, actividad cívica, incluso si no se pronuncia sobre episodios concretos de la vida política.

Por esto afirmamos que nuestra institución es y debe seguir siendo escuela de ciudadanía, comunidad de espectadores comprometidos, según la expresión de Raymond Aron.

Ahora bien, es menester advertir que esta ciudadanía se encuentra bajo permanente peligro. Y aún más grave es el hecho de que no siempre es fácil lidiar con esa amenaza, porque en nuestra época ella no suele ser evidente. Su agente no es una fuerza exterior, sino alguien que vive en medio de los ciudadanos y que, explotando las prerrogativas que la democracia confiere a todos, tergiversa los valores que rigen nuestra comunidad política. Para usar una figura clásica, digamos que la ciudadanía en el mundo y en nuestro país vive hoy bajo el constante asedio de los bárbaros.

En la cultura grecolatina el ciudadano se hallaba en oposición al bárbaro, es decir, el no culto, el que se hallaba extramuros. En la sociedad de masas este orden ha sido trastrocado. Hoy el bárbaro no es necesariamente quien se halla excluido, sino quien, habitando entre nosotros, es incapaz de ver a sus semejantes como sujetos autónomos, fines en sí mismos y poseedores de dignidad. Para el bárbaro contemporáneo, lo que está fuera de su limitada conciencia o es instrumento o es barrera. El bárbaro socava los fundamentos de la justicia al reducirla a un asunto meramente procesal, convierte la cultura en un camino de desencuentro, promueve la incomunicación, lucra sigilosamente en las fisuras de nuestro orden social y finge moralizar a través del escándalo. Siente fascinación por la técnica, pero solo en tanto que ella es un medio para ejercitar su poder. Cuando triunfa en política, el bárbaro instaura la tiranía del número y cuando se inmiscuye en nuestros hogares a través de los medios de comunicación, corrompe nuestra natural compasión ante la desgracia humana y la transforma en obscena curiosidad.

A diferencia del bárbaro de los tiempos antiguos, el de hoy no siente seducción alguna por la cultura; no aspira a humanizarse conquistando

aquello que no entiende; simplemente lo desdeña y batalla por la prevalencia de su barbarie.

Lo dicho no significa en modo alguno que debamos resignarnos a la disolución del orden de valores que la mayoría hemos elegido como nuestro hogar. Antes bien, hemos de defender ese ordenamiento, lo que exige de nosotros un tenaz esfuerzo, no físico, sino espiritual. Y en eso estamos empeñados todos los que conformamos esta comunidad académica. Nuestra tarea es ofrecer inteligibilidad sobre el mundo que nos es donado por la Providencia y también sobre el que nosotros, como hombres, construimos día tras día.

De otro modo, aceptaríamos resignados ver cómo se entroniza lo que Hannah Arendt llamaba la “banalidad del mal”. En efecto, la tentación del envilecimiento es una trampa en la que tanto el hombre de la calle como el hombre conspicuo pueden caer por desidia de ánimo y falta de amor; por el contrario, la búsqueda del bien es un esfuerzo constante que demanda viva energía y disposición hacia la caridad. Y para ello hemos de recordar que no es posible que de actos injustos nazca la justicia, como no es posible llegar a la verdad a través del sofisma, ni construir la paz socavando los fundamentos del consenso.

Reaccionar ante la degradación de nuestra vida en común, exigir y practicar la higiene de nuestros hábitos públicos, demandar como ciudadanos de la República el cumplimiento puntilloso de las normas que pautan la convivencia civilizada, no es prurito elitista ni asunción de menudas banderías, sino, simple y llanamente, una expansión espontánea de nuestra sensibilidad moral.

Esta preocupación sobre las condiciones de existencia de nuestra comunidad no se agota en una inquietud sobre lo que comúnmente llamamos política. Hemos heredado, lamentablemente, una visión algo estrecha de esa inmensa palabra. Ella, en realidad, abarca dimensiones

esenciales de nuestro ser humano. Ni David Hume ni Immanuel Kant —por citar solo dos pilares del pensamiento moderno— se animaron a meditar sobre la política sin haber reflexionado larga y profundamente en torno a la esencia del hombre como ser intelectual y agente de moralidad; y al proceder de este modo, continuaban el mismo camino por el que anduvieran Sócrates, Platón y Aristóteles. Desde la atalaya que nos brindan esas cumbres del pensamiento, deberíamos ser capaces de ver ahora en qué medida la degradación del pacto social lastima nuestra existencia, que se define no solo por la satisfacción de las necesidades materiales, sino, sobre todo, por el desarrollo de nuestras posibilidades espirituales.

No caigamos en el error de suponer que una búsqueda semejante, por ser ardua, ha de ser exclusiva de los hombres dedicados a la reflexión o a la ciencia. Es, en realidad, una de las preocupaciones más viejas y más acuciantes de nuestra especie, que se traduce en la pregunta por la vida buena: la indagación constante acerca de lo que nos es dado saber, lo que nos es posible hacer y lo que nos cabe esperar, asuntos que, siguiendo a Kant, hallan su síntesis en la pregunta por el hombre. Esas interrogantes, como bien lo entienden ustedes, están en el corazón del pensamiento filosófico, pero también son la savia de la vida cotidiana, ese teatro de nuestros quehaceres diarios donde nos relacionamos con nuestros semejantes, donde procuramos subsistir, donde, al lado de la razón, se hallan también los afectos y el sentido común. Nuestra presencia en este mundo no es, no puede ser, un tránsito mecánico y amodorrado del nacimiento hasta la muerte, un paso fugaz e inconsciente por episodios y lugares inconexos. Al contrario, el arco que describe cada una de nuestras biografías se erige en una vida plena cuando está recorrido por las preguntas radicales: ¿quién soy?, ¿a dónde voy?, ¿por qué obro de esta manera y no de otra? En la Pontificia Universidad Católica del Perú estamos convencidos de que una vida examinada es la mejor respuesta a la gracia de la existencia y la libertad que Dios nos concede.

No son estos asuntos que flotan en el aire, sino hitos a los que vuelve una y otra vez nuestra larga tradición intelectual. En cada joven que despierta “al olvidado asombro de estar vivos”, como diría Octavio Paz, amanece la filosofía; cada uno de nosotros se hace, pues, esas preguntas en algún momento de la existencia. Pero no nos topamos con ellas desde el vacío, desarmados. Nos asiste una tradición, un depósito de saberes acumulados que espera siempre a quien tenga la audacia intelectual de ir por ellos.

El humanismo es ese sustrato desde el cual elevamos nuestra inteligencia hacia la comprensión de nosotros mismos, así como de nuestro aquí y nuestro ahora. La Universidad lo cultiva para dar consistencia a la formación de la persona y de este modo se erige en escuela de ciudadanía. He dicho que el humanismo es un depósito de saberes siempre vigentes; debo agregar que es también una forma de vida, una actitud ante el mundo, una manera de interpretar la presencia nuestra y ajena. Es así que el humanismo es una profesión de fe en el hombre como ser ético, animal dotado de palabra; *zoon legon exon*, según la vieja definición de Aristóteles, y por tanto un ser que es capaz de discernir lo bueno de lo malo. Visto así, el hombre es una permanente posibilidad que reafirma su naturaleza singular y digna a través de la búsqueda inteligente de la verdad y la práctica de la conducta libre que espera y busca el bien.

Amigos y colegas todos:

Nos hemos reunido una vez más para inaugurar un nuevo año de labores académicas y esta ceremonia, siempre especial para todos los miembros de nuestra comunidad universitaria, adquiere en esta ocasión un significado que traspasa los muros de nuestro claustro, pues durante este tiempo renovado vivimos una fiesta universal: dos milenios se han cumplido de la encarnación en el mundo de un nuevo mensaje de esperanza, el cual, no debilitado sino fortalecido por el paso del tiempo, llama de modo vehemente a nuestras conciencias con palabra próxima y verdadera.

Celebrar dos mil años de nuestra fe es, también, celebrar la existencia de una comunidad y una hermandad universales, ideal que está expresado en la raíz misma de nuestra vocación católica. El catolicismo es universalidad y al serlo sigue las enseñanzas fundantes de Pablo de Tarso, aquel apóstol de Cristo que enseñó a los gentiles quién era realmente ese Dios desconocido y así plasmó el camino ecuménico del Evangelio. Hoy, veinte siglos después, el ideal de la universalidad es uno de los mayores alimentos morales de nuestro mundo y es, sobre todo, una suprema conquista humana: donde este triunfa, queda superada esa vieja, casi ancestral tendencia a la exclusión y al horror a lo diferente o ajeno que tanto sufrimiento ha traído a la humanidad. Pero tengamos claro que el genuino ecumenismo no equivale a la gris uniformidad, la evaporación de las diferencias o la tiranía de una racionalidad unidimensional y avasalladora; consiste más bien en la comprensión mutua, la convivencia armoniosa y la interacción fructífera entre todos los hombres.

Esos son precisamente los motivos que animan la vida en nuestra Casa, doblemente universal porque es universidad y porque es católica; y esa aspiración a alcanzar una visión íntegra e integradora del mundo y del hombre la cultivamos, la cosechamos y la compartimos desde el campo que nos es propio: el del saber. De este modo defendemos como esencia de nuestra personalidad institucional el pensamiento y la investigación, con una mirada generosa al mundo que nos rodea. Los miembros de nuestra comunidad son, en su diversidad de vocaciones, inquietudes y talentos, el mejor testimonio de esa amplitud de visión, de ese gozo por el que celebramos, a través del pensamiento, el mundo y, dentro de él, la aventura de ser humanos, agentes de experiencias libres y plurales. Para la Universidad Católica, no es, pues, solo un derecho, sino una obligación hacia el país expresar su compromiso con la búsqueda de horizontes más propicios para la realización de las promesas del mundo moderno. En esta rica y compleja realidad, nuestra nación tiene un lugar

que ocupar, oportunidades que aprovechar, desafíos que resolver y un bienestar que conquistar. Alistemos nuestras manos, nuestras mentes y nuestros corazones para que el Perú transite venturosamente por aquellos amplios caminos que lo esperan.

Ruégole a Su Excelencia, señor Arzobispo de Lima, que, en su condición de Gran Canciller declare formalmente inaugurado el Año Académico 2000 de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

6 de abril del 2000

AÑO ACADÉMICO 2001

Señores miembros del claustro, señoras y señores:

Nuestra comunidad universitaria se congrega una vez más en este recinto para dar inicio oficial a este período académico en el que cumplimos ochenta y cuatro años de existencia. Cada comienzo es, para nosotros, un motivo de celebración, pues nos permite comprobar que nuestras ilusiones y nuestro ímpetu creativo siguen intactos y que por lo tanto la Universidad Católica continúa siendo una institución viva y siempre joven. Así, con la alianza de nuestra tradición y nuestra juventud, inauguramos un nuevo año lectivo. Lo hacemos con energías renovadas, y ellas nos dan la certeza de que cumpliremos cabalmente todas las tareas que nos imponemos en este comienzo; lo hacemos con la conciencia alerta, y ella nos acompaña en esa incesante travesía intelectual que es nuestra exploración del mundo natural y del mundo humano; lo hacemos con determinación y con esperanza, atributos del espíritu que nos impelen a acometer objetivos cada vez más ambiciosos.

El año 2001 se inicia como mensajero de buenas noticias. Tras una prolongada noche en la que padecemos el imperio de los proceder ignominiosos y las palabras mendaces, al fin presencia nuestra nación signos de un amanecer democrático y de regeneración moral, acontecimiento que convierte a este período en momento de definiciones cruciales para nuestro destino. Y a ello hemos de agregar un suceso de especial significado para los católicos peruanos: monseñor Juan Luis Cipriani Thorne, Arzobispo de Lima y Gran Canciller de la Universidad

Católica, recibió de Su Santidad Juan Pablo II la dignidad cardenalicia. Tan alto honor conferido al Gran Canciller de nuestro claustro no puede menos que complacernos como fieles de la Iglesia Católica peruana y como partícipes de una universidad que asume como núcleo de su identidad la viva adhesión a las enseñanzas humanistas y solidarias del Evangelio.

Las épocas de cambio suscitan, en quienes han de transitar por ellas, un espíritu reflexivo más agudo que aquel que prevalece en tiempos ordinarios de quietud. Cancelada la seguridad que nos ofrece la rutina, debilitadas las certezas que se apoyaban en lo ya conocido y probado, los seres humanos miran con nuevos ojos su entorno y se examinan a sí mismos con especial rigor en busca de respuestas sobre ese pasado que se muestra distante, sobre ese futuro que apela a la conciencia para desafiarla y acicatearla y sobre el presente, que reclama definiciones certeras y comportamientos justos. Así pues, colocados con talante interrogador ante el pasado, el presente y el futuro, nos sentimos urgidos a preguntarnos por nuestro lugar en el tiempo, esa dimensión misteriosa del universo que teje la trama de nuestra vida y que ha ejercido igual fascinación sobre poetas, filósofos y hombres de ciencia, ese tiempo que, en su expresión humana, se plasma en esa obra compleja y siempre inacabada que llamamos *historia*.

Los días que vivimos pueden ser definidos con toda justicia como *tiempos de cambio* y han de ser, por ello mismo, tiempos de meditación. Así lo podemos ver en una escala mundial, en las continuas revoluciones que se suceden sin pausa en los dominios de la tecnología, la política y la economía. Así lo podemos ver en nuestro país, que observa asombrado los abismos de deterioro moral que hoy son expuestos a la luz, pero que también deposita sus esperanzas en un proceso de transición política que debe ser, en última instancia, un camino hacia la restauración de los valores de la vida cívica. Así lo podemos ver en nuestra propia Universidad, porque ella misma vive una renovación que, lejos de ser obediente reflejo a las tendencias dominantes, es fruto deliberado y meditado de su voluntad y de su intelección. Y si le es posible navegar

con serenidad y personalidad propia en estas rápidas corrientes, ello se debe en gran medida a que ha alcanzado ya ese estado de autoconciencia y plena responsabilidad que es la madurez.

Una institución se hace madura porque en los años que acumula ha sido capaz de afirmar y vivir convicciones, al tiempo que ha reunido un patrimonio de conocimientos que, por haberse hecho inherentes a su ser y por informar cada una de sus decisiones, acuña su identidad. La Universidad Católica es una institución madura, consciente de su espesor histórico, así como de la responsabilidad que le toca cumplir en su tiempo y, por lo tanto, no puede eximirse de la obligación de mirar con claridad el mundo y a ella misma puesto que la introspección es un ejercicio ineludible para todo ser o institución que se proclame autónomo. Es por ello natural encontrarse en cada ocasión como esta con el placer de recapitular lo sucedido a lo largo de un año, así como de exponer a la comunidad nuestras proyecciones.

El año 2000 fue particularmente importante porque marcó el inicio del Plan Estratégico Institucional 2000-2010, cuyo espíritu se sintetiza en el lema *Formación integral en tiempos de cambio*. Cuatro son los criterios que, con ese fin, han guiado nuestro accionar para esta década que empieza: excelencia académica, internacionalización, interacción con el medio y eficiencia administrativa.

En la búsqueda de la excelencia académica, nos hemos preocupado por una selección adecuada de nuestros alumnos y para ello hemos puesto en práctica un nuevo examen de ingreso ordinario, que incorpora la evaluación de las aptitudes, competencias y habilidades del postulante. La Evaluación del Talento y la Primera Opción son una prueba visible de que hemos logrado crear un eficiente sistema de admisión que acoge y convoca siempre a los mejores. Ello se manifiesta en el notable incremento del número de escolares que solicitan su ingreso a través de esta vía, así como en el nivel alcanzado por ellos en los exámenes y en las entrevistas.

Pero no solo hemos procurado atraer a los más jóvenes; también hemos tratado de encauzar la capacidad y potencialidad del adulto mayor. Dirigido por la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, el programa UNEX, la Universidad de la Experiencia, ha sido una de las innovaciones más interesantes que hemos emprendido durante el año pasado; a través de dicho programa, hemos sido testigos de cómo hombres y mujeres mayores de 55 años, a partir de sus particulares experiencias de vida, mantienen encendido su interés en adquirir nuevos conocimientos y habilidades y continúan así aportando al desarrollo y crecimiento de nuestra patria.

Con este mismo objetivo de expandir nuestro modelo de formación integral a un número mayor de miembros de la sociedad, hemos reforzado el Plan Adulto y hemos creado además el Proyecto Especial de Educación a Distancia, un sistema integrado de cursos que busca adaptarse a un espacio sin fronteras y al tiempo disponible por los alumnos participantes. Con este original formato, abrimos las puertas de nuestra casa a territorios lejanos y dispersos y, de este modo, llevamos el espíritu de nuestra universidad más allá de los límites físicos a los que nos constriñe nuestro campus.

Desde el año pasado se halla en funcionamiento el Centro de Tecnología Avanzada de Manufacturas (CETAM), instalación que permite a nuestros estudiantes experimentar de manera directa, a través de la realización de tareas concretas, el modelo industrial del nuevo siglo. Una mención especial merece el Centro de Negocios CENTRUM, instituto conformado y dirigido por destacados profesionales vinculados al mundo empresarial y que ofrece una real novedad en las relaciones entre universidad y empresa, pues no solamente se dedica a la formación de líderes en negocios, sino que además ofrece servicios de consultoría para la gerencia de empresas y la ejecución de alianzas. Esta singular iniciativa que es CENTRUM se desarrolla, además, en un moderno local edificado con ese propósito,

el cual marca el inicio de la expansión de nuestra Universidad hacia el lado este de la ciudad de Lima.

Dos de los proyectos más importantes iniciados en el 2000, y que esperamos concretar este año, son la creación de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo y la creación de la especialidad de Ingeniería de las Telecomunicaciones. Nos aprestamos de esta forma a ampliar nuestro ya rico espectro de enseñanza, cultivando disciplinas tradicionales y nuevas que respondan por igual a las exigencias y retos del mañana.

Los estudios de postgrado, destinados a consolidar la formación de investigadores y profesionales de alto nivel, también se han visto enriquecidos con la oferta de nuevas e importantes ramas de especialización. Así, se ofrecen ahora en nuestras aulas la Maestría en Educación con mención en Trastornos de la Comunicación Humana; la Maestría en Derecho con mención en Derecho de la Empresa; la Maestría en Derecho con mención en Derecho de la Propiedad Intelectual y de la Competencia; el Doctorado en Ingeniería y Gestión Acústica, y los programas especiales de doctorado y maestría por destacada trayectoria académica y profesional para los docentes que integran nuestra casa de estudios. En esta última modalidad, hemos considerado oportuno reconocer institucionalmente a aquellos profesores que, en la mayoría de los casos, por su consagración continua a la labor universitaria, no han llegado a optar tales grados y que, al hacerlo, contribuirán vivamente a cimentar nuestra oferta docente.

A este claro afán de promover la especialización entre los miembros de nuestra comunidad, debemos agregar la constitución de un Reglamento de Becas para Estudios de Postgrado, que propiciará sin duda que muchos de nuestros mejores ex alumnos, aquellos que mantuvieron un alto nivel académico durante su paso por las aulas, vean recompensados sus esfuerzos y continúen con éxito su tránsito por las amplias sendas de la investigación y el saber.

En cuanto a la extensión y modernización de la infraestructura, me es grato recordar que desde hace algunos meses contamos con el flamante Pabellón de Ingeniería Industrial. Y para responder al crecimiento de la población universitaria, a lo largo de este nuevo año se pondrá en ejecución la edificación de una nueva cafetería, un nuevo pabellón de aulas y la ampliación de la Biblioteca Central.

El propósito de robustecer nuestros vínculos académicos internacionales se ha fortalecido con el funcionamiento de una comisión encargada de investigar las oportunidades de colaboración con prestigiosas universidades norteamericanas, a través de programas, institutos y centros de estudios latinoamericanos, en la medida en que nuestro continente ha vuelto a ocupar en la actualidad un lugar de interés en los estudios regionales. Ello no nos debe hacer olvidar el refuerzo de los vínculos académicos con diversas universidades españolas de reconocida trayectoria.

Otro eje fundamental ha sido consolidar nuestro permanente compromiso con la sociedad. Así, atendiendo las necesidades de un mundo en que la información se ha vuelto un bien indispensable, hemos puesto a disposición de la comunidad, con la ayuda de la sede en Lima del Banco Mundial, el sistema Ventana de la Sociedad Civil, la más completa base de datos para instituciones y organismos particulares que trabajan en proyectos de desarrollo. Este mismo espíritu ha impulsado la puesta en línea de *Palestra*, un portal de Internet destinado a constituirse en un espacio de reflexión interdisciplinaria e información sobre diferentes temas de interés general, bajo la responsabilidad compartida de nuestras maestrías en Ciencias Políticas, Derecho Constitucional y Filosofía.

No satisfechos con apelar a los recursos cada vez más difundidos del mundo moderno, nos hemos desplazado por diferentes ámbitos del país para llevar nuestro saber y experiencia a las personas que así lo requirieron: durante el año 2000 el Centro de Educación Continua realizó numerosas actividades de capacitación en ciudades como Cuzco, Arequipa, Juliaca,

Puerto Maldonado, Toquepala y Talara. Igualmente, en este período se han expandido de manera considerable los alcances del Centro de Conciliación, pues se han constituido filiales en Trujillo y Arequipa y se nos ha delegado la delicada responsabilidad de instalar y conducir una Oficina Descentralizada de Indecopi (ODI), con facultades resolutorias en materia de reestructuración patrimonial.

Finalmente, en lo que concierne a la eficiencia administrativa a la que apunta nuestro plan estratégico, debo señalar que hemos dado por concluida la fase correspondiente a la asignación de responsabilidades específicas, tanto al personal de las unidades administrativas como a sus autoridades, y ello ha originado, como era de esperarse, un despliegue mancomunado de esfuerzos a fin de obtener un uso cada vez más racional y eficiente de nuestros recursos.

Este breve y apretadísimo recuento de nuestros logros y avances más significativos durante el año 2000 nos permite ver cuánto hemos avanzado en el camino que nos hemos trazado para esta década y la calidad de los primeros frutos que, en esta etapa de impulso institucional, nuestra Casa ha recogido.

Como vemos, la Universidad está siempre en tránsito. Nada más antagónico a su naturaleza que la cómoda elusión de los riesgos inherentes a nuevas conquistas o la indulgente complacencia en los logros ya acopiados. Lejos de ello, nuestra Casa elige el camino de la incesante creación, sabedora de que para hacerlo debe echarse a andar por caminos inéditos, en los que siempre pueden emerger azares, escollos o amenazas.

Cada proyecto institucional que iniciamos y consolidamos es, en realidad, un paso más en nuestro peregrinaje intelectual, y este andar incesante, que es la suma de toda vivencia universitaria, es a su modo un eco de las grandes gestas que registra la historia de la humanidad. Podemos referirnos a él como una experiencia de éxodo, noción que reside en los orígenes de nuestra civilización y que se refiere al esfuerzo grandioso de

un pueblo, una comunidad, una familia, un hombre, por restituirse a su verdadero hogar.

Los pueblos que practican el éxodo buscan liberarse de las tiranías, de las inicuas dominaciones, de las ominosas carencias. La comunidad universitaria lo hace para vencer una de las servidumbres más oprobiosas que pueden herir un destino humano, como es el dominio de la ignorancia. No entendamos la ignorancia como simple carencia de ilustración. Ella posee un semblante terrible y radical: el desconocimiento de nosotros mismos, la ofuscación de nuestras vocaciones, la disminución de nuestras facultades, el olvido, en último extremo, de nuestros semejantes.

Cuando nos referimos a la experiencia universitaria como un éxodo no aludimos, pues, a un desplazamiento colectivo en busca de la adquisición de bienes tangibles. La conquista más trascendente y rica que nos brinda la universidad es la liberación de nuestras facultades: ese es nuestro verdadero hogar. Esta libertad que conquistamos no es acción inconsciente o desbocada, sino el despliegue de nuestras potencias y el aprendizaje de cómo someterlas a los imperativos de la vida buena. Así entendida, la universidad nos conduce hacia ese estado firme y virtuoso del ánimo que es la autarquía, bella palabra que designa el gobierno de uno mismo y la victoria del ser moral sobre la existencia irreflexiva. Decía Karl Jaspers que *quien renuncia a la razón, renuncia a la libertad*. De algún modo nos hacemos eco de esa declaración cuando afirmamos que la universidad, para expandir la libertad, asume la tarea de avivar la razón, esa facultad que, rectamente educada, nos permite acceder a la verdad y a la vez observar con más lucidez y justicia la subyugante variedad del universo humano.

Ahora bien, conquistar la autarquía no equivale, en modo alguno, a cerrarse en vivencias egoístas e insensibles a las penurias de nuestros semejantes. En afortunada paradoja, al hacernos dueños de nosotros mismos, y solo de ese modo, accedemos a la experiencia genuina del otro, de ese a quien los cristianos llamamos el prójimo, no porque se

halle próximo en una dimensión física, sino porque es, ante todo, nuestro semejante, aquel cuya presencia nos interpela y quien con su mirada, tal como afirma Levinas, nos da la medida de la legitimidad y la justicia de nuestros actos. Así pues, la libertad que conquistamos, siendo una gracia, es también, y no en menor medida, una carga de responsabilidad que reclama ser administrada con discreción.

Si para la universidad el saber no está desvinculado de la dimensión moral, es porque ella es consciente de que la moralidad es el mundo sobre el que se edifica toda obra humana. En verdad, esta condición inherente a nuestros actos no es un atributo del que podamos prescindir a voluntad, sino la trama misma con la que se enhebran la vida y el mundo colectivo, a tal punto que el abandono del universo moral no puede ser concebido sino como radical alienación. Habitar la moralidad es ser capaces de discernir el bien del mal y hacernos responsables ante los otros por nuestras acciones. Por ello mismo, justamente entendida, la moralidad nunca es una empresa individual: ella se construye a partir de nuestra necesaria relación con los demás.

Al iniciar este discurso, afirmé que la historia era la expresión humana del tiempo. Ahora quisiera invitarlos a contemplar la historia como la expansión más amplia del universo moral. La historia es, en efecto, la obra del ser humano que manifiesta de modo íntegro las cualidades de su discernimiento, la profundidad de sus pasiones, así como sus derrotas causadas por la defección de su espíritu. En la historia se muestran los frutos de la inteligencia humana, las conquistas que han podido alcanzar el amor y la solidaridad, pero también las secuelas de su iniquidad, de su mezquindad o de su ignorancia.

En nuestra época, la conciencia de que existe una historia y que nuestra existencia se despliega dentro de un horizonte que la engloba ha calado tan amplia y profundamente en la imaginación que se ha convertido ya en moneda corriente. El hombre que observa en una esquina los titulares

de los periódicos, el científico preocupado por mantenerse al tanto de los avances de su disciplina, el humanista que se interna en los significados de las creaciones del intelecto, todos ellos son actores dentro de ese escenario que sobrepasa sus circunstancias y que llamamos historia. Pero no todos somos igualmente conscientes de que esa presunta irrelevancia de cada vida particular es en verdad engañosa: cada acto nuestro, inserto ineludiblemente en un horizonte de moralidad, es una contribución a ese tejido de sucesos y decisiones que conforma la historia. Por tanto, todos somos fabricantes del devenir y en esa medida corresponsables de los destinos humanos, de sus venturas y de sus desdichas. Entender esa radical condición muestra que la historicidad equivale, pues, a abrir las puertas y ventanas de nuestra mente para que penetre en ella la luz que nos permita tomar las medidas de nuestras posibilidades, aquilatar nuestros logros y hacernos cargo de nuestros tropiezos, y ello, en un contexto de necesaria alteridad. Todo acto nuestro, por inocuo que lo juzguemos, repercute inevitablemente sobre los demás, a la vez que no hay desdicha ajena que no estemos llamados a sentir como propia.

Siempre habrá quienes, por intereses egoístas, por rutinaria desafección o por simple pobreza de la imaginación moral, intenten sustraerse a esta conciencia. Incapaces de percibir los nexos que ligan cada uno de sus actos con la vida de los otros o renuentes a aceptar las obligaciones que, como seres racionales, han contraído con los demás, se abandonan a la indiferencia o en el peor de los casos se hacen cómplices de la iniquidad. No nos engañemos: el desprecio de nuestro ser histórico, el angostamiento de la misericordia, no son meras posibilidades teóricas, sino, desgraciadamente, contracciones del espíritu que podemos palpar cotidianamente, tanto en las decisiones de hombres poderosos pero injustos, como en los gestos triviales de la vida cotidiana.

Así, debemos comprender que vivir despreocupados de nuestro ser histórico nos pone en dirección del integrismo y del fanatismo, esas expresiones de la ofuscación colectiva que empobrecen la visión del

mundo y que sirven de coartada para mantener a los pueblos sometidos a la horrenda esclavitud del odio y la ignorancia. Estoy hablando de una amenaza que es omnipresente, porque también vive dentro de nosotros. La estrechez de espíritu no es, en verdad, privativa de quienes militan en cerriles fundamentalismos. En el mismo reino de la modernidad, en el ámbito presuntamente libre de prejuicios y ataduras donde se desarrolla la ciencia, también habita el peligro de los fanatismos y de la pérdida del horizonte que nos compromete con todos los hombres. Ejemplo de ello es la ceguera que convierte a la *superespecialización* en una trampa, al hacer que el esfuerzo de la investigación científica se desentienda de sus obligaciones morales y se precipite en los senderos del egoísmo y la arrogancia.

La ciencia, inclusive en su expresión más pura y exacta, no es tal si no posee una vocación solidaria con lo humano. Aquel extraordinario ejercicio de nuestras facultades intelectuales alcanza sus desarrollos más elevados en la conquista de una vida digna para todos. Y este llamado a dar un giro humanista a la investigación científica constituye un desafío urgente en nuestro aquí y en nuestro ahora. En la época que nos ha tocado vivir, la imaginación moral se ha ampliado hasta hacer crecer nuestro sentido de proximidad y solidaridad con las más diferentes y lejanas naciones, lo que puede animar un sentido verdadero a la tan mentada globalización.

A lo largo de la historia, los pueblos se han propuesto imágenes diversas de las metas a las que aspiran. Hoy, por primera vez, prevalece en el mundo una imagen común, que es la del desarrollo humano, noción de crecimiento social que, a diferencia de sus antecedentes, no implica la expoliación ni de los hombres ni de la naturaleza. Por el contrario, economistas como Amartya Sen nos ayudan a entender que el desarrollo es, finalmente, el mandato de vivir armoniosamente, disminuyendo en la medida de nuestras posibilidades las injusticias y los sufrimientos. Es más que una feliz coincidencia que la difusión universal de esta idea se haya producido en el mismo momento en que se desata una nueva revolución tecnológica que

hace posible el contacto humano universal y que, por tanto, nos ofrece un poderoso vehículo de comunicación y de entendimiento.

En momentos tan críticos para el mundo, para nuestro país y para la universidad, es necesario aguzar nuestra mirada a fin de vislumbrar las posibilidades que anidan en un universo que, siendo confuso y vertiginoso, asaltado constantemente por riesgos que inesperadamente salen al paso, es también un terreno en el que resulta posible hacer realidad muchas de aquellas grandes aspiraciones que han motivado tantos siglos de esfuerzos en los campos de la ciencia, del pensamiento humanístico y de las artes. Acertadamente, alguien preocupado por los desatinos en los que ha incurrido el pensamiento de nuestra época, afirmó que *la crítica del pasado ha de iluminar el futuro, no contentarse con contemplar las cenizas de lo ya vivido*. Y ello en efecto es verdad, porque la observación de esa hechura rica y compleja que es la historia no es una afición frívola que escruta vanamente un tiempo muerto y acabado, sino un esfuerzo por comprender la naturaleza de los seres humanos y una manera a través de la cual transitamos la ruta que conduce del ser al deber-ser.

Asumiendo tal desafío, la universidad examina la historia, busca penetrar en sus razones, muchas veces ocultas y, habiendo hurgado profundamente en ellas, se anima a relatarla. Pero además, nuestra comunidad no puede menos que asumirse como hacedora de historia. Y eso significa que, además de criticar y explorar, ella se hace enteramente responsable por el papel que cumple y ha de ser capaz de discernir tanto sus logros como sus limitaciones. Y porque actúa con esta conciencia, ella exige y exigirá siempre, de todos sus miembros, conductas maduras, lo que significa el respeto íntegro a su valiosa tradición y a las jerarquías que constituyen elementos fundamentales de su ser universitario y católico. Recordemos que todos nosotros nos hemos adherido voluntariamente a este claustro porque apreciamos el gran legado cristiano y humanista que en él se cultiva y atesora. Quienes llevamos varias décadas vinculados a la Universidad podemos atestiguar cómo sucesivas generaciones han

dedicado gran energía en enlazar sus esfuerzos para hacer de ella una institución que sirva al país de un modo muy especial: fomentando en sus estudiantes el aprecio por el conocimiento, por la solidaridad y por la responsabilidad moral. Por ello demanda muy especialmente de sus alumnos una conciencia generosa. Ellos han de reconocer que la privilegiada formación que reciben y que el ambiente auténticamente plural en el que han venido a cumplir sus metas de vida no pueden ser de ningún modo socavados por actitudes irreflexivas, carentes de perspectiva y, en última instancia, contrarias a la tolerancia, aquella virtud que constituye el fundamento mismo de la vida universitaria. La universidad, hogar de la inteligencia, no consiente ni puede consentir viejas o nuevas expresiones de intransigencia y por ello mismo se opone a los ánimos soberbios que obstaculizan el diálogo y la pluralidad de opiniones.

Procede firmemente de esta manera porque está comprometida con la comunidad humana universal y, para que ella avance hacia la justicia que todos deseamos, debe proseguir un incesante camino de creatividad tanto en el campo del saber científico, que hace comprensible el universo, como en el de la exploración artística, que ensancha las fronteras de nuestra imaginación, como finalmente en la ruta de la experiencia ética, que afirma a la persona humana en relación con la vida virtuosa.

Este camino del saber y del obrar no está, por cierto, librado al azar, sino pautado por un mandato perenne que, para los católicos, se simboliza en la cruz. En verdad, ese eje horizontal de la existencia, el sentido del destino humano, está reciamente sostenido por aquel trazo vertical que une el mundo terreno con el del espíritu y que da raíz y trascendencia a nuestro devenir. Por ello, el madero es memoria del sublime sacrificio salvador y vivificador de Cristo, pero también enseña de la naturaleza íntegra del hombre, fruto de la tierra y obra del espíritu, que peregrina por el mundo en busca de la total comunión con su Creador.

La naturaleza amplia y diversa del espíritu humano, su obra ardiente, es lo que recoge y examina la universidad para dar salud y entendimiento a nuestro mundo. En una época en la que se gesta un orden nuevo, cuyas claves aún es arduo menester buscar, en este período de definiciones para nuestro claustro, es necesario renovar nuestra fe en el saber. Hoy más que antes, el conocimiento constituye la fuerza primera que faculta a la humanidad para transformar y embellecer su existencia. Ese conocimiento, que es nuestra tarea original y perenne, nunca debe ser reducido a la condición de instrumento de explotación ni a la de mercancía, porque él es patrimonio universal que nos permite dar forma verdadera a los viejos anhelos con los que, a lo largo de todas las épocas y en todas las naciones, han soñado hombres y mujeres de buena voluntad.

Me gustaría pensar que estas modestas reflexiones que me he permitido compartir con ustedes esta noche servirán para recordarnos el sentido más profundo de las múltiples actividades que a lo largo de este año tocará desempeñar a cada uno de nosotros.

Amigos todos:

Cumplo con el grato deber de reiterar a todos los miembros de la comunidad universitaria los deseos de éxito y las bendiciones en el Señor enviadas gentilmente por nuestro Gran Canciller, actualmente en Roma por razones de función, y expresarles asimismo el muy cordial saludo de Su Excelencia el Nuncio Apostólico Rino Passigato quien, ausente de Lima, me encomendara el tan placentero deber de transmitir a todos los miembros del claustro sus buenos augurios.

Con la certeza de que el Altísimo hará fructificar nuestras tareas, declaro inaugurado el Año Académico 2001.

Lima 23 de marzo del 2001

AÑO ACADÉMICO 2002

Eminentísimo señor Cardenal, Juan Luis Cipriani, Arzobispo de Lima, Primado del Perú y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica del Perú; Su Excelencia Monseñor Rino Passigato, Nuncio Apostólico de Su Santidad Juan Pablo II; señores vicerrectores, señores decanos y jefes de departamento; señores profesores, alumnos y egresados: miembros de nuestra comunidad universitaria:

El inicio de un nuevo año académico ha sido y será siempre para la Universidad Católica una ocasión de hondo y especial significado. Es así porque, lejos de constituir la previsible confirmación de una rutina, el inicio de un nuevo período de actividades se halla siempre marcado por aquel espíritu de renovación que constituye una de las señas de identidad más distinguibles de nuestra Casa de Estudios. Ya sea perfeccionando los planes de estudio de nuestros bachilleratos o abriendo nuevos caminos en los estudios de postgrado; ya sea ampliando el quehacer de nuestra universidad hacia la formación empresarial u ofreciendo asesoría y apoyo para la mejora de la educación escolar en el Perú; ya sea forjando lazos con la sociedad civil para ayudar al fortalecimiento de nuestra democracia o haciendo oír nuestra voz cuando el autoritarismo y la arbitrariedad ofenden nuestro sentido de lo justo; ya sea fijándonos grandes metas de desarrollo institucional o acudiendo presurosos a tender una mano solidaria cuando alguna desgracia imprevista se abate sobre nuestros compatriotas, la Pontificia Universidad Católica del Perú hace de su

vida institucional una exaltadora aventura de mejoramiento académico, cívico y moral, y ello explica que una reunión como esta sea, más que ceremonia obligada, un emotivo encuentro en que nos reconocemos en nuestro pasado y asumimos compromisos para nuestro futuro.

Al iniciar estas palabras que intentarán describir el horizonte de nuestra Universidad en el año lectivo que iniciamos, no puedo dejar de saludar con especial aprecio, en nombre de la comunidad universitaria, la presencia del Cardenal Juan Luis Cipriani, Arzobispo de Lima y Gran Canciller de la Universidad Católica, y de Monseñor Rino Passigato, Nuncio Apostólico de Su Santidad Juan Pablo II, y agradecerles que hayan querido acompañarnos en esta reunión íntima de nuestra Casa.

El año 2002 se halla señalado por una ocasión singularmente grata a nosotros pues celebramos el octogésimo quinto aniversario de nuestra institución. Hace ochenta y cinco años, en efecto, nació nuestra Universidad y lo hizo —vale la pena remarcarlo— en un momento en que, igual que hoy, el país asistía a importantes definiciones sobre el futuro de la enseñanza superior. En ese entonces, tiempos de protagonismo estudiantil y reforma universitaria, se precisaba fundar un camino para la formación profesional en el que se aliaran, en difícil pero indispensable equilibrio, la añeja vocación intelectual y científica con formas más participativas de gestión de los centros de estudios superiores que resultaran consonantes, por cierto, con el aire democratizante y modernizador que refrescaba nuestras sociedades en general.

Es importante, también, recordar que en aquella época primaba en los claustros y en la vida intelectual latinoamericana una corriente de pensamiento —el positivismo— que, fascinada por los resultados de las ciencias naturales, proponía reducir la enorme variedad de los asuntos humanos a sencillas relaciones causales como las que, según se creía, explican todos los fenómenos físicos. Esa exorbitante confianza en la ciencia positiva corría, por lo demás, paralelamente a un ánimo de

profundo escepticismo sobre las verdades morales, catalogadas como supercherías por desterrar en nombre del saber. Pues bien, la Universidad Católica nace como una respuesta a ese clima de cientificismo agresivo y al mismo tiempo inocente. Pero no aparece como negación cerril de la ciencia ni del pensamiento libre, sino como afirmación de una pasión intelectual comprensiva, al servicio del hombre, y por tanto, inevitablemente atenta a la dimensión espiritual y moral de nuestras vidas.

Hoy, como ayer, tenemos al frente un escenario de definiciones surgido de las grandes transformaciones que experimenta el mundo; cambios económicos y sociales de muy diversa índole; innovaciones tecnológicas que modifican considerablemente la producción, las comunicaciones y las relaciones entre las personas; desafíos inéditos para las naciones que, como la nuestra, todavía procuran el desarrollo; expansión veloz de una libertad que, a la vez que abre el camino a la realización de las personas, es portadora de riesgos de desorientación intelectual y moral. Todos esos cambios reclaman de la universidad una puesta al día; todos ellos presionan y exigen de nosotros respuestas oportunas que nos permitan seguir el paso a un mundo en rápida marcha. Y, una vez más, constatamos que la misión de una universidad que se precie de tal es encontrar, según el precepto aristotélico recogido por Santo Tomás, el justo medio entre una actitud conservadora, anclada en el pasado por simple prurito de tradicionalismo, y una postura de euforia ingenua y audacia irreflexiva conducente al seguimiento dócil de las modas de cada día. Entre uno y otro extremo, la universidad tiene el deber de afrontar los tiempos presentes con una actitud de apertura a las nuevas realidades mundiales, pero de ninguna manera de sumisión a ellas. En un mundo en que la economía, la innovación tecnológica y con ellas la cultura empresarial han conquistado un lugar de preeminencia entre las diversas realidades sociales, corresponde a la universidad abrirse a esas nuevas corrientes —que al fin y al cabo son otras tantas expresiones de la incontenible creatividad de los hombres— pero no para convertirse

en simple seguidora de hechos decididos al margen de ella, sino, como siempre lo ha hecho, para decir su palabra frente a ellos con una actitud tolerante, inclinada al diálogo crítico, en fin, con la conciencia de no ser mero producto de un ciego devenir sino más bien configuradora de mundos llenos de sentido.

Nuestra Casa de Estudios practica en cada una de sus actividades esa actitud de apertura crítica al tiempo en que le ha tocado vivir. De modo tal que, si los ochenta y cinco años de existencia de nuestra universidad constituyen para todos nosotros motivo de orgullo y contento, ello no obedece a la sola acumulación de años en nuestra historia, sino también a que cada año brinda testimonio de nuestra vigencia y nuestra relevancia en la vida nacional. Es cierto —reconozcámoslo— que en un país como el nuestro, de instituciones efímeras e ilusiones pasajeras y trucas, la sola supervivencia puede constituir un mérito en si misma. Y sin embargo, para una institución, lo mismo que para una persona, lo que realmente cuenta no son los días, meses y años apilados unos sobre otros, sino la sustancia o la calidad de lo que hemos hecho con ellos.

Al cabo del trayecto que hemos caminado hasta el momento, tal vez lo más alentador y digno de celebración sea esa combinación de madurez y lozanía que caracteriza la vida de nuestra Universidad. *Madurez*, que es expresión de una identidad acendrada y que nos permite ejercer nuestra autonomía responsablemente y hacer oír nuestra voz, razonada y crítica sin temores, pero también sin arrogancia. Y *lozanía*, que es la constante vivacidad que nos posibilita enfrentar el mundo circundante con una mirada de asombro, esa semilla primera de la sabiduría.

Ambos atributos nos han permitido llegar a este octogésimo quinto aniversario en una situación de indiscutible fortaleza institucional expresada en la marcha de nuestra vida académica, en el continuo emprendimiento de novedosas aventuras educativas y en una vigorosa

proyección pública que ha conducido a que hoy la Universidad Católica sea considerada una de las instituciones más influyentes en el país.

No cabe ofrecer en este momento mejor ilustración de la vitalidad esencial de nuestra institución que el recuento de nuestros logros en el año transcurrido, pasos que hemos dado no de una manera inopinada o como simple reacción a los retos que surgen al paso, sino de acuerdo con una idea clara de nuestra identidad, nuestros propósitos y nuestra misión.

El año 2001 fue para nosotros, en efecto, un período pleno de actividades. Durante esos doce meses dirigimos todos nuestros esfuerzos y talentos hacia la afirmación de las líneas maestras de nuestro Plan Estratégico Institucional 2000-2010, a saber, la excelencia académica, la interacción con el medio, la internacionalización y la eficiencia administrativa.

En la búsqueda de la excelencia académica, hemos desarrollado numerosas acciones orientadas a ofrecer a nuestros alumnos una formación cada vez más integral. Con ese propósito, el Vicerrectorado Académico constituyó la Comisión de Modernización Pedagógica, la que, tomando en consideración experiencias propias y también de otras universidades, asesora a las unidades académicas en la introducción de innovaciones curriculares y metodológicas.

En el primer semestre del año 2001 se puso en vigencia el nuevo currículo para los Estudios Generales Ciencias, tal como ya se había hecho en Estudios Generales Letras. Este nuevo programa contiene, entre otras innovaciones, una distribución mejor proporcionada de los cursos, ordenados ahora en tres categorías: cursos obligatorios de ciencias y humanidades, cursos de libre elección y cursos propios de especialidad.

Tanto en el pregrado como en el postgrado, el trabajo conjunto con universidades extranjeras ha incentivado la mayor participación de profesores invitados, así como la incorporación de nuevos contenidos académicos. En lo que se refiere a los estudios de postgrado, debemos destacar que la Escuela de Graduados se fortaleció con la creación de la Maestría en Derecho de la Empresa y la Maestría en Educación con mención en Trastornos de la Comunicación Humana. Además de ello, debo anunciar que se acaba de aprobar, en Asamblea Universitaria, la creación de una Maestría en Derecho Penal, de un Doctorado en Matemática y de un Doctorado en Administración de Negocios.

De la misma manera, el Programa Especial de Educación a Distancia cuenta ahora con un soporte tecnológico exclusivo para esta modalidad, el *Sistema Integrado de Cursos*. Durante el año pasado, esta unidad cooperó en el diseño de los programas de educación a distancia para los Diplomas de Especialización de Tutela Jurisdiccional y del Debido Proceso Civil y Penal, así como del Programa de Especialización para Inspectores de Soldadura. Asimismo, apoyó la creación de un programa similar para la Maestría en Gerencia Social.

Un proyecto particularmente significativo iniciado en el 2000 y concretado en el año que pasó fue la creación de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, que este semestre inicia sus actividades. Con esta nueva especialidad no solo ampliamos nuestro ya rico espectro de enseñanza, sino que comenzamos a atender una necesidad crucial para el desarrollo social, urbanístico y cultural de nuestra nación. Asimismo, hemos dado inicio a la Especialidad de Ingeniería de las Telecomunicaciones, carrera que desarrollaremos con el apoyo de la Universidad Politécnica de Cataluña y que constituirá —estamos seguros de ello— un aporte sustancial al progreso de las comunicaciones, y por ende, al desarrollo de nuestro país.

En el ámbito de la investigación, signo distintivo de un auténtico espíritu universitario, hemos ampliado los horizontes del conocimiento tanto teórico como aplicado. Así, la Dirección Académica de Investigación —DAI— llevó a cabo, bajo el nombre *La Investigación en la PUCP-2001*, la primera presentación de los trabajos realizados en nuestra universidad, tanto de los que fueron apoyados por ella en el marco de sus Concursos Anuales de Investigación, cuanto de los que han participado en la postulación para obtener subvenciones del CONCYTEC y los que han obtenido el Premio a la Investigación PUCP, también impulsado por la DAI. El Rectorado, por su parte, patrocinó un concurso interno de proyectos interdisciplinarios de investigación en ciencia y tecnología.

El cultivo y la difusión del teatro en nuestra comunidad se vieron revitalizados con la reorganización del TUC, que, al cumplir cuarenta años de vida, volvió a abrir sus puertas en un ambiente renovado que le permitirá retomar la formación de actores de primer nivel y la realización de obras dramáticas de calidad.

En cuanto a la extensión y modernización de la infraestructura, me es grato recordar que en marzo del año pasado se inauguró oficialmente la sede de CENTRUM Católica, ubicada en la urbanización Los Álamos de Monterrico, en el distrito de Santiago de Surco. Debemos subrayar, por cierto, que a solo seis meses de su fundación, CENTRUM fue catalogada en el segundo lugar entre las mejores escuelas de negocios del Perú, según una encuesta publicada por la prestigiosa revista *América Economía*. Asimismo, con la exposición francesa itinerante del Museo Martiniqués de las Américas, *Espacios de las Américas*, se inauguró la Nueva Galería de Arte del Centro Cultural, el cual, es justo remarcarlo, ha desempeñado en el último año una fecunda actividad de promoción de las artes y del debate intelectual en el país. Y, dentro de nuestro campus, hace apenas unos meses fueron develadas las instalaciones del Nuevo Pabellón de Letras y Ciencias Humanas, primera facultad de nuestra casa, no

solo por orden de antigüedad sino porque en sus aulas se cultivan y difunden aquellas disciplinas esenciales que definen el carácter de nuestra institución. Finalmente, se ha creado una nueva Oficina de Servicios de Promoción y Apoyo Social, a la par que se han redefinido sus funciones para conciliarlas con las metas de nuestro Plan Estratégico Institucional, esto es, mejorar nuestro sistema de orientación, ayuda y promoción de los estudiantes.

Nuestros vínculos académicos internacionales se han robustecido significativamente este último año. Nuestra casa fue la única universidad peruana invitada al Primer Encuentro de Rectores Españoles e Iberoamericanos celebrado en Salamanca, a partir del cual se formó el Consorcio Iberoamericano de Universidades. Precisamente de esta importante agrupación recibimos el honroso encargo de ser la sede para el segundo Encuentro, en vistas de la XI Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, realizada en Lima en noviembre último. Además, se han multiplicado las oportunidades de expandir nuestro intercambio estudiantil y docente gracias a las relaciones establecidas con diversas asociaciones universitarias como CINDA y UDUAL y también con diferentes universidades como las de Illmenau y Gotinga en Alemania, la Universidad Católica de Lovaina, la Universidad Católica de Nimega, la Universidad Carlos III de Madrid, la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, la Universidad Politécnica de Cataluña y la Universidad Pompeu Fabra. Es destacable también el apoyo que nos brindó la Universidad Politécnica de Madrid en la constitución de nuestro nuevo programa de Arquitectura así como en la creación de doctorados compartidos en cuatro ramas de la ingeniería: Mecánica, Electrónica, Acústica e Informática.

Otro eje fundamental de nuestra actividad anual es la consolidación de nuestro permanente compromiso con la sociedad, tarea encauzada sobre todo por la Dirección Académica de Proyección Social y

Extensión Universitaria. Entre sus principales actividades se encuentra la emprendida en forma conjunta con los alumnos y profesores de la Sección de Psicología, quienes, a través de las Brigadas Psicológicas, ofrecieron asistencia profesional a los damnificados por el terremoto que asoló el sur del país. Con anterioridad al desastre, el proyecto *Estabilización de las construcciones existentes de adobe en los países andinos* había aplicado un reforzamiento en veinte viviendas ubicadas en la zona de Tacna y Moquegua. La resistencia de estas construcciones ante un sismo que, por desgracia, fracturó severamente y hasta ocasionó el desplome de otras edificaciones, motivó que nuestra universidad recibiera, a través del Departamento de Ingeniería, un importante donativo por parte del gobierno de Taiwán, destinado a la construcción de treinta y cinco módulos para vivienda en el pueblo de Nauquipa, Arequipa, uno de los más seriamente afectados por el terremoto.

Conscientes de que vivimos en un mundo en el que la información es un bien indispensable, hemos seguido apelando a los recursos informáticos para extender nuestros servicios a la comunidad. De esta manera, con el mismo espíritu que anima a *Palestra*, nuestro portal de discusión de asuntos públicos, hemos puesto en línea *Diké*, un espacio de información y opinión legal que ofrece una diversidad de materiales sobre temas jurídicos. También en el terreno de la Internet, nuestra universidad ha lanzado la versión local de *Universia*, el primer portal universitario que agrupa actualmente a más de doscientas universidades iberoamericanas, entre las cuales se cuentan numerosas afiliadas peruanas. Ello nos permitirá llegar a todos los estudiantes universitarios del país y así brindar contenidos y servicios de apoyo a la labor académica y de investigación que ellos desarrollan.

Finalmente, en lo que concierne a la eficiencia administrativa a la que apunta nuestro plan estratégico, debo señalar que continuamos alentando, tanto en el personal como en las autoridades de las unidades

administrativas, un despliegue mancomunado de esfuerzos con el fin de obtener un uso cada vez más racional y eficiente de nuestros recursos.

Como podemos apreciar, lo mencionado apenas constituye el esbozo general de un trabajo extenso y concertado cuyo propósito ha sido consolidar nuestra misión universitaria y responder a los tiempos de hoy con fidelidad a nuestros principios institucionales y a nuestra tradición.

Vemos, pues, que solamente en el término de un año nuestra universidad ha dado varios pasos de gran significado. Es, por cierto, natural que el recuento de estos logros provoque nuestro contento y nuestro orgullo, e incluso sería comprensible que, a la vista de ellos, cualquier institución se dejara descansar en la complacencia y la tranquilidad que brinda la noción de la tarea cumplida. Sin embargo, esa no es —no podría serlo— la actitud de quienes como estudiantes, profesores, funcionarios o autoridades formamos parte de la Universidad Católica. No podría serlo porque nuestra institución asume como elemento fundamental de su identidad la noción y la práctica del compromiso social, el convencimiento de que, por ser Universidad —esto es, centro de saber—, tenemos la obligación de procurar y practicar la excelencia académica, sí, pero no para recrearnos en un satisfacción egoísta, sino porque es a través de ella —de nuestro saber y de nuestra eficiencia— como debemos responder más justicieramente a la sociedad que nos alberga.

Así, mal podríamos descansar satisfechos de nuestra ejecutoria reciente cuando nos basta mirar a nuestro alrededor para encontrar un país todavía atenazado por urgentes necesidades y desafíos. Algunos de ellos son de vieja data, como la pobreza que castiga secularmente a la gran mayoría de nuestros compatriotas o como la lastimosa debilidad de nuestra democracia. Otros, como las demandas de una respuesta al mundo global o la exigencia de seguir el paso a la revolución tecnológica, constituyen

retos de más reciente origen, pero de igual trascendencia para el Perú del siglo XXI. Es imposible, pues, sentirse satisfechos en medio de una realidad promisoriosa, ciertamente, pero a la vez dura, signada por el atraso material y tecnológico, por la recurrente debilidad de nuestra economía y el deterioro de la calidad de vida de los peruanos, por el desconcierto de la clase política y la necesidad de afianzar nuestra democracia y, sobre todo ello, por una aguda desmoralización que bien puede ser el emblema de los males más apremiantes que nos toca afrontar en este comienzo de siglo.

Hablar de desmoralización equivale a hablar de desaliento. Es, en muchos casos, la sensación que percibimos en el hombre corriente a quien se pidió sacrificios y privaciones en nombre de un futuro mejor para todos y hoy descubre que estamos aún en el punto de partida por obra de un círculo de corrupción que desnaturalizó todo proyecto nacional. Pero ese desaliento puede no ser solo abatimiento, sino también resignación y, en el peor de los casos, puede expresarse en la cínica conformidad del funcionario que medra a costa de los dineros del Estado o del hombre público —académico, empresario, político— que, a cambio de una ilícita recompensa y contradiciendo lo que sostuvo el día anterior, se aviene a poner sus talentos al servicio de un autócrata bajo la coartada de que así ha sido y será siempre en nuestra patria.

Llegados a este extremo está claro que ya no hablamos solamente de desmoralización, sino de otro fenómeno más funesto aún: la elevación de la inmoralidad y la amoralidad a la categoría de norma de conducta socialmente tolerada e incluso deseada. Y esa tendencia que vemos propagarse a diario en los canales de televisión, en las declaraciones de numerosos hombres públicos y en nuestras actividades cotidianas, y que es el resultado del aprendizaje perverso promovido por la dictadura recientemente sufrida por el país, debe ser atajada y contrarrestada por quienes, en el Perú, han sabido preservar la autonomía de sus conciencias y poseen los recursos institucionales, organizativos y sobre todo intelectuales y éticos para hacerse oír y para obrar.

La suspensión de una pobreza aguda y endémica y el atajo al cinismo y la inmoralidad son dos de las mayores pruebas que el Perú debe vencer con urgencia. Además de ellas, nos queda por delante la obligación de dejar atrás, definitivamente, el terrible tiempo de violencia padecido por nuestro país en las últimas décadas, violencia que todavía es presente doloroso para miles de compatriotas nuestros privados de sus seres queridos, empobrecidos por las exacciones de que fueron víctimas, acosados por el recuerdo de torturas, atropellos y humillaciones sin nombre; violencia que, además de ser dolor presente, amenaza prolongarse en nuestro futuro como nos lo ha recordado el atentado terrorista de hace unos días, acción cobarde e irracional que nuestra institución, como todo el país, repudia enérgicamente.

Si la Universidad Católica se concibiera únicamente como factoría de conocimientos aplicables y de profesionales exitosos, podría atravesar sin escrúpulos mayores esta crítica fase de nuestra historia colectiva. Pero —ustedes lo saben bien— eso no nos está permitido. Por mandato de nuestra historia y por propensión ineludible de nuestra personalidad institucional, somos mucho más. Formamos profesionales, cierto, y de nuestros claustros surgen una y otra vez conocimientos humanísticos, sociales, científicos y tecnológicos que se proyectan directamente sobre la comunidad. Pero, en rigor, todo lo dicho es apenas una porción de nuestra experiencia completa. En la Universidad Católica formamos y nos formamos como seres humanos, hombres y mujeres libres y autónomos, aptos para ejercer su criterio de manera independiente, pero sin olvidar los compromisos que nos vinculan con nuestros semejantes. Y por otro lado nuestra exploración del mundo social y material no procede de una curiosidad ciega, autosatisfecha en su solo poder desvelador, sino de una inquietud de transformación de la realidad para la vida buena de nuestros compatriotas. Y así, nuestra reconocida excelencia académica solo es tal porque se halla unida a una aguda conciencia de nuestro compromiso cívico, y porque ambos, a su vez, están vinculados a una convicción ética

esencial que —es preciso subrayarlo— procede de ese elemento central de nuestro carácter que es la fidelidad al mensaje evangélico. Es, pues, en obediencia de ese mensaje ético y de ese compromiso cívico que, a pesar de nuestras conquistas y nuestra fortaleza institucional, cada año es para nosotros tiempo de regocijo y también tiempo de desafíos, tiempo de autoafirmación y también tiempo de inquietud, tiempo de cosecha y a la vez tiempo de siembra en beneficio de una sociedad que siempre necesitará más de nosotros.

He recordado que, antes que *producir* expertos en una u otra rama del saber científico o humanístico, en la Universidad Católica formamos seres humanos libres y plenos. Y ello es así porque invitamos a cada joven que se incorpora en nuestro claustro a participar de una vivencia que será al mismo tiempo formación intelectual y educación sentimental, cultivo de la inteligencia y desarrollo de la sensibilidad, búsqueda de soluciones y adquisición del saludable hábito de preguntar y cuestionar. Preguntar es dialogar. Practicar el asombro ante los enigmas de la naturaleza es conversar con el mundo, significa estar presentes en él como protagonistas y no como simples espectadores. De igual manera, cultivar la perplejidad ante los dilemas de la moralidad y buscar entre ellos un camino seguro, éticamente sostenible, equivale a participar del gran diálogo de la comunidad humana, diálogo que no puede ser concebido como un espacio para dictámenes definitivos y autoritarios ni tampoco, por cierto, ha de ser entendido como campo para un relativismo cándido y simplista.

Sea para atender con mirada de asombro a nuestro entorno material y social, o para penetrar con espíritu interrogativo en las grandes encrucijadas morales de nuestro tiempo, formarnos como seres humanos, tal como lo entendemos en la Universidad Católica, no es otra cosa que

abrir nuestras mentes y corazones al Universo que nos rodea y, sobre todo, a las carencias y padecimientos de nuestros semejantes. Y al así entenderlo, pretendemos, por cierto, ser fieles a la voz de Cristo quien al exclamar *¡efetá!* manda que los oídos del sordo se abran y la lengua del mundo cante.

¿Puede cantar el mudo y oír el sordo? ¿Puede el hombre de hoy mantener todavía un diálogo vivo, fresco y creativo con el mundo? ¿Puede acaso un país postrado por décadas de atraso, pobreza y violencia alimentar la esperanza de una vida mejor para todos? La educación que impartimos enseña a responder que sí a esas preguntas. Enseña, en primer lugar, a despertar a la pluralidad del Universo y hacer de nuestro espíritu un hogar hospitalario para esa diversidad. Y en segundo lugar, muestra que la formación humana y el cultivo del conocimiento no son —no pueden ser— ajenos a la utopía, a la esperanza, a la fe.

La fe y la razón caminan juntas en nuestros claustros. Procuramos una razón valiente, que no se refugia en la neutralidad ni en el cinismo. Y practicamos una fe tolerante al poder de la razón, una fe que no le teme sino que ve en ella un medio más para hacer encarnar el mensaje evangélico en la Tierra. Su Santidad Juan Pablo II ha enseñado que “la fe que no se convierte en cultura es fe que no ha madurado o no ha sido convenientemente recibida”. Seguidores de esas palabras, quienes formamos parte de esta Universidad asumimos la tarea de cultivar, multiplicar y compartir un saber de hondo contenido moral y una moral arraigada en la realidad circundante e iluminada por principios trascendentes.

Nuestra misión es, pues, compleja. Está compuesta no de una sino de varias facetas: nuestra institución es persona moral, y en tanto tal, encuentra su sustento en el mensaje evangélico; es persona social y honra

ese aspecto de su ser mediante la asunción de una ética pública, es, naturalmente, persona dedicada al conocimiento, y por ello se realiza en la búsqueda permanente de la excelencia académica y en la exploración libre y abierta de las más diversas ramas del saber humano. La conjunción de esas tres dimensiones está presente en nuestra idea de una formación comprensiva, que supera largamente la idea limitada de la experiencia universitaria como adquisición de una pericia técnica.

No se trata de tres dimensiones separadas, sino íntimamente vinculadas en una relación de alimentación mutua. Porque obedecemos el precepto de amar al prójimo, estamos abiertos a percibir nuestro compromiso social y ciudadano. Y es en virtud de ese compromiso que asumimos como una obligación la búsqueda incesante de la excelencia académica, que, además de tenacidad, método y rigor, reclama innovación y permanente renacimiento para estar a la altura de nuestro tiempo.

La renovación de la formación académica es, así, una *afectio societatis*. Este afecto nos conduce a fomentar el aprendizaje entendido como servicio, como un *saber ayudando* en el que se unen pensamiento y acción. La educación, así, no es acumulación de saberes sin propósitos ni es sumisión a un molde ya creado antes y al margen de nosotros; la educación es *transformarse, llegar a ser* de un modo integral. Solo esa formación abarcadora, no segmentada ni constreñida a una noción avariciosa del saber, garantizará que nuestros estudiantes encuentren aquí el camino hacia su realización como personas libres y plenas y que, convertidas en profesionales, contribuyan a la superación de los desafíos que nuestro país afronta todavía.

El tiempo actual, como sabemos, se halla marcado por la llamada globalización, fenómeno multiforme que tiene como uno de sus ingredientes la supremacía de lo económico sobre las otras diversas dimensiones del quehacer humano. Una derivación de ello es, en el mundo de la educación superior, la aparición de las universidades-

empresa y la creación de carreras profesionales hiperespecializadas que tienden a fragmentar el saber en compartimentos estancos.

Es cierto que la especialización se halla inscrita en la historia de la ciencia y las humanidades en el mundo moderno. Y no sería sensato desconocer los beneficios que ello ha traído para el desarrollo de cada ámbito de investigación y reflexión específico. No obstante, es necesario reconocer también que por ese camino se ha llegado a una extremada separación de los saberes y a una suerte de clausura de cada saber en su propio y reducido ámbito. Desechada la noción de un centro integrador, la compleja unidad del mundo se ha fragmentado y disgregado. Y de esa manera, con mirada unidimensional y autosuficiente, la práctica de la ciencia y la reflexión, que se pretende metódica, deviene ingenua en términos intelectuales y, en su aparente sofisticación, se hace irresponsable desde un punto de vista ético.

Ante ese panorama, nuestra Universidad se reafirma en su vocación integradora, humanista e interdisciplinaria, pues creemos que solo así somos fieles al auténtico sentido de la palabra *universitas*. La universidad no debe limitarse a preparar buenos profesionales. Sin renunciar a esa función básica, ella ha de reivindicar como tarea prioritaria y esencial la universalización de las conciencias y de las inteligencias bajo el principio de la unidad del saber. Es ese sentido totalizador —por el que técnica, ciencia y filosofía dialogan fluidamente— el que nos permitirá comprender las experiencias históricas y existenciales que están en los orígenes del saber, así como identificar los límites últimos que él enfrenta.

Ello no significa, por cierto, abandonar el conocimiento de las partes por el conocimiento de la totalidad ni sacrificar el análisis en aras de la síntesis. Significa más bien conjugarlos. Solo si asumimos conscientemente que el conocimiento es en esencia unitario, el saber especializado adquiere real eficacia, descubre sus contornos y advierte su necesidad de robustecerse en el contacto con otras disciplinas. De allí que en estos últimos años nuestra

universidad haya redoblado sus esfuerzos por ofrecer una formación multidisciplinaria no solo a través del fortalecimiento de los Estudios Generales sino también de la creación de nuevos doctorados y maestrías.

Nuestra enseñanza multidisciplinaria da testimonio de la pluralidad del mundo y de los saberes que se dirigen a aprehenderlo. Ahora, es tarea inmediata de nuestra universidad mostrar de qué modo, percibiendo esa diversidad, somos también conscientes de la compleja y fundamental unidad del universo espiritual y material. Y ello nos conducirá en los próximos años a procurar vías *transdisciplinarias* para nuestro saber; esto es, enfoques en los que las diversas disciplinas se entretrejan para así concurrir juntas, con una perspectiva inédita, a la iluminación de un problema, de un aspecto de nuestra vida. Reconocer la diversidad no equivale a resignarse a la dispersión; antes bien, suscita en el hombre de pensamiento hondo la inquietud de encontrar las corrientes fundamentales que vinculan los múltiples aspectos de la vida humana.

“La celeste unidad que presupones // hará crecer en ti mundos diversos”, escribió Darío, y esas líneas bien podrían ser el lema motivador de la búsqueda que nuestra Universidad tiene por delante: una enseñanza que entregue al estudiante el saber técnico, pero también la razón moral y sustancial de las materias que aprende; *metacursos* en los que confluyan los variados aprendizajes para dar respuestas a problemas generales de nuestra situación humana en este lugar y en este tiempo; programas que alienen el crecimiento moral en una sociedad de mercado; doctorados integradores que, al cabo del proceso total de aprendizaje, resuelvan en una unidad fundamental esa diversidad de saberes y materias que nuestros estudiantes encuentran desde sus primeros estudios generales.

Como vemos, son muy grandes las tareas que tenemos por delante y, por tanto, mal podríamos darnos por satisfechos con lo mucho que ya

hemos avanzado. Permanecemos atentos e inquietos, porque en eso consiste estar despiertos al mundo y a la vida; pero en modo alguno nos sentimos abrumados por las responsabilidades que asumimos voluntaria y deliberadamente ante nosotros y ante el país. Somos optimistas, porque contamos con el respaldo de nuestra historia, una tradición que acaso pueda sintetizarse en la comprensión de nuestra actividad académica como una “mirada comprometida desde lo alto”.

Es, en efecto, una *mirada*, es decir, aquello que los griegos entendían por *theoria*: una contemplación no pasiva, sino creadora, abarcadora, inclinada a unir armónicamente lo que se presenta como diverso. Y esa, nuestra *mirada*, es necesariamente *comprometida*, esto es, una forma —la más elevada— de la *praxis* humana como quería Aristóteles. Nosotros, al reclamarnos seguidores del mensaje de Cristo, aportamos la caridad, el amor, la voluntad a esa mirada. No somos únicamente sujetos de conocimiento que aspiran a la Verdad; al mismo tiempo somos seres afectivos y morales y ello nos impone el mandato de desplegar nuestra voluntad en un *mundo-con-los-otros*. Y, por último, esa mirada comprometida se realiza desde lo alto no por una ridícula presunción de superioridad, sino porque en eso, en mirar desde las cumbres, consiste el saber. Observando desde las alturas de una montaña es como el sabio integra lo aparentemente diverso, otorga a las cosas su lugar y su justo valor y mirándose en un severo ejercicio de reflexión delimita las provincias de su cuerpo, su espíritu y su entorno.

Corresponde a nuestra universidad, pues, mantener y aguzar esa mirada y, ciertamente, convertir sus hallazgos en frutos que alimenten a nuestra nación y la ayuden a dejar atrás males antiguos y aflicciones nuevas. Al iniciar este nuevo período en nuestra vida institucional, afirmamos una vez más ese compromiso múltiple —académico, cívico y moral— del que deben estar imbuidos todos quienes forman parte de nuestra comunidad.

Esta ceremonia coincide con la fiesta más grande de la Cristiandad. En la Semana Santa conmemoramos el acto supremo de amor por el que Dios encarnado, con el precio de su vida, nos redime del pecado. Tiempo de fe en el que se renueva la Promesa, sirva él para que nuestra Universidad Católica reafirme y acreciente los valores que han caracterizado los ochenta y cinco años de su historia y, con la ayuda de la Providencia, enfrente exitosamente los desafíos por venir.

Con la ilusión de que este año traiga consigo el cumplimiento de nuestras aspiraciones personales e institucionales, pido a usted Eminencia y Gran Canciller de la Universidad Católica, Cardenal Juan Luis Cipriani, que encomiende nuestros esfuerzos a la protección de Cristo, Señor nuestro, y declare formalmente inaugurado el año académico 2002.

26 de marzo del 2002

AÑO ACADÉMICO 2003

Excelentísimo Monseñor Rino Passigato, Nuncio Apostólico de Su Santidad Juan Pablo II; Excelentísimo Monseñor Miguel Irizar, Obispo del Callao y miembro de nuestra Asamblea Universitaria; R.P. Felipe Mac Gregor, S.J., Rector Emérito de la Universidad; señores vicerrectores, señores decanos y jefes de departamento; señores profesores, alumnos y egresados; miembros de nuestra comunidad universitaria:

Cuando nació nuestra Universidad, hace ochenta y seis años, el mundo asistía, atónito, a un trágico conflicto que fue, al mismo tiempo, el más funesto y el más certero presagio para el siglo XX. Nacido como una incógnita venturosa, el siglo pasado devino rápidamente, hoy lo sabemos, una centuria de violencia. En medio de esa conflagración europea y mundial, el lema que selló nuestra identidad resultó ser una severa interpelación y también un robusto acto de fe. La vocación y la responsabilidad de ser una *luz que brilla en las tinieblas*; la obligación de hacer oír nuestra palabra crítica y constructiva ante las calamidades e injusticias de nuestro país y del mundo, ha sido desde entonces la divisa de nuestro carácter y de nuestro destino. Y así, ese esperanzador anuncio de las Escrituras que hicimos nuestro, aparece en este día como un mandato sencillo y rotundo que nos prohíbe permanecer indiferentes y mudos ante el reciente conflicto bélico en el Medio Oriente, una guerra desatada al margen del orden jurídico internacional y que ha ocasionado, como era previsible, el sufrimiento de numerosos seres humanos inocentes. Se suele

decir que, en la historia, los vencedores siempre tienen la razón. Pero para quien habla desde una posición de principios sólidos, ni la victoria ni el merecido fin de una odiosa dictadura, pueden modificar el juicio moral que nos merece una aventura bélica que ha sido, sobre todo, un acto de arbitrariedad y prepotencia. La Universidad Católica declara, por ello, su enérgica reprobación a esta guerra que ha significado un rudo golpe al orden jurídico internacional y a nuestras esperanzas de una convivencia pacífica y un mundo más humano en el siglo que comienza.

Mucho se ha escrito sobre los absurdos, medias verdades e intereses que permitieron que las armas y la destrucción se impusieran. Pero cualesquiera sean las explicaciones que se encuentren, es obligado reconocer que a todas ellas subyace un fracaso fundamental. Me refiero a la derrota de la palabra, a la ruptura del diálogo civilizado y la controversia razonable, formas ejemplares de la convivencia que se arraigan, precisamente, en la universidad. Ese diálogo fue dejado de lado en los prolegómenos inmediatos de este conflicto, pero —hemos de reconocerlo— ya había sido tergiversado en el orden internacional que ahora se encuentra en entredicho, un orden en el que la palabra de políticos y diplomáticos estuvo más cerca de la astucia del sofista que de la discusión de buena fe.

Así, al expresar su enérgica reprobación a los responsables del conflicto, nuestra universidad pronuncia también un reclamo a favor de la palabra honrada y exhorta a buscar en ella la luz que necesita un mundo sumido en la penumbra.

El inicio de cada año académico es para nosotros una ocasión especial porque en él reinauguramos, precisamente, ese diálogo incesante, crítico y respetuoso a la vez, ese cultivo de la palabra libre que distingue a nuestra vida institucional. Y esta ceremonia es una forma apropiada de reiniciar

ese diálogo, pues en ella la comunidad universitaria comparte sus logros pasados así como los proyectos e ilusiones del año que empieza. Es pues un acto íntimo y colectivo a un tiempo, en el que siempre apreciamos la presencia de amigos de nuestra Casa. Por ello, me es sumamente grato saludar y agradecer la presencia de monseñor Rino Passigato, Nuncio Apostólico de Su Santidad Juan Pablo II y la de Monseñor Miguel Irizar Campos, Obispo del Callao, quienes nos honran con su asistencia.

Hemos recordado que el diálogo razonable se halla en la esencia de esta institución y no es ocioso enfatizarlo. Es orgullo nuestro el clima de tolerancia que se respira en este campus, una apertura a las más variadas ideas y formas de pensar, que no excluye la discrepancia, pero tampoco el respeto mutuo. Es obligación nuestra preservar esa tradición, defenderla de la degradación de los hábitos intelectuales y políticos que parecen imponerse en el país. “Discrepar es otra forma de acercarnos”, escribió alguna vez Alberto Flores Galindo, un recordado y admirado profesor de esta universidad. Aprendiendo a disentir, practicando la crítica como un ejercicio de inteligencia y honestidad, y no como un pretexto para el agravio personal, estaremos honrando esa tradición de pensamiento independiente que es nuestro mejor patrimonio.

Pretendemos que esa independencia de criterio, elemento central de nuestra personalidad institucional, se refleje en nuestra ejecutoria cotidiana. Independencia es para nosotros libertad, afán de innovación, deseos de crear y emprender tareas siempre nuevas. Y hemos sido fieles a ese espíritu, como se desprende de un somero recuento de las muchas iniciativas que emprendimos en el año que pasó.

Entre numerosas actividades que sería imposible mencionar aquí exhaustivamente, deseo recordar unas cuantas a manera de ejemplo. Una de las más significativas fue abordar el tema de *La responsabilidad ética*

y política de la universidad en nuestra Aula Magna, encuentro en el que se reflexionó sobre la contribución de la universidad a la democracia y la paz en nuestro país.

En el año 2002 festejamos los diecisiete lustros de fundación de nuestro claustro, así como el octogésimo quinto aniversario de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, el septuagésimo aniversario de la Facultad de Administración y Contabilidad y la graduación de la primera promoción de nuestra Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación.

Ese año fue también un período de afirmación de nuestra democracia interna, expresada en las elecciones de los integrantes del Comité Electoral Universitario; de representantes estudiantiles ante la Asamblea Universitaria; de profesores ordinarios miembros de los Consejos de las Unidades Académicas; de decanos de las Facultades, la Escuela de Graduados y los Estudios Generales Letras; de jefes de Departamentos Académicos; de representantes de los profesores ordinarios ante la Asamblea Universitaria y de directores académicos.

Dentro de la línea de Formación, se crearon el Doctorado en Administración Estratégica de Empresas, elaborado conjuntamente por CENTRUM, Centro de Negocios de la Universidad y la Maastricht School of Management de Holanda; el Doctorado en Matemáticas, instituido con la colaboración del Instituto de Matemáticas y Ciencias Afines del Brasil y la Universidad Nacional de Ingeniería; y la Maestría en Derecho con mención en Derecho Penal.

Entre los numerosos convenios que nuestra universidad suscribió en el último año queremos destacar aquel por el cual la Universidad Católica asumió la responsabilidad de administrar el Programa ALBAN en el Perú, nuevo sistema de becas que beneficiará a cerca de cuatro mil estudiantes y profesionales de toda América Latina, quienes podrán realizar estudios de postgrado y perfeccionamiento en instituciones o centros de investigación de la Unión Europea.

En la amplia gama de actividades de educación a distancia promovidas por el Proyecto Especial de la PUCP, debemos destacar la creación del primer Programa de Formación a Distancia en Ingeniería de Soldadura, desarrollado por nuestra universidad en colaboración con la Asociación Española de Soldadura y Técnicas de Unión (CESOL).

En el ámbito de la creación de conocimientos nuevos, la Dirección Académica de Investigación organizó, bajo el nombre *La investigación en la PUCP 2002*, la presentación de cerca de sesenta trabajos y cinco patentes desarrollados por las diferentes unidades académicas de la PUCP, así como la entrega del Premio a la Investigación PUCP 2002. Asimismo, se creó el Centro de Investigación, Capacitación y Asesoría Jurídica del Departamento Académico de Derecho (CICAJ-PUCP) y el Centro de Investigación de la Arquitectura y la Ciudad del Departamento Académico de Arquitectura (CIAC-PUCP).

Una guía fundamental de nuestro trabajo es nuestro compromiso con la sociedad, para el que buscamos siempre nuevas vías. En el año 2002 inauguramos el portal *Ventana Pública*, destinado a reforzar la transparencia de la gestión municipal y reducir la corrupción, promover la relación entre los gobiernos locales y la comunidad a través de foros de discusión, y hacer accesible la información necesaria para la fiscalización ciudadana.

Otra innovación en el terreno informático fue la realizada por la Dirección de la Biblioteca Central, que ofreció a la comunidad universitaria el acceso a la página *web* de nuestras diversas bibliotecas. La Dirección de Informática, por su parte, desarrolló un nuevo portal Internet e Intranet, a fin de incorporar la tecnología más reciente diseñada para brindar una herramienta de apoyo al proceso de enseñanza-aprendizaje y para hacer más eficiente el sistema de información académico-administrativo. Finalmente, la revista *Sinopsis* creó *ConCiencia*, agencia universitaria de periodismo científico en línea.

En lo que concierne a la Promoción y Difusión Cultural, además de la intensa actividad desplegada por nuestro Centro de San Isidro, debemos resaltar la labor realizada por el Centro de Música y Danzas de la Pontificia Universidad Católica del Perú (CEMDUC) en la recopilación y difusión de las danzas y ritmos de las distintas regiones del país. Son destacables también los logros del Teatro de la Universidad Católica (TUC), que puso en marcha su centro de formación actoral e inició una nueva etapa en el área de producción, con las obras *Las manos sucias* y *Largo Desolato*.

Hay que destacar también el trabajo de la Biblioteca Central relativo a la preservación de textos históricos y literarios, como en el caso de la obra del poeta Luis Hernández. Asimismo, nuestro Centro de Estudios, Investigación y Difusión de la Música Latinoamericana editó y presentó el CD *Arguedas, canto y herencia*, mientras que nuestro Centro de Etnomusicología Andina hizo realidad una valiosa serie de discos de música tradicional de nueve regiones del Perú, distribuida en todo el mundo por el prestigioso sello *Smithsonian Folkways* del *Smithsonian Institution*.

En el último año hemos ampliado también nuestros vínculos académicos internacionales. Así, con ocasión de la visita del doctor Ernesto Samper, ex presidente de Colombia, se firmó el convenio con la Corporación *Escenarios*, por el cual la PUCP se constituye en la única universidad peruana perteneciente a la Red Universitaria Iberoamericana para la Globalización. Nuestro claustro asumió también la responsabilidad de organizar diversos encuentros académicos internacionales, como el seminario *La libertad de expresión en la televisión de hoy*, el V Congreso Latinoamericano de EBI: *Interculturalidad: ciudadanía, política y educación*, el IV Congreso Iberoamericano de Periodismo, el I Coloquio Latinoamericano de Estudiantes de Educación y el IV Simposio Internacional de Arqueología.

En cuanto a las mejoras de infraestructura, ejecutamos diversas obras en nuestro claustro, como las ampliaciones del Laboratorio de Acústica en la Sección Física, de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación, de la Tesorería y Secretaría General (edificio Dintilhac), y de la Facultad y Departamento de Derecho. Igualmente, inauguramos el nuevo local del Comedor Central para mayor comodidad de nuestros estudiantes.

Los avances de nuestro Plan Estratégico Institucional 2000-2010, se reflejan en el creciente prestigio de nuestra Casa, que fue reconocida en 2002, una vez más, como una de las instituciones más eficientes e influyentes del país. A fines del 2002, la encuesta anual *Perfil del mercado educativo – padres de familia* definió, en el capítulo relativo a universidades, doce criterios para determinar la “satisfacción con la enseñanza en universidades”. La PUCP fue calificada por los encuestados como la mejor universidad según los ocho primeros criterios: prestigio, nivel de exigencia académica, infraestructura, calidad de los profesores, equipamiento tecnológico, ubicación del local, contacto con universidades del extranjero y con empresas locales de prestigio.

Como podemos apreciar, lo mencionado apenas constituye el esbozo general de un trabajo extenso y concertado cuyo propósito ha sido consolidar nuestra misión universitaria y responder a los tiempos de hoy honrando nuestra tradición y nuestros principios institucionales.

Todas nuestras decisiones, acciones y proyectos reposan, en efecto, sobre sólidos cimientos como son el análisis de nuestra experiencia y el escrutinio atento y responsable del contexto social en que esta se produce. Y sin embargo, es importante tener clara conciencia de que todas nuestras actividades serían incoherentes e ineficaces si no estuvieran ancladas en un principio fundamental que nos define esencialmente como universidad y

sobre el que quisiera reflexionar brevemente en esta ocasión. Hablo, por cierto, de nuestra búsqueda constante y desinteresada de la verdad.

A primera vista, proclamar la verdad como horizonte de nuestros actos es caer en el lugar común. Sin embargo, y con más razón aún en el tiempo que vivimos, ese reclamo entraña asumir un formidable desafío.

Desde su nacimiento, y durante siglos, se tuvo claro que la tarea de la universidad era explorar y rescatar la verdad, ser el recinto natural de esa pasión teórica que para los griegos antiguos consistía en practicar una mirada contemplativa y desinteresada de la realidad, una mirada inclinada a la consideración imparcial de los hechos, fenómenos y procesos del mundo físico y humano por encima de sus contingencias más menudas y con una vocación de conocimiento. Sin embargo, hoy parece haberse puesto en entredicho ese elemento definidor de la vida universitaria, y la búsqueda de la verdad, que fuera santo y seña del ser universitario, retrocede acosada por muchas amenazas, algunas de ellas explícitas y notorias, y otras, las más peligrosas, disimuladas o inadvertidas.

Uno de esos peligros es la radical relativización de la verdad, equívoco que resulta de un empleo irreflexivo de algunos de los grandes hallazgos del pensamiento filosófico y científico contemporáneo. Notables pensadores de nuestro tiempo han mostrado, en efecto, el carácter fragmentario del conocimiento y han explicado que este es inseparable del discurso en que es enunciado y comunicado. Decir *discurso* y decir *enunciación* equivale a hablar de una posición definida desde la que proferimos nuestras convicciones. Y es cierto que lo que llamamos verdad constituye, muchas veces, un parecer derivado del lugar especial en que se desarrolla nuestra experiencia social. Sin embargo, el corolario natural de esta nueva conciencia no debe ser, como a menudo parece entenderse, la inexistencia de la verdad como tal, sino, por el contrario, la obligación de redoblar nuestros controles —de fortalecer y afinar nuestra vigilancia epistemológica— de modo que el resultado de nuestros esfuerzos

intelectuales sea siempre un incremento de saberes fiables sobre nuestro mundo humano y nuestro entorno natural.

Si por un lado la conciencia de la condición histórica y social del saber ha dado lugar a un relativismo ingenuo, por otro lado la apreciación de la complejidad del mundo ha socavado e incluso desautorizado toda pretensión de representar o entender la realidad a través de una concepción totalizadora.

Es cierto e irrefutable que nuestros saberes poseen por fuerza un carácter fragmentario. No obstante, tal fragmentación debe ser entendida rectamente, como un desafío y no como un desmentido a nuestro permanente anhelo de unidad. Es cierto que el mundo ha de ser aprehendido en sus diversas dimensiones y que el estudio pluridisciplinario de la realidad es, hoy en día, la manera más lúcida de emprender la actividad académica. Pero también debe comprenderse que esa diversidad complementaria del mundo que hoy reconocemos no puede anular la posibilidad —y más que ello el deber— de emprender nuestra aventura intelectual como una búsqueda comprometida de certezas radicales y no como un simple ejercicio especulativo, apto para una arrogante satisfacción lúdica pero desprovisto de todo sentido de responsabilidad.

Alejándonos de un nihilismo fácil, tan propio de la adolescencia como de la senilidad, debemos reconocer, pues, que todo acto de intelección humana ha de sumergirse en el agua de diversos cauces para captar creativamente la complejidad del mundo. Y sin embargo, ese cultivo de la variedad, que es signo de nuestra obediencia al ser plural del universo, debe estar conciliado con la unidad sustancial que es propia de nuestra razón y de nuestra espiritualidad humana.

¿Tiene sentido hablar de unidad del conocimiento hoy en día, en los inicios del siglo XXI, cuando todos somos conscientes de cuán indispensable y cuán fructífera ha sido la especialización de los

saberes? Sí lo tiene, siempre que sepamos reconocer que por encima de la metodología, la técnica, el conocimiento aplicado, para los que la parcelación del mundo es requisito ineludible, el fin último de nuestros actos intelectivos es el bienestar de esa realidad sutil, compleja y sobre todo unitaria que es el ser humano.

Así pues, no podemos sino constatar con preocupación de qué manera se abre paso hoy, en el mundo universitario y científico, cierta hiperespecialización de los saberes, de qué modo asombroso las ramas del conocimiento se subdividen en disciplinas cada vez más acotadas, que por un lado afinan su instrumental metodológico para captar retazos siempre más pequeños de la realidad, mientras que, por otro lado, pierden de vista sus vínculos con una concepción más integral de la vida humana y se desentienden, por último, de ese sentido de responsabilidad ante los otros, que es la única justificación de nuestro quehacer científico y social.

Llamemos a esta concepción plural y al mismo tiempo unitaria del conocimiento una *ética de la sabiduría*, apegada a principios permanentes de respeto irrestricto a la verdad y de fidelidad a los objetos y procesos que se estudian. A esa ética debe ceñirse la universidad y por obediencia a ella debe rehuir toda visión fragmentaria de la realidad y, en tal perspectiva, todo relativismo. Ninguna moda ideológica, ninguna visión estrecha y determinista, ha de condicionarla ni hacerle perder de vista la misión para la que fue creada. Mas de otra parte, esta ética que reclamamos tampoco puede aceptar la mera eficiencia como paradigma de conducta.

Y al decir esto me aproximo al otro peligro que deseo señalar: el de rendirnos a las exiguas verdades del pragmatismo, tendencia que en los últimos años también se ha abierto paso y ha dado como fruto las universidades que se conciben a sí mismas como estrictas productoras de empresarios y como empresas ellas mismas. Estos nuevos tipos de *universidad* operan con una comprensión excesivamente limitada de la tarea de educar, la cual aparece concebida, casi, como un entrenamiento

en el uso de ciertos métodos para manejar con provecho una realidad social y humana plana y gris, de hombres reducidos a su sola condición de compradores y vendedores. Al asumir su tarea de ese modo, la universidad renuncia a la reflexión y la crítica, que, lejos de ser consideradas como su deber esencial, pasan a ser temidas como un obstáculo al progreso material y como una incomodidad para la moral establecida. Como consecuencia de lo anterior, la investigación y la ciencia misma quedan impedidas de existir y son reemplazadas por un saber instrumental que no se piensa a sí mismo y que, por tanto, es inservible para el conocimiento de nosotros mismos y de quienes nos rodean.

Ahora bien, si hemos reconocido que la misión de la universidad es la búsqueda constante y desinteresada de la verdad, hay que añadir que esta no solo se despliega en el ámbito teórico, sino que debe proyectarse también hacia la comunidad. En efecto, la universidad solo realiza su *ethos* particular cuando el conocimiento se expresa en saberes conducentes al mejoramiento material y espiritual de su sociedad. Ello quiere decir que debemos aspirar, sí, a alcanzar un saber sólido y profundo, pero teniendo plena conciencia de que la excelencia académica solo estará justificada si los profesionales que formamos asumimos la *responsabilidad de saber* y se comprometen con su sociedad y con las personas que en ella habitan. Es necesario, por tanto, reafirmar la dimensión moral que viene aparejada al quehacer científico mismo; es decir, retomar la aventura del conocimiento como una forma privilegiada a través de la cual el hombre conquista su plena humanidad.

Hemos hablado de un compromiso con la sociedad y es necesario que reflexionemos sobre la forma adecuada de definirlo. En rigor, dar expresión concreta a ese compromiso implica acceder a otro aspecto de la verdad. Me refiero a esa verdad histórica, relativa a la existencia particular

de las diversas comunidades, esa verdad que nos enseña que no todas las sociedades son iguales, que cada una de ellas enfrenta diversos apremios y exigencias. El profesional, el científico y el humanista tienen la obligación de preguntarse, también, sobre las verdades acuciantes de su sociedad, y definir sus compromisos en correspondencia con ellas.

La gravedad de los problemas que enfrentamos en el Perú nos autoriza a decir que entre nosotros el primer deber del profesional, más que técnico, es político y moral. Acostumbramos definir nuestras grandes metas sociales en relación con el desarrollo. Y sin embargo, una mirada valiente a la realidad de nuestro país nos conduce a reconocer que, junto con aquellas, tenemos otro desafío más elemental que afrontar, como es la constitución de una sociedad verdaderamente humana, donde el desprecio, la marginación y el maltrato a amplios sectores de la población no sea la norma, sino una vergonzosa excepción.

Esa convivencia tiene una expresión muy concreta cuando se habla de una comunidad política: se trata de defender y difundir la ciudadanía, ese estatus que en teoría es universal para todos quienes viven en una democracia, pero que entre nosotros resulta un privilegio del que solo una pequeña porción de los peruanos disfruta a plenitud.

Así, cuando hablamos de remitirnos a la verdad como fundamento de nuestros esfuerzos y acciones, tenemos como horizonte, también, esa verdad social y moral que, según una vigorosa tradición filosófica, interpela a nuestra razón práctica, aquella concernida por la justicia y la moralidad de nuestras relaciones.

Y en el Perú, lo hemos dicho ya, son verdades amargas, algunas de ellas difíciles de soportar, las que debemos recuperar y poner en el centro de nuestras preocupaciones si queremos tener un destino como nación. Hablo, por supuesto, de la espantosa privación material en la que sobreviven la mayoría de nuestros compatriotas; hablo de las profundas heridas que se derivan del desprecio social enraizado en nuestra vida

cotidiana; hablo, sobre todo, de una muy reciente historia de violencia y de crímenes inauditos que no hubieran sido posibles si al menos todos los peruanos nos consideráramos como seres humanos con derechos semejantes.

Habrá siempre quienes, por ignorancia u obedeciendo estrechos intereses, nieguen la importancia de conocer esa verdad histórica para la edificación de nuestro futuro. Habrá quienes pretendan que el desarrollo de nuestra nación puede prescindir de un examen de conciencia del que, inevitablemente, resultará un conocimiento descarnado de los graves defectos de nuestra comunidad humana. Habrá, por último, quienes acantonados en un estrecho positivismo —aquel que solo reconoce certidumbres en lo relativo al mundo material— negarán que pueda accederse a esas verdades de nuestro ser social y afirmarán que lo único que podemos conseguir son opiniones de parte, ninguna más valiosa que la otra.

Frente a esas formas del escepticismo y de la indiferencia, es obligatorio proclamar la posibilidad y la necesidad de la verdad, una verdad que no es, ciertamente, la de los fenómenos de la naturaleza y que no se expresa en leyes mecánicas ni en perfectos silogismos; antes bien, ella es una certidumbre sobre nuestro quehacer que procede de una prudente confrontación entre los hechos que averiguamos metódicamente y los valores morales que profesamos. El juicio que nos merezca nuestra sociedad y los compromisos que, por consiguiente, asumamos frente a ella, nacen de esa conjunción entre lo que *es* y lo que *debe ser* de acuerdo con nuestra conciencia moral. Y si en esa dimensión de la verdad podemos internarnos asistidos por esa conciencia y ejerciendo nuestra facultad de juzgar es porque sabemos que en el centro de ella no existen leyes mecánicas o impersonales, sino la libre voluntad humana de obrar, que es el punto de partida de toda reflexión moral.

Así, pues, formar profesionales o convertirse en un profesional, cualquiera sea el campo que hayamos escogido, difícilmente será una conquista valiosa y verdaderamente significativa si se prescinde de una educación en la *responsabilidad de saber*; es decir, si no se enseña y no se aprende que nuestro primer deber —en las particulares condiciones de la realidad peruana— es convertirnos en ciudadanos y empezar a reconocer como tales en sentido pleno a quienes nos rodean. Y esto, que en algún caso podría sonar a divagación teórica o a simple discurso de ocasión, se convierte en acuciante convicción cuando, en vez de cerrar los ojos sobre el pasado reciente, miramos de frente todos los sufrimientos, las torturas, las vejaciones y la muerte sufrida por miles de seres humanos humildes de nuestro país por obra del fanatismo y del desprecio.

En este claustro reconocemos, pues, como nuestro deber esencial, formar no solamente profesionales competentes, sino también, y en primer lugar, ciudadanos plenos. Y al mismo tiempo somos conscientes de que asumir radicalmente ese papel en el Perú implica contraer una responsabilidad que puede resultar abrumadora. Ser ciudadano entre nosotros no equivale únicamente a conocer y disfrutar de los derechos propios y aprender a respetar los ajenos. Si realmente tenemos en cuenta la verdad histórica de nuestro país —aquella que estudiamos en las aulas, pero que encontramos a cada paso si tenemos voluntad de mirar y comprender— sabremos que ser ciudadanos en el Perú exige valor, energía y sobre todo un sólido compromiso con nuestros semejantes, con esa mayoría de peruanos secularmente excluidos de la protección del Estado, de la atención de la comunidad política, del disfrute de la riqueza social e incluso de la consideración de sus compatriotas. Implica, pues, aprender a alzar la voz, no por interés propio sino pensando en el bien común; implica comprender que tras todo privilegio inmerecido que aprovechamos puede existir la postergación o la negación del derecho

de alguna persona; implica, en suma, realizar un aprendizaje radical de la igualdad, tan difícil en una sociedad donde la jerarquía forma parte del sentido común y de la cultura oficial.

Es cierto: la desigualdad y, por tanto, la marginación, están arraigadas en la experiencia corriente de todos nosotros. ¿Dónde podemos, entonces, llevar a cabo esa ruptura, esa revolución moral indispensable para la ciudadanía? No cabe duda de que la universidad, si es fiel a su *ethos* histórico y por tanto practicante de una genuina voluntad de saber, se convierte en el terreno indispensable e insustituible para hacer germinar esa semilla, y así lo entiende la Universidad Católica. Nuestra Casa, en efecto, quiere ofrecer al país ciudadanos comprometidos, difusores a su vez de ciudadanía, y en esa tarea nos vemos asistidos no solamente por nuestras convicciones intelectuales, por las verdades que somos capaces de aprehender con nuestro solo intelecto y nuestra afectividad, sino también por esa verdad fundamental y poderosa que, para los cristianos, procede de la Revelación del mensaje evangélico y sostiene nuestra Fe. *Para tener una conciencia recta* (1 Tim 1, 5), *el hombre debe buscar la verdad y debe juzgar según esta misma verdad*, dice Su Santidad Juan Pablo II en la Encíclica *Veritatis Splendor*. Y eso —la búsqueda de nosotros mismos en las verdades del mundo y en último término en la transparencia de la Verdad divina a la que nos acerca la fe— es lo que ofrecemos y entregamos a los jóvenes que vienen a nuestro claustro.

Al iniciar un nuevo año académico, nos es grato renovar nuestro compromiso con los grandes principios de nuestra institución. Nuestra tradición de tolerancia y pensamiento libre, nuestra convicción de que el saber que cultivamos con ahínco trae consigo grandes responsabilidades, nuestra determinación de formar y formarnos como profesionales y ciudadanos genuinos, nuestra consideración del otro —en el que Dios se

anuncia— como prójimo que da razón a mi fe, que alienta mi esperanza y que interpela mi caridad. Todo ello, en suma, forma parte de nuestra identidad y es la razón de ser de todos nuestros proyectos.

Con el deseo de que en este año sepamos concretarlos, y pidiendo a nuestro Señor que proteja y acoja nuestros esfuerzos, declaro inaugurado el Año Académico 2003.

11 de abril del 2003

AÑO ACADÉMICO 2004

Señores vicerrectores, señores decanos y jefes de departamento; señores profesores, alumnos y egresados; miembros de nuestra comunidad universitaria:

Iniciamos hoy de manera oficial el año académico 2004 y se trata, como es natural, de un inicio que guarda al mismo tiempo visibles semejanzas y notorias diferencias respecto de los vividos en los años precedentes. Las similitudes se encuentran definidas por nuestra identidad institucional, una personalidad colectiva que nos congratulamos de hallar cada vez más robusta, cada vez más madura y, sin embargo, siempre lozana. Así, encaramos otra vez el inicio de este año con la intención renovada de mantener y mejorar la calidad de nuestras actividades académicas y de formación humana y, tan importante como eso, con la decisión de fortalecer y hacer cada vez más fructífero nuestro servicio al país. De otro lado, y sin que ello signifique paradoja, este punto de partida es para nosotros diferente de los anteriores, porque, por mandato de nuestra identidad, hoy albergamos nuevos proyectos e intenciones, nos planteamos metas más altas y enfrentamos con la misma seriedad desafíos distintos, no solamente de orden institucional, sino también de naturaleza nacional. No puede ser de otro modo, desde luego, para una institución que, como la Pontificia Universidad Católica del Perú, define su vida como una búsqueda constante —pues ese es el camino del saber— y asume como horizonte de sus preocupaciones más apremiantes el carácter de la vida nacional y, con él, sus problemas y posibilidades.

Deseo, pues, al dirigirles estas palabras reafirmar nuestras convicciones institucionales y razonar sobre la sustancia honda de los compromisos de la Universidad Católica como entidad de educación superior que se siente comprometida por igual con sus estudiantes y profesores y con las necesidades y metas del país entero.

No obstante, al iniciar estas reflexiones, caigo en la cuenta de que podría resultar artificioso —y quizás, incluso, presuntuoso— de mi parte el dejar de mencionar de qué modo esta ocasión se encuentra rodeada de circunstancias muy particulares para quien les habla. En efecto, concluye en los próximos meses una etapa de diez años en que he tenido la responsabilidad y a la vez el privilegio de dirigir, como rector, esta Casa de Estudios donde obtuve mi formación humana e intelectual fundamental y a la cual se encuentra ligada tan estrechamente mi vida profesional, académica e incluso afectiva y familiar. No deseo, pues —no podría, en realidad—, ocultar la emoción con la que vengo a ofrecer este mensaje, en el cual deseo, a la vez que reafirmar y sugerir el rumbo de nuestra institución, iniciar el recorrido del inagotable camino de la gratitud humana por los dones y favores recibidos. Permítanme, pues, empezar a decir gracias —muchas gracias— a todos quienes desde una u otra posición hicieron posibles los méritos y los logros que pudieran haber tenido las dos gestiones rectorales que se me confiaron y que en pocas semanas llegarán a su fin.

Una década de transformaciones

Ya lo he recordado: la inauguración del año académico constituye por tradición, y porque así lo manda el carácter especial de la ocasión, un momento propicio para reafirmar nuestra identidad, para renovar nuestros lazos comunitarios y para confirmar nuestra adhesión a los principios que dan sustancia a nuestra vida institucional. En una Casa de Estudios como la nuestra, que proclama como fuentes de su acción la fidelidad a sus tradiciones y la incesante proyección hacia el futuro,

probablemente la mejor manera de reafirmar esos lazos y esa adhesión sea el recapitular las experiencias vividas y recuperar las lecciones que ellas nos dejan, por un lado, y el enunciar nuestras metas en el año que comienza, por el otro.

En esta ocasión, he de pedirles su indulgencia para remitir la memoria de lo vivido no al año que nos antecede, sino, más bien, a los dos períodos de gobierno universitario que pronto concluirán, una etapa que iniciamos con una idea general, que era al mismo tiempo compromiso, deber e ilusión: la transformación de nuestra Universidad para ponerse a la altura de los nuevos desafíos mundiales, regionales y nacionales y para, de ese modo, seguir siendo una voz relevante en la vida del país y un apoyo seguro a la hora de enfrentar los miles de retos que asedian al Perú al iniciarse el siglo XXI.

Al cabo del tiempo, creo no incurrir en presunción vana ni en optimismo infundado si considero que el equipo de gobierno universitario —dentro del cual deseo expresar mi infinita gratitud a los dos vicerrectores que me han acompañado, el ingeniero Luis Guzmán-Barrón y el doctor Marcial Rubio Correa— honró decorosamente su palabra, promoviendo cambios en nuestros programas de estudios, abriendo las puertas y ventanas de nuestra Casa, extendiendo sus brazos a nuestra sociedad y haciendo oír su voz —sin estridencias pero con firmeza— cuando ello era necesario para nuestra comunidad nacional. Fueron, en efecto, muchas cosas las que proyectamos realizar y que en efecto abordamos. Sería, por supuesto, impertinente referirme aquí a todas ellas. Y sin embargo, porque la memoria de lo vivido es tan necesaria para las instituciones como lo es para las personas, me animo a presentarles una muy breve síntesis de lo emprendido en los últimos diez años.

La universidad que tuvimos el honor de recibir en 1994 era ya una organización madura. Consolidada como una institución seria, acababa de inaugurar su Centro Cultural en San Isidro y alentaba aquí, en el fondo

Pando, el desarrollo de no pocas carreras profesionales. Las maestrías empezaban a asomar en número creciente gracias a la iniciativa de los departamentos académicos y a un marco legal estable. La investigación ocupaba igualmente a profesores y estudiantes, así como también el trabajo constante de proyección social. Fiel a su tradición de cultivar las ciencias y las letras, buscaba adaptarse además a las exigencias del mundo moderno, incorporando progresivamente los equipos informáticos en la tarea académica y en el quehacer administrativo. Consciente de la necesidad de vincularse más estrechamente con la sociedad y en especial con el mundo de la empresa, se preocupaba asimismo en impulsar los avances de su Centro de Servicios y Transferencia Tecnológica – CTT.

En toda entidad educativa, el crecimiento del alumnado y el incremento de su infraestructura son referentes claros de su salud institucional. Durante el período 1994-2004, la matrícula de nuestros alumnos ordinarios aumentó de 11 600 a 17 500, hecho que implicó una extensión de nuestra infraestructura que, solamente en nuestro campus, alcanza hoy los 44 mil metros cuadrados de nueva área construida. A ello debemos añadir los recintos adquiridos o levantados en otras zonas de la ciudad, entre los que destaca, ciertamente, el local en el distrito de Surco destinado a CENTRUM, nuestra Escuela de Negocios.

Ya sea con edificios nuevos o con ampliaciones de los existentes, la construcción ha sido una labor constante que ha hecho posible no solo ofrecer pabellones para unidades antiguas y nuevas, como Letras y Ciencias Humanas, y Arquitectura y Urbanismo, sino ensayar maneras creativas de organizar los espacios como los pabellones de uso simultáneo.

Un reciente esfuerzo en este orden de la vida universitaria lo constituye el Coliseo Polideportivo, un recinto capaz de albergar a cuatro mil personas y que, como su nombre lo indica, se destinará fundamentalmente a las actividades deportivas, pero servirá también como sede para importantes actos institucionales, académicos y culturales.

Si bien en los últimos treinta años nuestro crecimiento ha sido constante en cuanto a infraestructura y alumnado, ello no debe distraernos de una cuestión fundamental como es el cambio cualitativo que estas cifras expresan. En efecto, lo que ese crecimiento nos dice es que nuestra Universidad ha consolidado su primacía entre las instituciones educativas de nuestro país.

La expansión mencionada puede y debe ser vista como la consecuencia de una serie de decisiones en el ámbito académico y administrativo que nos permiten hablar de un desarrollo institucional iluminado por un plan estratégico que por primera vez fue concebido por la comunidad universitaria en su conjunto. Y no podía ser de otra manera, pues las continuas transformaciones que caracterizan la hora presente nos forzaban a señalar un rumbo preciso en el camino que transitábamos, rumbo que sintetizamos en la expresión “formación integral en tiempos de cambio”.

Con una misión y metas claras, nuestra casa emprendió la tarea de abrir nuevas especialidades de pregrado. Así, al amparo de una nueva facultad, las cinco carreras profesionales que conforman las Ciencias y Artes de la Comunicación empiezan a mostrar hoy sus peculiaridades y potencialidades dentro y fuera de nuestro campus. En esta misma perspectiva, la nueva Facultad de Arquitectura y Urbanismo nos señala la riqueza de una formación que unifica los aportes de las ciencias exactas, las ingenierías, las ciencias sociales, las humanidades y las artes.

Tres facultades revelan, de otra parte, una reacción atenta a los cambios. Ingeniería suma a sus seis especialidades ya existentes la de Ingeniería de las Telecomunicaciones; en igual dirección se viene afinando el proyecto de constituir la especialidad de Mecatrónica. La Facultad de Letras y Ciencias Humanas, por su parte, ofrece ya, desde el primer semestre del año pasado, la nueva especialidad de Geografía y Medio Ambiente. Ciencias Sociales, finalmente, ha iniciado con renovados bríos los

estudios en Ciencia Política y Gobierno, primero colaborando con los esfuerzos de la Escuela de Graduados para establecer y consolidar los estudios a nivel de postgrado y, recientemente, anunciando el inicio de los estudios de pregrado a partir del 2005. Del mismo modo, nos aprestamos a desarrollar con vigor el área de la administración, concebida como gestión en una Facultad de Gestión y Alta Dirección, al mismo tiempo que robusteceremos nuestros estudios de Contabilidad proyectándolos hacia los temas de auditoría y finanzas.

Si por un lado quisimos mejorar y ampliar nuestra atención a estudiantes de pregrado, por el otro creímos fundamental robustecer especialmente los estudios de postgrado. No creo exagerar si afirmo que nuestra Universidad ha conocido en estos diez años un verdadero auge durante el cual se han creado una veintena de maestrías y cinco doctorados, estos últimos en Derecho, Filosofía, Antropología, Matemáticas y Administración Estratégica de Empresas, y todos ellos en el marco de la Escuela de Graduados, que ahora ya supera con largueza el millar de alumnos.

El desarrollo institucional que comentamos no se ha producido únicamente en el campo de la enseñanza. La investigación ha entrado también en ebullición. Al Centro de Estudios, Investigación y Difusión de la Música Latinoamericana debemos sumar en estos diez años el Instituto de Estudios Ambientales, el Instituto para la Calidad, el Centro de Innovación y Desarrollo, el Instituto de Estudios Europeos, el Centro para el Magisterio Universitario (MAGISPUCP), el Centro de Tecnologías Avanzadas de Manufactura (CETAM), el Centro de Análisis y Resolución de Conflictos (antes Centro de Conciliación y Arbitraje), el Centro de Negocios de la Universidad (CENTRUM), el Centro de Investigación, Capacitación y Asesoría Jurídica, el Centro de Investigación de la Arquitectura y la Ciudad y, muy recientemente, el Instituto de Democracia y Derechos Humanos y el Centro de Estudios Filosóficos.

Centrada en la labor de los profesores, la investigación constituye también un ejercicio constante entre los estudiantes, sea como parte de las tareas

de un curso —como en el caso de los robots que construyen los alumnos de Electrónica—, sea como actividades extracurriculares —como en los numerosos coloquios de estudiantes que convoca la Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

Ya lo hemos dicho: nuestra Universidad se define por su búsqueda incesante del conocimiento y por la constante renovación de sus metas. De acuerdo con ello, nuestra casa de estudios se lanzó en la última década a la conquista de dos nuevos ámbitos: la educación continua y la educación a distancia, para extender los beneficios de la educación universitaria a un público más amplio que aspira a prolongar y renovar su formación, ya sea que se encuentre en nuestro campus o muy lejos de él, ya sea que se trate de jóvenes graduados que aspiran a nuevas calificaciones o de adultos mayores que redescubren con lozanía la vida académica en la Universidad de la Experiencia.

La ejecución de la mencionada modalidad a distancia no sería posible, hay que subrayarlo, sin el concurso de la Dirección de Informática, unidad de apoyo que viene transformando el trabajo universitario a través de la Intranet, hoy llamada PUCP Virtual. Junto a este cambio tecnológico, se ha hecho necesario crear la Oficina de Comunicación Digital, a fin de darle un mayor sentido “comunicacional” al cada vez más importante sitio web de la Universidad, que hoy sobrepasa las mil quinientas páginas.

Una dimensión crucial en el quehacer universitario y que explica en parte todo este desarrollo institucional es la selección y admisión de sus estudiantes. La creación de la Oficina Central de Admisión constituyó una respuesta a los tiempos nuevos en los que una competencia descarnada, al amparo de una nueva legislación permisiva, nos puso frente a proyectos institucionales universitarios que hemos recusado públicamente por supeditar los altos valores universitarios y la función social de la universidad al frío cálculo del costo y el beneficio.

Este escenario, como señalaré más adelante, ha sido motivo de permanente preocupación y nos ha movido a perfeccionar nuestros procesos de admisión. De esta forma han surgido el Ciclo Inicial, el examen La Primera Opción y una renovada versión de los exámenes tradicionales de admisión, ahora denominados Evaluación del Talento.

La imagen de la Universidad no ha estado al margen de las deliberaciones en el seno del Consejo Universitario. Quienes me han acompañado en la dirección de la Universidad como miembros del Consejo Universitario han tenido en perspectiva que nuestra Casa debía convertirse en un foro académico competente en los más diversos campos del saber y, simultáneamente, en un vocero reflexivo y crítico de la realidad nacional.

En la dirección señalada, se entendió necesario establecer ante todo una Oficina de Imagen Institucional que, aportando conocimiento técnico y gestión ejecutiva de alta calidad, reforzara nuestros vínculos con la sociedad y sus instituciones. Con este mismo fin, se creó una Oficina de Protocolo dependiente del Rectorado.

Atenta, pues, a las necesidades de la nación, nuestra Casa ha asumido intensamente la responsabilidad de comunicar su contento o su desazón de maneras diversas y apropiadas en cada caso.

Así, en el plano de la excelencia, ella ha conferido en la última década quince doctorados *honoris causa* y veintinueve profesorados honorarios a personalidades peruanas y extranjeras; también ha reconocido a doce nuevos profesores eméritos y ha creado la Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac SS.CC., para distinguir a las personas que se destacan por sus aportes a la vida nacional en el orden de la creación intelectual y la difusión de valores cívicos y morales. De manera complementaria, en el ámbito de la vida nacional, en repetidas oportunidades nuestra Casa ha debido pronunciarse públicamente sobre los momentos lamentables o críticos, cumpliendo así con el imperativo moral de ser conciencia cívica para el país.

Un tema vinculado con la imagen institucional es el de la relación con nuestros egresados y graduados. Mucho del prestigio de nuestra Casa se debe a la alta competencia de nuestros ex alumnos en instituciones públicas y privadas. Por ello se tomó la decisión de fortalecer los lazos con la asociación que los agrupa y contribuir a sus fines en tanto miembros de la comunidad universitaria. En este sentido, se están dando pasos acelerados para que la presencia de los graduados en los órganos de gobierno de la Universidad sea pronto una realidad.

Las universidades en general y la nuestra en particular han tenido siempre presente la necesidad de mantener contacto con sus pares. Sin embargo, en los últimos años nuestra Casa ha desarrollado una especial vocación por las vinculaciones interinstitucionales, pues entiende que el saber y el progreso de la ciencia no se pueden circunscribir a un país y menos a una solitaria institución universitaria. Consecuencia de ello es la cantidad sostenidamente creciente de convenios suscritos en los diez años que comentamos, superior a los seiscientos cincuenta. Entre ellos, debemos destacar que las dos terceras partes de los acuerdos internacionales han sido celebrados con casas de reconocido prestigio.

Otra faceta importante y un claro reconocimiento a nuestra institución, antes que a mi persona, ha sido mi elección, por dos períodos consecutivos, como presidente de la Unión de Universidades de América Latina – UDUAL, asociación que agrupa a más de 150 instituciones de educación superior en la región.

No obstante lo dicho, la internacionalización es una estrategia sobre la que existe todavía mucho por hacer, en particular en lo referente a la acreditación internacional, única forma de tener verdadera presencia en el contexto supranacional. Con vistas a ello, la Oficina de Promoción y Desarrollo ha sido sustituida, desde el 2001, por la Dirección de Relaciones Internacionales y Cooperación.

Otro motivo de preocupación constante en esta década ha sido la mejora de las condiciones administrativas en nuestra universidad. Gracias a los avances en informática, los procesos académico-administrativos en las unidades y en la administración central caminan hacia la homogeneidad y automatización plena, reduciendo tiempos y costos. Un ejemplo palpable lo hallamos en el proceso de matrícula que, gracias a PUCP Virtual, se puede realizar hoy desde cualquier parte del mundo, lo que ha hecho posible olvidar las largas colas que solían formarse durante los días de matrícula.

En el plano del personal, la política remunerativa ha permitido conservar el poder adquisitivo de los trabajadores y en los últimos años empezar una política de franca mejora en los haberes de los docentes, particularmente de los de tiempo completo. Esto, ciertamente, exige un manejo mucho más eficiente de los recursos y la disposición de información pertinente para la toma de decisiones. En esa medida, el establecimiento del Sistema de Información Contable y Presupuestal, SICOP, y la determinación de contar con un presupuesto institucional que rija anualmente a la Universidad son medidas dirigidas al logro de dicho propósito.

En general, la implementación del plan estratégico y el desarrollo institucional que hemos descrito han demandado la transformación de la administración central y la generación puntual de oficinas que contribuyan a proporcionarnos una institución más ágil y moderna.

Quisiera señalar un último tema al que nuestra gestión ha dado un especial impulso. Ante las ciencias y las letras, escenarios propios de nuestra Universidad, a los que los años sesenta y setenta sumaron los de las ciencias sociales, este tiempo de cambios abrió las puertas de nuestro Claustro hacia diversas manifestaciones del arte.

Una de ellas es el teatro, que hemos alentado tanto en el orden formativo como en el de la actividad pública. A las iniciativas que el Centro Cultural ha liderado, brindando hospitalidad o promoviendo directamente el montaje de obras, debemos sumar el aporte de la especialidad de Artes

Escénicas. Junto a ellos, hay que destacar el relanzamiento del Teatro de la Universidad Católica, entrañable unidad que tanto brillo ha dado a nuestra Casa en más de cuatro décadas de existencia.

Haber mencionado al Centro Cultural en su labor teatral nos recuerda inmediatamente a esa séptima expresión del arte a la que hemos dado acogida también en el período reseñado. Gracias a la pujanza del Centro Cultural, *elcine*, nombre con el que convocamos al encuentro latinoamericano del arte cinematográfico en Lima, ha adquirido nombradía en el ámbito internacional y ha lanzado ya su octava convocatoria para el presente año 2004.

Al lado de estas actividades, debemos contar, cómo no, a la música. Ella encuentra nuevos espacios en nuestro claustro bajo la batuta diestra del Centro de Estudios, Investigación y Difusión de la Música Latinoamericana, que nos asegura un momento de música culta cada jueves cultural y que ha sabido congregarse a manifestaciones tan propias como el Coro Femenino, el Coro de Madrigalistas, el Cuarteto de Guitarras Aranjuez, el Conjunto de Música Antigua y el Cuarteto de Cuerdas Lima.

Paralelamente, en el tiempo que comentamos, la danza ha ocupado un lugar especial en nuestra universidad, gracias al trabajo tesonero del Centro de Música y Danzas Peruanas, CEMDUC, y al Grupo de Danza Contemporánea de la Universidad, *Andanzas*.

La literatura, finalmente, ha merecido también un espacio propio entre nosotros. Junto a las publicaciones académicas, usuales y crecientes año tras año, el Fondo Editorial y el propio Rectorado han impulsado la publicación de colecciones literarias de difícil o escaso acceso. La obra completa de Vallejo y la colección *El manantial oculto* son dos ejemplos de ello.

Todos los ámbitos que hemos mencionado le han proporcionado y le ofrecen cotidianamente a la Universidad un valor distinto y un servicio adicional a la sociedad, el de ser una instancia viva que preserva y alienta

el cultivo no solo de las artes plásticas y las letras, sino de las expresiones artísticas en general.

Son, pues, muchas y variadas las iniciativas emprendidas y llevadas a buen resultado en estos años. Y si por un lado cabe congratularnos por estos logros colectivos, que hubieran sido imposibles sin la dedicación y la excelencia de todos los miembros de nuestra comunidad, por otro lado es imperativo preguntarnos por el sentido profundo de todo cuanto hemos emprendido y obrado. Nada puede resultar más perjudicial para una institución como la nuestra, en efecto, que ceder a un simple impulso por hacer y crear sin causa reconocible o sin propósito moral de altura que justifique nuestros esfuerzos. Entre la dispersión y el desarrollo, entre el crecimiento inercial y la maduración de una voluntad que se afirma, hay abismos de distancia que no podemos permitirnos desconocer.

Una de las mentes más lúcidas y sensitivas del siglo xx, el poeta T. S. Eliot, escribió: “Tuvimos la experiencia, pero extraviamos el sentido / Un acercamiento al sentido recupera la experiencia”. Él hablaba, como sabemos, de una turbia realidad general, de las tribulaciones de una civilización prisionera de un secularismo ingenuo, reducida a la banalidad de la experiencia histórica, lo mismo que a la inanidad de la vida cotidiana. Pero es dable —de hecho, ahí reside la fuerza de la genuina poesía— aplicar esa amonestación general a nuestras realidades particulares para decir —para decirnos— que es una tarea ineludible de nuestra Casa rescatar en todo tiempo y circunstancia el sentido profundo de su obrar.

Así, no deseo hoy limitarme a relatar la experiencia que durante diez años hemos compartido; aspiro, también, a que examinemos juntos el significado del camino recorrido. Y, puesto ante esa tarea, me animo a afirmar, sin temor a caer en redundancia, que el núcleo moral de nuestros empeños prácticos no ha sido otro que el de preservar y fortalecer el

sentido de nuestra misión como universidad —esto es, como casa atenta al universo del quehacer y del destino humano— colocando en el centro de ese esfuerzo la defensa de la palabra, esto es, el rescate de la acción humana con sentido y del diálogo razonable como vía para la convivencia y el bienestar en nuestra patria.

Sabemos que la pérdida del valor de la palabra es uno de las grandes calamidades de nuestro tiempo. Ello es cierto no únicamente para nuestro país, sino también para el escenario mundial. Entre la mentira y el cinismo, entre la voluntad de destrucción alimentada por ambiciones y fanatismos y la simple banalidad de la cultura del entretenimiento masivo, las promesas de una vida mejor para todos en este siglo que comienza se ven una y otra vez defraudadas, desmentidas por guerras innecesarias y colosales escándalos de corrupción, y sin embargo, lo sabemos, es nuestro deber perseverar con tenacidad —con terquedad, inclusive— en la defensa del valor de las palabras, que es tanto como decir, al fin y al cabo, la defensa de la verdad.

No es ocioso, en este punto, que reflexionemos brevemente sobre las razones por las que esa defensa es responsabilidad principal de nuestra Universidad, porque en la defensa de la verdad se expresa, en primer lugar, nuestra fidelidad a los compromisos que tenemos contraídos con nuestra sociedad.

Lo hemos dicho en varias ocasiones previas similares a esta y ahora es momento de repetirlo: la universidad es el recinto de la palabra, porque su misión es la creación, acumulación y transmisión del conocimiento humano. Nada, ni edificios ni maquinarias, ni paredes ni equipos, puede sustituir entre nosotros, universitarios, el poder del discurso compartido y del diálogo, incluso la discusión, de buena fe. Podemos imaginarnos la enseñanza y el aprendizaje desprovistos de todo recinto material —y ahí está, en el origen de nuestra tradición, el sabio peripatético impartiendo sus lecciones y sus dudas en un paseo con sus discípulos— pero sí es un

contrasentido practicar la vida universitaria ahí donde la fe en las palabras se ha perdido y donde el discurso —ese vehículo de nuestra inteligencia y de nuestros afectos— se ha pervertido en mentira y fraude o se ha adelgazado hasta convertirse, apenas, en lenguaje instrumental, propio para manuales de este o aquel aparato, pero no para la creación de relaciones humanas.

Ahora bien, si el cultivo y la defensa de la palabra con sentido son una obligación genérica nuestra en tanto universidad, ambos constituyen también un deber particular, en tanto que institución que se reconoce y se proclama católica y que, en cuanto tal, busca y encuentra su camino y su inspiración en las Sagradas Escrituras. Ellas, precisamente, nos enseñan en el libro del Génesis que en el principio era el Verbo. Y es en ellas, asimismo, donde encontramos esta revelación insuperable: el primer mandato conferido por Dios al hombre fue el de nombrar a las cosas. La Palabra, que es *logos* o sentido, se constituye así en el origen del universo y se sitúa en las raíces de la existencia humana en cuanto experiencia que es al mismo tiempo terrenal y trascendente. Por ello, no hay pueblo sin lenguaje, como no hay lenguaje que no consienta un acercamiento al sentido del mundo y de la existencia.

Pero ella, la Palabra, no es para los católicos solamente vehículo del conocimiento y de la humanización del mundo por mandato de Dios. Ella es, también, fundamento de nuestra comunidad, cimiento de nuestra existencia como criaturas de un mismo Creador y, por lo tanto, como hermanos en el mundo que fuimos invitados a cohabitar. Es cierto: ella, la Palabra, es nuestro lugar común, el espacio de nuestro encuentro; es el bien supremo que compartimos en la comunión, ese acto que rememora y, más que eso, restituye y actualiza la unidad del Verbo y de la carne.

Al hablar del deterioro de la palabra en nuestra patria y de la necesidad de restituir su significado, viene a nuestra mente, en primer lugar, el

bochornoso régimen político que una considerable porción de nuestra población aceptó o toleró en la última década del siglo xx. Hoy, a casi cuatro años de acabado ese Gobierno, todavía se sienten en nuestra vida nacional las secuelas de la descomposición moral que en ese entonces llegó a sus niveles más bajos. Lo vemos en el Congreso de la República, aún hoy preso de la irrelevancia y de la desfachatez, y quizás no sea una burda ironía hacer notar que esa institución que debería ser pilar de nuestra democracia, y que hoy es albergue de demagogia y discursos huecos o mendaces, recibe también el nombre de Parlamento, es decir, de *casa de la palabra*. Pero esa misma degradación la encontramos en muchos otros espacios de nuestra vida pública, en los usos cotidianos de nuestra cultura, como lo muestran día tras día las emisiones de los canales de televisión donde los peruanos recibimos, en lugar de información seria para la formación de una opinión sólida, continuas raciones de mediocridad, frivolidad y chabacanería, justificadas por los apetitos comerciales de sus gestores y dueños.

Sería, sin embargo, engañoso reducir la degradación cívica y moral de nuestra Nación a los sucesos de la década del noventa. Lo cierto, hemos de reconocerlo, es que ella comenzó antes y solo encontró su expresión más descarnada en los últimos años del siglo XX. Esa debilidad de nuestro diálogo civil se encuentra, en rigor, en la raíz de la crisis general y permanente de la democracia en el Perú, siempre en trance de recuperación y siempre tropezando con fracasos a los que no acertamos a poner nombre definitivo.

¿Cuál es, pues, el nombre de nuestros sucesivos tropiezos como Nación que intenta hacer realidad su vieja promesa republicana? Me atrevo a decir que ese nombre es *insignificancia*: pérdida del sentido, incomunicación entre los peruanos, desapercibimiento de los compromisos que contraemos al dar nuestra palabra como autoridades o como ciudadanos corrientes, sordera ante la interpelación de los demás y sobre todo ante el clamor de los desposeídos y los despreciados, complacencia en el debate

estéril, concentrado más en la interjección y el apóstrofe, acaso en la salida ingeniosa, que en el argumento y la demostración.

Es en esa insignificancia donde hay que buscar, pues, los más graves obstáculos a la marcha de nuestra Nación. Ahí se podría encontrar, por lo pronto, la raíz de nuestra atribulada y frustrante pugna por el desarrollo, lucha angustiosa y al mismo tiempo inconducente por la falta de entendimiento de nuestra comunidad política y la consiguiente ausencia de metas claras, aceptadas y queridas por electores y autoridades. Arruinado el diálogo cívico, nuestros canales para tomar decisiones públicas claras resultan, en efecto, precarios y, sobre todo, equívocos, es decir, remitentes no a uno sino a varios sentidos posibles, según la interpretación de cada quien, y por lo tanto inútiles para la formación del consenso y para la unión de fuerzas y voluntades.

Por lo demás, si esa carencia de significado tiene efectos penosos en nuestra procura de desarrollo y bienestar, ella se ha manifestado de la manera más trágica en las dos últimas décadas del siglo xx, cuando 70 mil peruanos murieron por efecto de la violencia y, en última instancia, por esa forma radical de la incomunicación que consiste en no reconocernos unos a otros como seres humanos dotados de igual derecho a la vida y a la dignidad.

Así, si el desarrollo reclama de nosotros, además de competencias técnicas, una restitución del diálogo razonable y razonado entre peruanos, la defensa de los derechos humanos nos exige, además de una puesta al día de nuestro orden jurídico y nuestro sistema judicial, una recuperación de otro bien elemental: la mirada humana y compasiva hacia los otros, que a la larga es también la forma de ser humanos y compasivos con nosotros mismos.

Estas observaciones y comentarios tienen un solo norte, señalan en una sola dirección: la impostergable regeneración de nuestro sistema educativo escolar y, en lo que nos concierne, también universitario. Es en este ámbito, en efecto, donde se forma, moldea y potencia la inteligencia de las personas en un sentido específico: inteligencia entendida como la capacidad de captar el sentido de las cosas y hacerse cargo de ellas.

Es terrible, en efecto, para la vida de nuestra Nación, la negligencia con la que sucesivos gobiernos han permitido el desmoronamiento de nuestro sistema educativo en todos sus niveles. Lo es, a tenor de lo dicho, no solamente, y tal vez no principalmente, por la pérdida de competencias técnicas y profesionales que ello ha acarreado, sino también porque ello ha dado como resultado una deshumanización de nuestra sociedad, la atonía de nuestra vida cívica, la descomposición de nuestra política y el quiebre de nuestro mundo de valores. Desprovista de una comprensión básica de la importancia de nuestros asuntos —de lo que *está en juego* en cada caso— nuestra existencia colectiva ha perdido también la agudeza para distinguir lo aceptable o deseable de lo que debería causarnos repulsión. La incompreensión, la banalidad, tienden a colocar todo —actos corruptos, espectáculos groseros, propuestas absurdas o impertinentes— en el mismo nivel que sus contrarios y nos conducen a suspender nuestro juicio moral, nuestra facultad de discernir y escoger lo bueno y conveniente frente a lo que carece de valor permanente.

Lo he recordado antes: frente al sinsentido y la arbitrariedad, frente a la amenaza siempre vigente de la insignificancia, la universidad ha de actuar en todo tiempo y en toda sociedad como el reducto y la fuente de la palabra con sentido. La discusión y la reflexión, el atesoramiento y la transmisión del saber, la construcción de puentes entre la meditación detenida y la acción que avanza están en su naturaleza desde siempre y siendo fiel a esa naturaleza una universidad es, también, leal con la sociedad que la alberga.

Preocupa, por ello, como hemos señalado en ocasiones anteriores, que también la experiencia universitaria haya recorrido caminos inciertos en nuestro país: el abandono de la universidad pública, muestra del desinterés de las autoridades, es uno de ellos; el otro es el surgimiento de un modelo de inspiración pragmática y de perspectivas cortas que alguna vez hemos denominado la *neouniversidad*.

La neouniversidad se constituye, en efecto, a partir del despojo de sentido de la enseñanza. En ella, la búsqueda del saber es sustituida por el culto a una razón instrumental que se rehúsa a todo cuestionamiento. En ese modelo, ya no se trata de formar personas en la plenitud de sus capacidades, sino de promover una educación unidimensional, desprovista de la riqueza y de los matices necesarios para desplegar a plenitud la conciencia del estudiante. Ese espacio de compromiso con el saber que debería ser la universidad queda reducido, así, a una mera relación contractual entre el maestro y el alumno, en donde no cabe el examen de la diversidad del conocimiento y de la realidad humana y donde, por supuesto, tampoco hay lugar para el examen de las consecuencias éticas de la ciencia y del quehacer profesional. En la neouniversidad, la especialización extrema es la norma y, por tanto, en ella la desintegración del conocimiento encuentra un lugar en el cual prosperar. En la neouniversidad, los resultados se miden por su inmediatez y no por su trascendencia y, por ello, lo fugaz es más importante que lo permanente. En la neouniversidad, solo se considera útil lo que rinde dividendos y, por tanto, la ciencia se transfigura en una caricatura de sí misma.

Lo sabemos bien. No es esa la práctica de una universidad auténtica y responsable; mucho menos puede serlo para una universidad que se proclama católica. Entre nosotros, arte y ciencia, método y técnica, están remitidos siempre a una búsqueda del sentido, y por ello, en

nuestra comunidad, el aprendizaje y la enseñanza no se reducen jamás a instrucción y entrenamiento, sino que son, en sentido estricto, educación: formación humana, apertura a la diversidad del mundo, cultivo de la palabra como medio de iluminación de nuestro intelecto, como fuente motivadora de nuestros actos y como alimento constante de nuestra vida espiritual. Y es a ello a lo que en rigor nos referimos al decir que el horizonte de nuestra vida institucional es el humanismo.

No reduzcamos el humanismo a la erudición. Él es, fundamentalmente, una perspectiva ética que antecede al cultivo de la ciencia y de las letras y que los justifica. Practicar el humanismo significa, en efecto, entender que el deber-ser es anterior al ser, asumir la precedencia de los valores frente a los hechos. Sin ese resguardo moral, como se ha visto en el siglo XX, la ciencia corre el riesgo de desprenderse de sus fines verdaderos o, peor aún, de someterse a intereses que la obstruyen y la enajenan. Por el contrario, el conocimiento éticamente conducido, empeñado en aprehender la vastedad y la pluralidad de la experiencia humana, no se inclina ante ninguna consigna, no consiente ninguna restricción y aspira solamente a *hacer bien*.

Así, pues, el saber asumido sin restricciones dentro de una comunidad abierta al diálogo y la formación que atiende a la complejidad de la persona humana, constituyen dos rasgos de la identidad permanente de la Universidad Católica.

Ahora bien, no es sin propósito que he invocado la pluralidad del conocimiento al mencionar el carácter humanista de nuestra comunidad académica. En efecto, si nos reconocemos, según propongo, como buscadores de sentido, es conveniente señalar que esa búsqueda implica abrirse a la admisión de lo diferente en cuanto diferente. Buscar el sentido es comprender que estamos aquí y ahora para dialogar con los demás, incluso si ese diálogo cobra la forma de la discrepancia. El sujeto inteligente —el ser humano habitado por la voluntad de

comprender— jamás se concibe como un colonizador de lo Otro, presto a anular sus particularidades para convertirlo en territorio de conquista de nuestro propio ser, sino, más bien, como un ser hospitalario: como seres inteligentes, como sujetos de comprensión, invitamos a lo diferente —a los Otros— a ingresar en nuestra casa y a formar parte de nuestra conciencia.

Nos hace falta, en el Perú, recuperar o construir ese sentido de lo diferente, esa vocación de pluralidad tan arraigada ahí donde la palabra pública subsiste de manera saludable. No es eso lo que encontramos en nuestra vida común, sino, por el contrario, dos extremos perversos de la pérdida del sentido, como son la intolerancia y la indiferencia. La primera, como sabemos, es un rechazo a toda posibilidad de comprensión, que es desplazada por la negación y la supresión de aquello que, por diferente, hallamos intolerable. La segunda —la indiferencia— no implica rechazo ni supresión, pero no por hábito de tolerancia, sino porque, en el fondo, no nos sentimos concernidos por los otros. La recuperación de nuestra vida cívica exige, pues, la recuperación del diálogo entre seres con voluntad de comprender y a ello quiere contribuir nuestra Universidad en todos sus actos institucionales, tanto en la preparación de profesionales con sensibilidad moral y social, cuanto en la creación de espacios de discusión y encuentro para la sociedad peruana.

La palabra —el lenguaje— tiene una preciosa virtud: ella, él, liberan al ser humano de la prisión del tiempo presente y le permiten regresar al pasado, a la experiencia vivida, para hallarle sentido y así, como dijo Eliot, recuperarla definitivamente. Es lo que he intentado en estos minutos: hacer explícito el sentido de nuestros afanes y logros en una década de transformación y renovación institucional. Pero, así como nos abre las puertas al pasado, el lenguaje nos permite también prever y enunciar

el futuro, concebir y hacer inteligible una visión, dar forma definida y reconocible a nuestras aspiraciones y, en última instancia, proponer y proponernos una guía para nuestras acciones. Proclamando el valor que deseamos realizar y la identidad que queremos conquistar o preservar, ganamos la necesaria ilación para nuestros actos mediatos e inmediatos y así, una vez más, gobernamos mejor nuestras vidas; hacemos de ellas experiencias sensatas, con sentido. Así, si en vísperas de concluir esta gestión rectoral he querido recordar el significado de lo vivido, no puedo concluir sin proclamar el significado de lo deseado para el porvenir de nuestra Casa común, de esta Universidad nuestra que se acerca a sus primeros cien años de vida. Tiempo atrás, en una ocasión similar y a la vez diferente de esta, me permití proclamar las convicciones de nuestra gestión, aquellos valores que la guiaban y que quisimos hacer encarnar en nuestra vida universitaria. Concédanme ahora la posibilidad de describirles, a solo trece años de ese centenario, el arco de mis ilusiones y de mis esperanzas.

Espero ver fortalecida nuestra comunidad universitaria mediante la integración y la convergencia de las voluntades de todos sus miembros.

Espero que nuestra Universidad profundice el encuentro fecundo entre los ideales de la excelencia académica, la objetividad científica y el compromiso social.

Espero una Universidad cada vez más abierta y hospitalaria, convocadora de todos los saberes e inquietudes intelectuales y Casa acogedora de las mentes más audaces y los ánimos más resueltos y solidarios.

Espero una Universidad que sea paradigma de la convivencia pacífica y creativa que necesitamos en el Perú, en la que siga siendo posible la coexistencia entre personas diferentes, así como la coexistencia de la ciencia y la poesía, del lenguaje de las categorías formales y el lenguaje simbólico de las artes.

Espero, pues, que la Universidad Católica siga predicando con el ejemplo la virtud inagotable de la tolerancia y de la búsqueda incansable de la paz.

Espero, también, una Universidad resuelta, audaz y generosa en sus propósitos, que, así como tiende vínculos entre saberes, siga siendo, como pontificia, hacedora de puentes entre los peruanos y entre el Perú y el mundo.

Espero una Universidad que no se deje aprisionar nunca por el egoísmo del saber ensimismado y que, en lugar de ello, tenga siempre y cada vez más presente que su saber es privilegio, pero sobre todo obligación hacia los demás: hacia los que sufren, hacia los que esperan justicia, hacia los que anhelan con pleno derecho una vida mejor.

Espero, en suma, que nuestra Universidad, casa de la palabra, universal porque es Católica, sea en el momento de su centenario un espacio de encuentro y de diálogo entre los peruanos y un lugar en el que nuestras aspiraciones democráticas, pacíficas, humanitarias, encuentren sentido concreto, apoyo, impulso y aliento.

No es modesta mi esperanza, pero tampoco infundada a la vista de lo logrado con el esfuerzo de toda la comunidad académica. Sabedor de que en este momento, al iniciar este período lectivo, nos acercamos un paso más hacia el cumplimiento de ese sueño, agradecido, infinitamente agradecido por haberme permitido servir a nuestra Casa como rector, y encomendando nuestros esfuerzos a la benevolencia de nuestro Señor Jesucristo, declaro inaugurado el año académico 2004.

16 de abril del 2004